BOOK CARD

Please keep this card in
book pocket

ENSAYO-SOBRE-EDY

ARTIAL TITLE

THE LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF
NORTH CAROLINA

LUX
LIBERTAS

ENDOWED BY THE
DIALECTIC AND PHILANTHROPIC
SOCIETIES

PQ7797
.G3
E6

UNIVERSITY OF N.C. AT CHAPEL HILL
00041418411

This book is due at the LOUIS R. WILSON LIBRARY on the last date stamped under "Date Due." If not on hold it may be renewed by bringing it to the library.

DATE DUE	RET.	DATE DUE	RET.
[illegible]	DEC - 8 '75		

Digitized by the Internet Archive
in 2012 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

http://archive.org/details/ensayosobreechev00garc

BC
rec
PQ7797
.G3
E6

MARTÍN GARCÍA MÉROU

ENSAYO

SOBRE

ECHEVERRÍA

BUENOS AIRES

EDITOR: JACOBO PEUSER

1894

REVIEWED BY
PRESERVATION
MICROFILMING

898.2
E188zG

Gift

Library, Univ. of
North Carolina

PARTE PRIMERA

Los modelos del siglo XVIII, y las primeras manifestaciones literarias en el Plata.

I

Juan María Gutiérrez, el maestro inolvidable, cuya huella ha quedado hondamente impresa en la historia de nuestro desarrollo intelectual, escribía, hace veinte y seis años, las nobles líneas que siguen, como preámbulo de uno de sus más interesantes estudios críticos: «No comenzaremos por «examinar si tenemos ó no una literatura, porque «semejante investigación no cabe dentro de los «límites que nos hemos trazado. Lo que sí parece «que puede sentarse como un hecho es que no ca-«recemos de literatura, puesto que nadie puede «poner en problema que tanto en la época colo-«nial como en la subsiguiente, nacieron y vivieron «en el seno de nuestra sociedad, varios hombres «de talento y de estudio, que dejaron notorios «vestigios de estas calidades en la tradición ó en «sus escritos, ya inéditos, ya publicados por la «prensa. Dar á conocer ó despertar la memoria «de sus nombres y sus labores, no debe conside-«rarse como acto de pueril vanidad, sino como «movimiento laudable de devoción á la patria, «pues mal parados quedaríamos como pueblo ó «agregación de seres racionales, si diésemos lu-«gar á creer, por un silencio desdeñoso, que «nuestros antecesores pasaron sus días sin amar «lo bello, sin cultivar la elocuencia, sin frecuentar «las musas, y sin consignar por escrito, los suce-

« sos de que fué teatro esta parte de América, á « contar desde la Conquista.» (1) No obstante la profundidad y exactitud de estos conceptos, nadie ha seguido hasta hoy el ejemplo de aquel brillante literato, afrontando la ardua labor de analizar, en forma metódica, las producciones literarias de la época colonial y los frutos del espíritu argentino, posteriores á nuestra emancipación política. Su talento fino y amable, su vasta erudición y su patriotismo, lo hacían, sin duda alguna, el más apto para realizar esta obra fundamental. Por desgracia, solo nos ha dejado, en admirables trabajos fragmentarios, una gran parte de los materiales que hubieran servido para la erección del monumento perenne. Y esas mismas páginas de irreprochable factura, de elegancia meticulosa y buen gusto exquisito, están, en su mayor parte, sepultadas como en una vasta necrópolis, en las series agotadas de la *Revista de Buenos Aires* y la del *Río de la Plata.*

No insistiremos en el lugar común de señalar, como un mal de nuestra sociabilidad naciente, el poco lugar que ocupan en ella los estudios de carácter puramente literario. Son numerosas las causas generadoras de este hecho indiscutible. Una cadena ininterrumpida liga las agitaciones del presente con las luchas del pasado, mostrando, con lógica inflexible, de que manera se entraban las mayores dificultades que hoy debemos afrontar y los arduos problemas de nuestra organización definitiva, con los errores y los extravíos de nuestros primeros pasos. La idea que persiste en este

(1) JUAN MARÍA GUTIÉRREZ. — *Reminiscencias de literatura antigua americana y especialmente de la República Argentina.* (Revista de Buenos Aires).

examen es la de la juventud de nuestro pueblo. En setenta años de variadas iniciaciones, no hemos logrado salir de la esfera de un embrión cuyo desarrollo progresivo lucha con influencias y corrientes adversas. Así, lo que resulta grande, en medio de las peripecias de nuestra vida tempestuosa, no es el hecho brutal ó descarnado, sino la sicología curiosa de los personajes que intervinieron en él, la pasta grosera de que se forman algunas veces los héroes providenciales, la inconsciencia con que los peores instrumentos sirven, á despecho suyo, para consolidar la obra de la civilización, la mezquindad de los elementos que, entrando en juego, han llegado á producir cambios trascendentales y á iniciar evoluciones gigantescas. La revolución, desde principios del siglo, absorbe todas las fuerzas materiales y morales de nuestra raza y se dilata, cambiando de objetivo y de ideales, á través de un largo período cuyo término no parece cercano. ¿Cuál de nuestras naciones puede jactarse de tener un tipo propio y haber encontrado el molde persistente de su personalidad internacional? En todas las secciones de nuestro continente, vemos la agitación, la lucha entre principios y tendencias rivales, el duelo con la barbarie, la adaptación postiza de formas liberales y progresistas de gobierno, á un organismo rebelde á todo método y enemigo de toda disciplina. No es necesario prolongar el desarrollo de este ingrato tema. Señalémoslo, solamente á grandes rasgos, como una explicación de los males que han ahogado en el suelo de América las manifestaciones más puras de la vida intelectual!

Fuera de estas causas generales y comunes, ha habido entre nosotros algunas, de índole especial, que debemos mencionar. Desde luego, el origen de

nuestro pueblo. La colonia argentina, hija de padres ilustres, nació, sin embargo, pobre y desnuda, y desde el primer momento de su existencia se vió obligada á defender su vida en el campo de batalla y en la lucha económica. En el terreno de las armas, los primitivos pobladores del Río de la Plata, recibieron la funesta herencia de la rivalidad entre españoles y portugueses, que los obligaba á vivir con el arma al brazo, en facción perpétua, con el enemigo al frente, establecido en la orilla opuesta del vasto estuario, en la tantas veces disputada Colonia del Sacramento. Esa lucha secular, se inicia con un triunfo para las armas argentinas, en el asalto llevado á cabo por Garro contra la Fortaleza, cuya guarnición quedó prisionera el 7 de Agosto de 1680. (1) Aquel ataque brillante, es el prólogo de la guerra intermitente y desoladora que, frente á Buenos Aires como en las Misiones, se prolonga á través de todo un período histórico, y que templa el carácter de las generaciones argentinas, preparándolas para las guerras tenaces de la independencia, y para el rechazo de las invaciones inglesas, donde recibió su verdadero bautismo de sangre, la que muy pronto iba á ser llamada «una nueva y gloriosa Nación». — La segunda faz de esa lucha fué el contrabando, que corregía los errores financieros del absurdo monopolio implantado por la metrópoli. La naturaleza geográfica de la cuenca del Plata, destinaba á Buenos Aires á ser fatalmente un vasto emporio comercial. Todos los obstáculos opuestos para su desarrollo, en beneficio de las férias de Portobelo y de los mercaderes de Sevilla, debían ser salvados por la fuerza expansiva de leyes naturales imposibles de dominar.

---

(1) MITRE. — *Historia de Belgrano*, (tomo I, pag. 417).

Mientras en Méjico y el Perú se establecían cortes coloniales que, en algunos de sus detalles, llegaron á rivalizar con la de Madrid, creando una aristocracia dominadora y enriquecida por la explotación de los metales preciosos, los conquistadores que pisaron esta parte de América, tuvieron que luchar, día á día, con la naturaleza, buscando su expansión en la llanura inmensa y obteniendo por medio del trabajo rudo los elementos para sostenerse y prosperar. «Así nació y creció la colonización « argentina — dice el General Mitre — en medio del « hambre y de la miseria, pidiendo á la madre tierra « su sustento, y se fortaleció en medio de dolorosos « sufrimientos, ofreciendo en Sud América el único « ejemplo de una sociabilidad hija del trabajo re- « productor. (I)

Estas distintas condiciones de carácter y de medio ambiente, explican la evolución diferente de Buenos Aires y Lima, fundadas ambas en el mismo año 1535. Mientras la primera burlaba las restricciones absurdas puestas á su comercio y sacaba del intercambio de los productos de la ganadería y de la explotación de la tierra los fecundos elementos de su grandeza futura, la segunda se encastillaba en el orgullo de su abolengo y enervaba sus fuerzas en la molicie ó la dilapidación de la riqueza fácilmente adquirida. «El movimiento del contrabando, « la acción de este flujo y reflujo ilegal pero bené- « fico, era tan evidente — escribe el distinguido his- « toriador D. Vicente F. López — que no había « autoridad ninguna local que lo ignorase; suscitaba « quejas, pleitos, reclamos de Lima contra la acción « deletérea del comercio fraudulento de Buenos « Aires; recriminaciones y enojos de Buenos Aires

(I) MITRE. — *Historia de Belgrano*, (pág. 8, 41, 59, etc.).

« contra Lima; manifiestos, memoriales..... Todo « era en vano; la mano de la libertad, la intuición « del porvenir se había apoderado de su tierra y de « su cielo, la riqueza seguía cambiándose, y la « prosperidad y el desarrollo asombroso de la po- « brecilla colonia de ahora dos siglos, miraba ya « por sobre los hombros á Lima, y tenía en su « seno más habitantes que ella dados al trabajo de « los campos y al tráfico de su gran río. » (I)

El desarrollo intelectual de las distintas secciones del continente, ofrecía diferencias menos favorables para la colonia del Plata. La Nueva Granada, en el extremo norte, como un feliz augurio para su destino posterior, era conquistada á la rudimentaria civilización chibcha, que se extendía en las altiplanicies de su territorio, por un soldado rudo con ribetes de escritor. Jimenez de Quesada, digno rival de los Belalcázar, los Almagro y los Pizarro, mataba los ocios de su vejez, trazando en las páginas de oscuros mamotretos *in folio,* su *Compendio Historial* y sus *Ratos de Suesca.* Juan de Castellanos se anticipaba á la pléyade de los modernos é infatigables rimadores bogotanos, encarnizado en dejar á la posteridad los interminables kilómetros de octavas reales de sus *Elegias de Varones Ilustres de Indias.* Rodríguez Fresle, ensayaba la crónica casera, la anécdota íntima en su obra curiosa *El Carnero* de Bogotá, que parece escrita en colaboración por el Marqués de Sade y Restif de la Bretonne. Las *Noticias Historiales* de Fray Pedro Simón y la *Historia General* del obispo Piedrahita, muestran las aptitudes que para el cultivo de este género poseían los antiguos colombianos. Finalmente, desde 1793 Bogotá contaba con un teatro

(I) V. F. López.—*Historia de la Rep. Argentina,* (tomo I, 116).

regular en que se representó el *Cid* de Guillén de Castro, y donde algunos años más tarde se dieron fiestas memorables con motivo de haberse recibido allí la noticia de la reconquista de Buenos Aires.

Los círculos literarios nacían, al mismo tiempo, con vida robusta. Las tertulias *Eutropélica* y del *Buen gusto*, atraían á todos los cultores de las letras y les daban oportunidad para entregarse á estudios severos. Humboldt y Bompland, al ascender la planicie andina, en los comienzos del siglo, se sorprendieron encontrando en el seno de aquella sociedad recluída y conventual, espíritus eminentes en todas las esferas del pensamiento, entre los cuales descollaban sabios de la talla de Caldas y de Mútiz. (I)

Algo semejante sucedía con respecto al Perú.— « Las fuerzas intelectuales del país,—dice Mitre,— « eran vigorosas, animadas por la imaginación, en « razón misma de la debilidad nerviosa predomi- « nante por la influencia del clima, según la obser- « vación de uno de los sabios de la época. Los « peruanos eran por naturaleza ingeniosos: culti- « vaban las ciencias y las artes; tenían una litera- « tura propia y contaban con hombres inteligentes « é ilustrados que habían llamado la atención del « mundo ».

El mismo historiador recuerda á este respecto que, cuando en 1797, fueron tomados por un corsario algunos números del *Mercurio Peruano,* su

(I) Muchas y curiosas informaciones sobre el desarrollo de las letras en Colombia encontrará el lector en la *Historia de la Literatura en Nueva Granada,* de D. J. M. Vergara y Vergara, y en la *Historia Eclesiástica y Civil,* de don José Manuel Groot. Véase, sobre todo, en esta última obra, los capítulos 35 y siguientes del tomo II, en que se habla del célebre tipo popular *Pachito Cuervo* y se muestra como desde entonces asomaban las peculiaridades actuales del carácter bogotano.

traducción al inglés, al alemán y al francés, reveló á la Europa todo un caudal de observación original y de ciencia propia, cuya existencia le era completamente desconocida. Antes habían sobresalido como cronistas é historiadores las personalidades de Salinas y Calancha; como poetas, Bermudez Sorlier y Peralta, el autor de la vasta y gongórica epopeya de *Lima Fundada;* como publicistas, jurisconsultos y teólogos, Escalona, Estevan de Avila, León Gorosito, y Salazar; mientras la palabra del predicador capuchino Tomás de la Concha, encantaba á la corte española; y Olávide, Baquijano, Valdéz y Unánue, brillaban como una constelación luminosa en el grupo de los más notables ingenios americanos. (I)

(I) Véase el libro sobre *Olávide* de don José Antonio Lavalle, los *Documentos Literarios* del Perú, coleccionados por don Manuel Odriozola; el monumental *Diccionario Histórico Biográfico* de Mendiburu; y los *Estudios* sobre Peralta, Caviedes y otros, de don Juan María Gutiérrez.

II

Las primeras manifestaciones intelectuales originales del Río de la Plata, coincidieron, como lo hemos indicado antes, con el progreso de los intereses económicos. A fines del siglo XVIII, repercutía en la incipiente colonia el movimiento iniciado por los precursores de la Revolución en Francia, por Adam Smith y sus contemporáneos en Inglaterra, y continuado en la metrópoli por Campomares y Jovellanos, última fulguración del genio español que iluminó el horizonte de la península como el postrer destello de una luz agonizante.

Don Manuel Belgrano, el héroe futuro de *Tucumán*, fué uno de los heraldos de ese movimiento, en el cual lo acompañaron Castelli, Vieytes, Moreno y otros argentinos distinguidos que encontraron en la fundación del *Consulado* su primer teatro de labor y de estudio. Las *Memorias* de aquel instituto redactadas por Belgrano, son revelaciones brillantes del progreso hecho por las ideas liberales en este pobre rincón americano. Más tarde fijáronse los hacendados en el Dr. Mariano Moreno, cuya elocuencia viril lanzaba sus primeros resplandores, encargándole redactar la famosa *Representación*, que concentra en sus páginas todos los agravios inferidos á la riqueza de la colonia por el absurdo sistema económico y fiscal de la madre patria, y en cuyo estilo caldeado por una ráfaga

inspirada, se oye como el toque estridente del clarín que llama las legiones á la pelea. Poco después llegaban los sabios que habían formado las comisiones de límites con el Brasil; «los cuales — dice « el Dr. López — inactivos por la supresión de sus « trabajos, se dieron á fomentar en el seno de la « capital los estímulos del saber y los estudios es- « tadísticos de que tanto necesitaba el país. Cervi- « ño, Cabrera, Azara, Zizur, Oyarvide, Aguirre, « estudiaron las graves cuestiones de nuestras « pampas y de sus fronteras para contener á los « salvajes, sondaron y balizaron nuestro río, escri- « bieron libros preciosos y memorias, levantaron « cartas topográficas de la ciudad y de los subur- « bios, nivelaron las calles y realizaron otra clase « de mejoras de aquellas que dan su carácter á una « época de regeneración y de luz.» (I) Al amparo de estas influencias favorables, los dos grandes colegios de *Monserrate* en Córdoba y de *San Carlos* en Buenos Aires, lanzaban de sus claustros á toda una generación destinada á figurar más tarde en el drama de la revolución futura, nutrida con la lectura de Montesquieu, Raynal, Rousseau y D'Alembert y en cuyas filas descollaban, la sólida ciencia de Maciel y el fino espíritu de Funes, en medio del grupo inolvidable formado por Baigorri, Gómez, Gorriti, Castro Barros, Agüero, García, López, Moreno (Don Manuel), Patrón, Rodríguez Peña, los Balcarce, Viamonte, y tantos otros que sería extenso enumerar. No pocos de ellos, después de sus primeras iniciaciones científicas y literarias, regresaban de la *Universidad de Charcas,* con un criterio formado y personal, imbuídos en el espíritu

(I) V. F. López.—*Hist. de la Repúb. Argentina,* (tom. I, p. 504).

revolucionario de aquel centro que, como se ha dicho con verdad, era para esta parte de América, lo que *Salamanca* para España, la *Sorbona* para Francia y *Boloña* para Italia. (1) Las palpitaciones del progreso, en fin, necesitaban reflejarse en órganos que las trasmitieran al pueblo, y en 1801, bajo los auspicios de Belgrano, se fundó el primer periódico que vió la luz en Buenos Aires, bajo el título de *Telégrafo mercantil, rural, político, económico é historiógrafo del Río de la Plata,* y cuya dirección se confió al coronel D. José Antonio Cavello, uno de los fundadores del *Mercurio Peruano*. La *Sociedad Patriótica, Literaria* y *Económica*, que después tomó el nombre de *Sociedad Argentina*, se estableció al mismo tiempo, figurando en ella muchos literatos eminentes, entre los cuales se contaba Labarden, el famoso autor de la *Oda al Paraná*. (2)

Aquella modesta publicación, es la iniciadora de esa pléyade brillante que, en el trascurso del tiempo, ha elevado al más alto nivel en Sud América, nuestra prensa de combate y de doctrina. Tuvo una vida efímera, pero el germen había arraigado en la fértil tierra, y renació de sus cenizas, bajo el nombre de *Semanario de Agricultura, Industria y Comercio,* dirigido por Vieytes. El carácter batallador y vivaz de nuestra democracia buscaba su más gráfica fórmula representativa, expandiéndose

(1) « Puede comprobarse ésto, comparando á los jóvenes que « se formaron en *Charcas* de 1730 á 1810, con los que vinieron « de la *Universidad de Chile,* D. Manuel N. Maza, D. Vicente A. « Echeverria, Ugarteche y otros, competentes y bien informados, « pero de una escuela notoriamente opaca en las grandes cues- « tiones de la literatura y de la política del siglo. » (V. F. López. *Historia de la República Argentina* -- tomo I, página 518).

(2) Mitre. — *Historia de Belgrano,* (tomo I, pág. 294).

con toda su virilidad en las hojas de la prensa periódica. El pliegue impreso, desde entonces, á ese carácter, se ha perpetuado hasta hoy, constituyendo una de nuestras más curiosas modalidades intelectuales. Si hemos sido relativamente pobres en lo que se refiere á obras literarias ó científicas propiamente dichas, no ha sucedido lo mismo en cuanto á esta manifestación de una intelectualidad militante, empeñada en la obra patriótica de defender la libertad, difundiendo los ideales del gobierno propio. Nuestros primeros estadistas, comprendieron desde el principio de su vida pública el poder incontrastable del periódico, haciéndole servir como vehículo destinado á la propagación de sus doctrinas, á la instrucción de las masas y á la demolición de las barreras seculares opuestas al triunfo de los ideales que encarnaba el movimiento de 1810. — La expansión tomada desde entonces por el periodismo es tan considerable que seis años después, en la época de la reunión del *Congreso de Tucumán*, según el General Mitre, existían en Buenos Aires cinco imprentas que apenas bastaban para la reproducción del pensamiento argentino. Por ellas se editaban la *Gaceta* de Buenos Aires, órgano oficioso contraído especialmente al estudio de los problemas que interesaban á la colectividad; el *Redactor del Congreso,* que ponía en conocimiento del pueblo las discusiones de la Asamblea constituyente; el *Censor,* investido de una especie de magistratura periodística; el *Desengaño,* redactado por el presbítero D. Bartolomé Muñoz; el *Independiente*, en que derramaba su verbosidad fogosa el Dr. D. Pedro José Agrelo; y, finalmente, *La Crónica Argentina,* redactada por Pazos Kanki y el *Observador Americano* por el Dr. Manuel Antonio Castro. No entra en los lineamientos de este

cuadro, el examen de aquella faz de nuestra vida intelectual. Si hubiéramos de detenernos en ella para emplear las pintorescas expresiones de Estrada, «veríamos pasar á nuestros ojos los mil « cuadros sombríos ó luminosos del drama de la « Revolución nacional; aquél período sereno en « que, á la luz de grandes principios, se investiga- « ban las formas políticas adecuadas á la índole « del pueblo naciente; — la *Gaceta* de Moreno; la « roja llama de las pasiones, revelando más tarde « el predominio de resortes vulgares; la prensa « reformista ó conservadora pero doctrinaria de « la época de Rivadavia; la lucha heróica de la « libertad sustentada en *El Comercio del Plata* y « *El Nacional* contra la barbarie y la iniquidad « vestidas en la *Gaceta Mercantil* con las galas « del sofisma y el talante prestigioso de la auda- « cia». (1)

Por lo demás, no es posible encontrar, fuera de este terreno, en aquella época de agitación incesante, sino manifestaciones aisladas y tímidas del genio nacional, y ellas mismas se perdían, como lo hace notar el distinguido compilador de *La América Poética*, entre el gran concierto de las musas españolas; «el hilo de agua, por decirlo así, se « engolfaba sin dejar huella, en el mar á cuyo ali- « mento contribuía.» La revolución pasó sobre todos los espíritus como una ráfaga de fuego, enardeciendo los ánimos y haciendo resonar los ecos de la lira, á compás del cañón de las batallas. «La Patria es una nueva Musa», — decia Fray Cayetano Rodríguez. El carácter de la poesía, empeñada en el éxito de la magna campaña eman-

(1) José Manuel Estrada.—*Lecciones sobre la Historia Argentina.*

cipadora, fué puramente guerrero. Podría añadirse, que ese carácter se imprimió en ella, desde antes de la revolución, en las épicas jornadas de las invasiones inglesas, que iniciaron á nuestros padres en el drama terrible de la guerra, haciéndoles conocer el vigor y el alcance de sus fuerzas. La transformación del *Colegio de San Carlos* en *Cuartel de Patricios,* es el símbolo gráfico del cambio que desde entonces se opera en las preocupaciones de la sociedad adolescente. «Siguié-« ronse—dice el Dr. López – tiempos de una agi-« tación pública extrema. La deposición del Virrey « Sobremonte, la lucha de Liniers y de los *Patri-« cios* contra el partido de Alzaga que comenzó á « caracterizarse como de criollos contra europeos; « la asonada del I° de Enero de 1809; las conmo-« ciones de Chuquisaca y de la Paz; la polémica de « los *Hacendados* del Río de la Plata contra los « *Comerciantes* monopolistas de Cádiz por el co-« mercio libre; las emociones morales que produ-« cía el estado de la Europa y la invasión de « Bonaparte en España, fueron causas de tan pro-« funda inquietud y de tanto alboroto que no deja-« ban tiempo ni atención para intereses de un « orden tranquilo y orgánico, como los que se re-« ferían al restablecimiento de los estudios públi-« cos.» (1) El estallido de Mayo, reagravó estas circunstancias adversas al desenvolvimiento de los talentos patrios. La ola revolucionaria sacudió hasta los cimientos el edificio vacilante de la colonia. Las exigencias de la lucha hicieron surgir soldados y generales sacándolos de las tareas pacífi-

(1) VICENTE F. LÓPEZ.—*Historia de la República Argentina,* (tomo 7°, página 596).

cas de la magistratura ó el foro. La ley terrible de las épocas de sangre, empezó á cumplirse y á fulminar cabezas prominentes. Santenach, el Director de la *Escuela de Matemáticas,* complicado en el complot de Alzaga, fué fusilado en Julio de 1812. Las voracidades del reclutamiento patriótico, arrancaban los libros de manos de la juventud. La instrucción popular caía en el mayor abandono. El triunvirato presidido por Pueyrredón, trató inútilmente de galvanizar la enseñanza. Desde 1813 hasta 1816, ella estuvo confiada al cuidado espontáneo de los frailes franciscanos, que mantuvieron una escuela primaria muy concurrida, y al celo del famoso Padre Castañeda, que escondía bajo la mansedumbre del pedagogo las pasiones feroces que habían de hacerlo después el más original y fecundo de nuestros panfletistas populares. Todo estaba concentrado y confundido en el porvenir y en el amor de la patria. El espíritu de la Revolución se condensaba en el alma tormentosa de Moreno é iluminaba el cerebro de Monteagudo, en cuyo genio impetuoso y ambiciones concentradas, parecían haberse transfundido los ideales políticos de los discípulos de Robespierre, bajo las apariencias elegantes de un Brummel bronceado por el sol de los trópicos. Sí, era el alma misma de la Nación la que palpitaba en las arengas de los publicistas y en las estrofas de los poetas; la que inspiraba á Don Vicente López y Planes el *Triunfo Argentino* y las solemnes estancias de la *Canción Patriótica;* la que convertía á Luca en ingeniero militar, alzando á la misma altura sus vastos talentos y sus virtudes cívicas; la que, como se ha dicho con razón, hacía que Fray Cayetano Rodríguez «edifi-« cara en todas partes un altar en donde derramar « su devoción á Dios y su amor á la Patria»; era

ella la que vibraba en los labios de Lafinur, dando su último adiós en trémulas elegías, al noble espíritu de Belgrano, y la que impulsaba el heróico sable de granadero del Coronel Don Juan Ramón Rojas, cuyas hazañas de soldado debían más tarde perpetuarse en sus cantos de poeta!

III

Este carácter, especialmente guerrero, dá un tono uniforme y un corte semejante á las inspiraciones de nuestros primeros cantores. La nota heróica predomina en ellas, con cierta monótona sublimidad de que no están exentos los literatos de la península que, en los mismos tiempos, maldecían á Napoleón y entonaban himnos al « *Dos de Mayo* ». En el desarrollo de otros temas, la semejanza entre los poetas españoles y los americanos, era menos tiránica, si bien no puede dudarse que la influencia del mal gusto reinante en aquella época, se hacía sentir igualmente, aunque en una forma atenuada, de este lado del océano. A despecho suyo, nuestros trovadores, eran los herederos directos del genio y de la musa española, invadida por el cultismo y la insoportable afectación gongórica que corrompieron toda manifestación original, en la vergonzosa decadencia del reinado de Carlos II. — El agotamiento intelectual de la madre patria, presenta entonces síntomas dolorosos. El pensamiento se arrastra anémico y empobrecido, cubierto de harapos, ocultos por los pliegues engañosos de una forma hueca, como el hidalgo, señor del Lazarillo de Tormes, en el amplio rebozo de la capa española. La influencia francesa que invade á la Europa deslumbrada por el esplendor de la corte de Versalles, y que es introducida en

España por el advenimiento de la casa de Borbón, bajo los auspicios de Felipe V, no hace sino cubrir con una capa de barniz la incurable miseria de las letras. Se ha dicho, con razón, que esto fué en parte desdicha y en parte fortuna para España, porque « dada la decadencia en que estaban allí todas « las cosas, á mal punto hubieran llegado sin la « nueva dirección que las imprimió esa dinastía; « pero como no era española ni en sus tendencias, « ni en su carácter, ni en su espíritu literario, do- « minó excesivamente el gusto francés y se torció « por completo y se perdió la antigua inspiración « nacional. » (1) La escuela Salmantina inunda á España de imitaciones clásicas, de letrillas grotescas, anacreónticas amaneradas y églogas exóticas, poniendo en movimiento todo un ejército de pastores líricos, de *Damones,* de *Jovinos*, de *Mirtilos,* bajo los cuales se disfrazan, con una ingénua inconsciencia del ridículo, personajes reales como Estala, Jovellanos y Navarrete. (2) La maleza de los poemas burlescos, invade el campo estéril, desarrollando en soporíferas columnas de consonantes y de versos ramplones, sus intrigas grises y sus preciosidades revenidas. Es un verdadero de-

---

(1) F. Sanchez de Castro.—*Literatura Española.*— 1890.

(2) A propósito de esta manía de llamarse como pastores los poetas del siglo XVIII, don Leopoldo Augusto de Cueto reproduce la siguiente detestable estrofa en que están mencionados sucesivamente Cadalso, Moratín (D. Nicolás), Melendez, Fray Diego Gonzales, Forner, y el Padre Fernandez:

¿Tú, por dicha, á *Dalmiro* no escuchaste
En dulce lira el lamentar sonoro?
¿Al trágico *Flumisbo* no admiraste
Alzar el canto en el coturno de oro?
¿Tú con el nuevo *Laso* no cantaste,
Con *Delio*, *Aminta* y con *Liséno* á un coro?
¡Pues estos cisnes que á cantar se mueven
Serán los que el dorado siglo innueven!

rroche de *Quicáidas,* de *Perromaquías,* de *Burromaquías* y de *Posmódias,* en que no se sabe qué admirar más, si la insulsez de los rimadores ó el achatamiento intelectual que revela esta «fecundidad de abortos». Un rasgo curioso de las costumbres literarias del tiempo, es la convicción satisfecha con que los dulces *Arcadios* y *Dalmiros* dan de dentelladas á sus colegas de Parnaso. Casi no hay uno que no fabrique á machetazos su correspondiente sátira en tercetos, más ó menos premiada por la Academia, *Contra los malos Escritores.* Los hace Iriarte, los hace Forner, los hace Hervás, los hace Moratín y todos, sin atenuación, son un terrible proceso de sus propios autores. No es posible llevar más lejos la sequedad, la falta de distinción y de estilo, que en esas obras anfibológicas que se arrastran en el bajo nivel de la más prosáica vulgaridad sin que se salven de este vicio ni siquiera los sujetos más predilectos de esta escuela, los *Discursos* morales y filosóficos á que se refería Don Andrés Bello en una de sus páginas críticas que consideramos útil recordar. «Los poetas cas-
« tellanos de los siglos XVI y XVII los maneja-
« ron también — dice — ya bajo la forma de la
« epístola; ya, como Luis de León, en odas á la
« manera de Horacio, donde el poeta se ciñe á la
« efusión rápida y animada de algún afecto, sin ex-
« playarse en raciocinios y meditaciones; ya, en
« canciones, silvas, romances, etc. Nunca, sin em-
« bargo, han sido tan socorridos estos asuntos,
« como entonces. Poemas filosóficos, decorados
« con las pompas del lenguaje lírico, y principal-
« mente en silvas, romances endecasílabos, ó verso
« suelto, forman una parte muy considerable de
« los frutos del Parnaso castellano moderno. Va-
« rias causas han contribuído á ponerlos en boga.

« El hábito de discusión y análisis que se ha apo-
« derado de los entendimientos, el anhelo de refor-
« mas que ha agitado á todas las sociedades y
« llamado la atención general á temas morales y
« políticos, el ejemplo de los extranjeros, la impo-
« sibilidad de escribir epopeyas, lo cansadas que
« han llegado á sernos las pastorales y lo exhaustos
« que se hallan casi todos los ramos de poesía en
« que se ejercitaron los antiguos, eran razones po-
« derosas á favor de un género, que ofrece abun-
« dante pábulo al espíritu raciocinador al mismo
« tiempo que abre nuevas y opulentas vetas al
« ingenio. Muchos censuran esto que llaman manía
« de filosofar poéticamente y de escribir sermones
« en verso. Pero nosotros estamos por la regla de
« que: *Tous les genres son bons, hors le genre*
« *ennuyeux!*»

Desgraciadamente es, sobre todo, este género el que abunda en los precursores y contemporáneos españoles de nuestros poetas de la Revolución. Desde Iriarte hasta Quintana, en las postrimerías del siglo último y en los comienzos del actual, no hay uno de ellos que no haya lamentado enérgicamente la debilidad y el apocamiento del talento, en la patria de Cervantes y Lope de Vega. Las epístolas de Iriarte son, á este respecto, hondamente sugestivas. Puede decirse que empiezan con una lamentación que se reproduce sin cesar y que es bastante expresiva, á pesar de su forma desaliñada y fría:

Qué mal, qué mal penetras
¡Oh mi Dalmiro, el lamentable estado
De la Sabiduría en esta corte,
Dos siglos há, maestra de las ciencias,
Y en el nuestro, aprendiz de las del Norte.

. . . . . .

Los niños que de escuelas carecieron
En sus primeros años infelices,
Ya son hombres idiotas que subieron
A ocupar los empleos de importancia,
En que es leve defecto la ignorancia!

. . . . . .

Los ásperos caminos
Que antiguamente á pocos conducían
Del remoto Parnaso á las alturas,
Hoy se han vuelto llanuras
Por donde, sin peligro ni sudores,
Se pasean serviles *traductores!....*

Esa secta infernal, es el blanco obligado de los tiros de todos los satíricos de la categoría de Iriarte. Se la ataca y se la ridiculiza, con un furor tan unánime, que sobradamente indica la competencia ruinosa que hacían á los escritores originales. Iriarte no los perdona, y frecuentemente los retrata, como en el pasaje que sigue:

Y el otro que pretende
Ganar la palma de escritor, emprende,
Salga melón ó salga calabaza,
Cualquier libro francés y le disfraza
A costa de poquísimo trabajo
En idioma genízaro ó mestizo,
Diciendo á cada voz: «Yo te bautizo
Con el agua del Tajo
Por más que hayas nacido junto al Sena;
Y rabie Garcilaso enhorabuena,
Que si él hablaba lengua castellana
Yo hablo la lengua que me dá la gana!»

. . . . . .

Luego, llega la queja obligada contra el auge de los toreros, esa influencia omnipotente de la *muleta* y el *traje corto* que parece ser una enfermedad

crónica de nuestros abuelos. Iriarte enseña que el único medio de ganar reputación que tienen los escritores es comenzar sus trabajos,

Pintando á Costillares y á Romero,
Como los dos famosos campeones
Que más ilustran hoy el reino ibero ...

He aquí los verdaderos favoritos de la gloria, los mimados de la fortuna. Mientras ellos reciben todas las caricias de la suerte, el poeta vive en la estrechez y la miseria:

A la verdad que á un mero literato
Las letras solas no darán un plato,
No digo de faisanes y compotas
Pero ni aún de sardinas ó bellotas!...

Solo prosperan las coplas de ciego, la facundia vergonzante de la musa callejera, la banalidad de las tonadillas y sonsonetes populares que estragan el buen gusto y envilecen el criterio:

El actual abandono me contrista
De las dormidas musas castellanas;
Y en verdad, Fabio, que la vez que llego
A una esquina ó portal en donde un ciego
Canta y vende sus coplas chabacanas
Cercadò de vulgar y zafia gente,—
Le quito mi sombrero reverente,
Diciéndole, con suma cortesía:
¡Dios te conserve insigne jacarero,
Que nos dás testimonio verdadero
De que aún hay en España poesía!....

Y como si esto no bastara, como si todas las verdades y lamentaciones contenidas en estos versos pedestres, no tuvieran bastante efecto, Iriarte apela á la gruesa artillería y se precipita de cabeza

en la sátira consabida *A los malos escritores*, solo que, en este caso, ella está escrita en latin macarrónico y aparece firmada por el *Licenciado Durón de Testa,* lo que calcula le dará mayor gracejo y eficacia:

Primos inter eos video compare *Poetas,*
Castam infernálem Scriptorum. Témpora perdunt,
Consónicos, sive assónicos buscando vocablos.
Ut quid perditio? Ut faciant *Tragicalia* metra,
In quibus apprendunt hómines mactare scïpsos,
Sive bufonatas *Comicales,* et faramállas,
Aut inamorandi tretas, ut boda resultet,
Cum coplis, xácaris, románcibus, atque sonetis.
Barabbas confundat eos, qui semper in illis
Elogios faciunt tam solum de Guapetonis,
De Pastoralia vita cum mille patrañis,
Vel de Mozábus, vel vino lætificante....

IV

La falsa escuela á que se refiere Iriarte, heredera del *cultismo*, del *gongorismo* y del alambicamiento grosero que provoca las burlas de Molière en las *Preciosas Ridículas*,—tiene por representantes más caracterizados, á Cadalso y Meléndez. « El talento poético de Cadalso — escribe el autor « del *Bosquejo Histórico-Crítico de la Poesía Cas-* « *tellana en el siglo XVIII* (1) — no carece de « facilidad y de halago; pero en ningún género es « eminente. ¿Cómo comprender, pues, la acción « poderosa que ejerció en el desarrollo poético de « su tiempo? Tres causas encontramos, sin embar- « go, para explicar esta influencia eficaz de Cadal- « so: su educación literaria; su época, preparada « para recibir formalmente una literatura super- « ficial y acicalada; y ante todo el atractivo perso- « nal del simpático poeta á quien todos amaban, y « cuyo entusiasmo se infundía dulcemente en el « ánimo de sus amigos. La erudición de Cadalso « no era ni muy amplia ni muy profunda, y podía « decirse que, sin caer en ello, se satirizó á sí pro- « pio en los *Eruditos á la Violeta*. Pero esta eru- « dición escasa era de buena ley y grandemente « acomodada para ayudar al impulso de filológica

(1) *D. Leopoldo Augusto de Cueto*, en el tomo 61 de la colección de AUTORES ESPAÑOLES de Rivadeneira.

« reforma que cada día tomaba mayor vuelo y en-
« sanche. Ya en Madrid, en la tertulia de la *Fonda*
« *de San Sebastián;* ya en el tráfago de la vida mi-
« litar, cambiando de guarnición á cada momento;
« ya en Alcalá de Henares, donde conoció á Jove-
« llanos, colegial entonces de San Ildefonso; ya
« entre los hombres estudiosos de la Universidad
« de Salamanca; ya en la celda apacible y solita-
« ria de Fray Diego González, siempre es Cadalso
« el mismo; siempre impone sin intentarlo, el dulce
« ascendiente de su alma, que á nadie ofende y
« que á todos estimula y alienta. Hombres á él
« muy superiores, rinden á su talento admiración
« respetuosa. Don Nicolás de Moratín y Fray Die-
« go González le ensalzan en sus versos; Meléndez
« le reconoce por director y por modelo; Jovella-
« nos, dice que le hizo *trepar al Parnaso con el*
« *aguijón de su ejemplo.*»

A despecho de este prestigio indiscutible y de las dotes amables del talento de Cadalso, es lo cierto que su discípulo y amigo Meléndez Valdez, ha sido considerado por la crítica contemporánea como el poeta español moderno *bucólico,* por excelencia; siéndolo, según Alcalá Galiano, por afición á la *égloga* más que á los mismos campos, pero bucólico al gusto de su tiempo, en que florecían y eran admirados Metastasio, Delille y Gesner, en que se leían con ardor *La Arcadia* de Sannazar, la *Aminta* del Taso y el *Pastor Fido* de Guarini, enjendros almibarados donde los zagales parecen dirigir sus ovejas á las orillas del Alfeo, haciendo resonar en sus versos un éco apagado de los caramillos de Teócrito y de Virgilio. Meléndez especialmente, se caracteriza por una abundancia tan abrumadora de anacreónticas y de romances eptasílabos, que basta para empalagar á diez gene-

raciones de lectores aficionados á los pastores Virgilianos. Todos los temas le son igualmente gratos, para saciar esta fiebre de versificación impenitente. Parece víctima inerme de una satiriasis pastoril, que lo obliga á dirigir sus endechas á todos los objetos de la naturaleza y especialmente á las aves, á las flores y á los insectos. Todo eso sería soportable en dosis homeopáticas, pero produce el efecto de un emético tragado por toneladas. Las odas del padre del género, caben en un pliego grande de papel. Las de sus imitadores del siglo XVIII en España, necesitan tres nutridos tomos de la *Colección de Rivadeneira,* y eso publicadas en extracto. El insulso caballero Parny, puede hacer valer siquiera, como una circunstancia atenuante, su relativa sobriedad. Pero Meléndez es implacable: se repite sin cesar; recorre una y mil veces las bellezas de *Anfrisa* ó de *Dorila* para ensalzarlas en estilo senil, con las zalamerías de un orgonte enamorado. Sus invocaciones á Cupido son innumerables. Sus odas contienen un catálogo aterrador de candideces enfiladas en cuartetas monótonas, como las cuentas de un rosario! Sus víctimas preferidas son las alondras, las abejas, las tortolillas, el jilguero, toda la fauna de la poesía artificiosa de su tiempo. Fuera de eso, Baco recibe sus oblaciones más asiduas. Su imaginación es un espejo cóncavo en que todas las ideas y todas las imágenes se deforman y toman el mismo aspecto. Sobre la *Inconstancia* dirige á *Lisi*, cuatro odas en que habla del Arroyuelo, de la Mariposa, del Céfiro, menos de la explicable volubilidad de Lisi, atosigada sin duda por la empalagosa facundia de un poeta atacado de una hemorragia incontenible de letrillas y de romances. *La Paloma de Filis* que antes era Cloris, llena la friolera de treinta y una odas. Y to-

das son del mismo tenor, todas abusan del diminutivo que da no sé qué tinte de afeminamiento á la expresión. A la larga, las invocaciones incesantes y quejumbrosas á la paloma, causan un efecto cómico; y ésto con tanta mayor razón, cuanto que se ve que el sensual pensamiento del poeta acaricia otras imágenes menos inocentes que la avecilla, según lo confiesa en la siguiente:

Teniendo su paloma
Mi Fili sobre el halda
Miré á ver *si sus pechos*
En el candor la igualan;
Y como están las rosas
Con su nieve mezcladas,
El lampo de las plumas
Al del seno aventaja.
Empero, yo con todo,
Cuántas palomas vagan
Por los vientos sutiles,
Por sus pomas dejara!

Entre odas, letrillas, idilios, romances, la compilación de *Autores Españoles,* publica diez y seis mil y pico de versos de Meléndez; y todos ellos puede decirse que no son sino variaciones sobre el mismo tema. Calcúlese por este dato aritmético, la novedad que encontrará en ellos el lector, después de recorrido el primer millar. Pero esto no satisface todavía al infatigable rimador, y en las *Silvas* vuelve á traer á colación al insoportable *Palomillo,* al *Céfiro durmiendo Cloris,* á *Las Flores,* etc. La misma horchata aguada, servida en copas diferentes. Y vuelven los remilgos y las melosidades babosas de un Sileno de academia, acechado por los avances de la ataxia:

Ay! como el palomillo enamorado,
De dulce amor tocado
Corre tras su paloma,
Y con giros amantes la rodea!
Cómo el triste rastrea,
Como pára y asoma,
Y en lascivos arrullos susurrante
Ya la sigue constante,
Ya pára, suspendido,
Ya torna á su quejido,
Ya vuelve á las caricias
Prometiendo de amor dulces delicias.
. . . . . .
Mas la paloma esquiva le resiste;
El vuelve; no desiste
Y amante la rodea,
Arrulla, y con su arrullo la recrea.
Desplegadas las alas la arremete,
La cola barre el suelo,
Da alrededor un vuelo,
Y de nuevo victoria se promete!
. . . . . .

Este erotismo de palomar, esta persecución de imágenes sensuales en dos animales que se entregan al acto genésico, es un detalle que caracteriza la escuela de Meléndez. La aparente inocencia de este discípulo de Cátulo y de Teócrito disfraza los ardores de esos viejos sátiros que acechan el baño de las ninfas para saciar su vista en las desnudeces de la carne, entre la maleza de los bosques mitológicos. Es necesario leer detenidamente *El lecho de Filis*, para ver hasta que punto la obsesión carnal, forma la base de esta poesía que finje la castidad y que en el fondo está saturada de sadismo. Las églogas, especialmente la premiada por la academia en 1780, son superiores como forma y elegancia métrica; pero están deslucidas siempre por la afectación y el amaneramiento. Sin embargo,

el verso en ellas es fácil y fluido; la palabra resbala sin obstáculos, como un hilo de agua trasparente en el declive de un cauce de arena fina:

Corónase la tierra
De verdor y hermosura,
Y aparecen de nuevo ya las flores;
Líquida, de la sierra
Corre la nieve pura,
Y vuelven á sus juegos los pastores.
Todo el campo es amores;
Retornan los tomillos;
Las bien mullidas camas
Componen en las ramas
A sus hembras los dulces pajarillos;
Y el arroyuelo esmalta
De plata el valle, do sonando salta
. . . . . .
. . . . . .
Doquiera es primavera,
Que Abril vertiendo viene
Nuevas galas y espíritu oloroso;
La novilla doquiera
Sobrado el pasto tiene
En tierna yerba de pacer sabroso.
El pastor en reposo,
Ya libre sus tonadas
Puede cantar tendido,
Viendo su hato querido
Lento buscar las sombras regaladas,
Y pueden las pastoras
Bailar alegres las ociosas horas!
. . . . . .

Lo mismo diremos de las *Odas filosóficas y sagradas* y de las *Epístolas*. El pensamiento del poeta pugna en ellas por llegar á mayor altura y lo consigue algunas veces, aunque en la mayor parte de los casos, naufraga en un mar de vana palabrería. Es curioso, á este respecto, para ver

el abismo que separa nuestras aficiones, de las de los poetas salmantinos, comparar la composición de Meléndez *El Mediodía*, con las magistrales estrofas sobre el mismo tema, forjadas con belleza insuperable por Leconte de Lisle.

En el poema *La Gloria de las Artes*, es donde quizá ha dado más de sí el cantor de *Cloris* y de *La Paloma de Filis*. — En él se encuentra la clásica comparación citada en todos los manuales de literatura española, y que es realmente bella, no obstante su falta de concisión.

Cual el ave de Jove que saliendo
Inexperta del nido, en la vacía
Región, desplegar osa
Las alas voladoras, no sabiendo
La fuerza que la guía,
Y ora vaga atrevida, ora medrosa,
Ora más orgullosa
Sobre las altas cimas se levanta,
Tronar siente á sus pies la nube oscura,
Y el rayo abrasador ya no la espanta,
Al cielo remontándose segura; —
Entonce, el pecho generoso, herido
De miedo y alborozo, ufano late;
Riza su cuello el viento,
Que en cambiantes de luz brilla encendido;
El ojo audaz combate
Derecho al claro sol, le mira atento,
Y en su heróico ardimento
La vista vuelve, á contemplar se pára
La baja tierra, y con acentos graves,
Su triunfo engrandeciendo, se declara
Reina del vago viento y de las aves!...

Mucho más podría decirse sobre un autor tan fecundo como Meléndez. Para nuestro objeto, no creemos oportuno añadir nada á las observaciones someras que acabamos de consignar. Podría cul-

parse á antipatías de escuela, la severidad de juicios que parecen implacables. Un distinguido crítico español, al ocuparse de sus obras, advierte con adorable ingenuidad que su ingenio no puede clasificarse «entre los de primer orden, como Homero, Dante, Cervantes, Shakespeare», ni aun «compararse á otros inferiores á estos, como Virgilio, Tasso, Milton». La sola mención de esos nombres, al lado del de Meléndez, parece un sarcasmo hiriente. Por lo demás, pocos reparos podríamos hacer al resto de su juicio sobre el poeta de que venimos ocupándonos. «Melendez, — dice, «— *es en sus ideas común* aunque no de mal «gusto; *mero imitador*, aunque acertado y de «bríos; en suma versificador de pensamientos, «aunque no extravagantes, ordinarios. Sensibi-«lidad tiene, sin duda, pero no profunda, y en «gran parte nacida de la lectura, y como tal, *algo «pueril, algo violenta y con trazas de algo afec-«tada*. Sus campos huelen á la ciudad, y bien se «vé ser sus pastores todos al modo de un don «Gaspar de Jovellanos, disfrazado por el poeta, «no obstante sus rizos y su toga, con el traje y «y nombre de *mayoral Jovino*. Aun cuando haya «algo campestre en él, aunque se haya dicho con «razón de una égloga suya que olía á tomillo, pa-«rece (si se nos permite esta expresión) como «puesto ya en búcaro y cogido por mano ajena. «*Batilo*, la mejor de sus églogas, es una repeti-«ción de versos lindos fáciles por demás, fluidos, «sonoros, de pensamientos comunes todos, y al-«gunos de ellos falsos, sacados de las poesías bu-«cólicas de todas las naciones y edades». (I)

(I) Noticia sobre *Meléndez*, por DON ANTONIO ALCALÁ GALIANO, tomo 63 de la COL. DE AUTORES ESPAÑOLES.

V

Los vicios que contaminan las obras de Meléndez, son generales á todas las producciones españolas de su tiempo, si hemos de atenernos á las propias declaraciones de los autores que hemos citado anteriormente. D. Juan Pablo Forner lo demuestra, con suficiente claridad, en su *Sátira contra los vicios introducidos en la Poesía*, primero, y luego en sus *Exequias de la Lengua Castellana*. Bien es verdad que el mismo censor comienza por mostrar *in anima vili*, no pocos de los defectos que reprocha á los demás, como es fácil notarlo en su ridícula oda, *A un caballo del excelentísimo Señor Príncipe de la Paz*. Ese noble animal, en manos del poeta que nos ocupa, se convierte en el hijo legítimo del «*hipógrifo violento*» de Calderon. El solemne tono con que se le invoca, revela una ingenuidad verdaderamente paradisiaca:

Hijo del aura leve, bruto ufano,
Que generoso, en diestra bizarría,
La razón equivocas con tu instinto (1)

(I) Es un éco de Calderon, en *La Vida es sueño*:

Hipógrifo violento
Que corriste parejas con el viento! —
¿Dónde, rayo sin llama,
Pájaro sin matiz, pez sin escama,
Y bruto sin instinto
Natural, al confuso laberinto
De estas desnudas peñas,
Te desbocas, te arrastras y despeñas?.....

Si no del sol el carro soberano
Guías fogoso y de esplendor distinto
No iluminas el orbe en claro día,—
Tu noble gallardía
A no menor destino
Te abrió ilustre camino;
No siendo racional serlo mereces,
Y con rayo divino.
También la tierra animas y esclareces!

Francamente, tratándose de un caballo, la hipérbole parece menos disculpable que el poético epitafio puesto por Byron á su fiel *Boatswain.*(1) Y el resto de la oda, se mantiene á la misma altura de lirismo grotesco. Es una verdadera lluvia de flores retóricas la que dirige Forner al interesante cuadrúpedo, una descarga de consonantes almibarados que pasan sobre el animal, y van á acariciar dulcemente la vanidad de su feliz propietario. Toda la ciencia del cortesano se agota en esta obra efímera y vergonzante, dirigida á ensalzar al magnate poderoso que, según la confesión del poeta, «*logra hacer á los brutos racionales*». Dos páginas más adelante, se encuentra la *Sátira* destinada á flajelar á los malos escritores. Ninguno de ellos escapa á la implacable justicia del defensor de las musas nacionales. Y por un misterio insondable del carácter y un eclipse total de la lógica, el cantor del «bruto ufano» del Príncipe de la Paz, empieza por mostrarse indignado por la ruindad de los temas que eligen sus contemporáneos para fabricar sus endechas:

---

(1) . . . . . .
Ye! who perchance behold this sinple urn,
Pass on—it honours none you wish to mourn:
To mark a friend's remains these stones arise;
Y never knew but one,—and here he lies...

Versos ha de escribir mal que nos pese,
Y mal que pese al arte, no habrá caso
En que su voz no acuda y se atraviese.

¿ De algún señor la esposa pare acaso,
Como acostumbran todas, al noveno ?
Al punto sale nuestro Mevio al paso.

Y muy colmado de entusiasmo, y lleno
De sibilino ardor, nos pronostica
Que el niño tiene traza de ser bueno:

Las glorias venideras le publica,
Y si el chico se escapa al otro mundo
¡Al fin valió la adulación que aplica!

¡Oh negra musa de saber inmundo,
Que vá á hacer, por medrar, sus cumplimientos
A las obras de un útero fecundo! ...

Forner la emprende luego con la pretenciosa jactancia de los rimadores, con el prurito de dar á la estampa cuanto acude á los puntos de su pluma, y el estupendo aplomo con que se consideran impecables y se atribuyen los más altos méritos y las cualidades más sobresalientes:

Sé que nunca un poeta he conocido
(Y he conocido muchos) que no entienda
De sí ser el más docto y entendido!
. . . . . .

Escribe mucho y cuanto escribe ama:
Publícalo sin tiento y á la envidia
Luego achaca las críticas que llama.

Lidia con fieras quien con hombres lidia
Que se tienen por fértiles, mostrando
Su frente los desiertos de Numidia!
. . . . . .

Primero sobre sí llame el conjuro
De un vengativo á su venganza atento,
Que el ceño claro del poeta oscuro.

Le hará ver que es el Pindo su aposento,
Y en él juntas las musas elocuentes,
Le inspiran grave y sonoroso acento.

Alegará que oyeron sus sirvientes
El reprendido verso, y le admiraron,
¡Jueces de gran razón é indiferentes!

Que dos profundas damas le aprobaron
Doctas en el francés y en geometría,
Y que cuatro peinados ya inventaron;

Que un abate, gran hombre en geografía,
Le alabó la pureza castellana
Citándole un francés que así escribía!...

. . . . . .

Los deplorables efectos de la imitación francesa, la futilidad y la ignorancia de los cultores de las letras, son para Forner las principales causas de la decadencia de la poesía. Es por ellas que la fama del genio español se ha hundido en un descrédito universal y justificado:

Ellas son, ellas son el asidero
Del maligno extranjero que nos odia
Tras debernos aplauso el extranjero.

¿Quién le podrá arrancar la palinodia,
Si para hacerse fuerte, en todo caso,
Tiene aquellos defectos en custodia?

Tiénelos, no menores, su Parnaso;
Pero no es el de España, rudo suelo
De quien hacer mención no quiso Taso.

. . . . . .

Cuanto hay del Ganges al dorado Tajo,
O cuanto desde el austro á los triones,
Sabia naturaleza en sí contrajo,

Lo comprende en cortísimas lecciones
Un *Don Lindo*, que emplea veinte meses
En saber ajustarse los calzones.

Allí toman su origen los reveses
Que al salvaje español tiran y vuelven
Abates italianos muy corteses! . . .

. . . . . .

Las *Exequias de la Lengua Castellana* (I) en que se alterna la prosa con el verso, abundan, aún más, en el mismo tema. Se trata de un viaje al Parnaso, escursión semi-dantesca, semi-rabelasiana, como la que hace Pantagruel á las islas utópicas de los *Papimanes* y los *Papefigues*, trazando una inmortal caricatura de la Iglesia Católica. El crítico asiste en ella á las honras fúnebres de la que fué matrona augusta en la época del florecimiento del genio español. Como el amante de Beatriz, conducido por Virgilio en las regiones infernales, el héroe de Forner, lleva por guía el espíritu excelso de Miguel de Cervantes Saavedra. No es por cierto la novedad ó la gracia de la fábula, lo que merece llamar la atención en este largo alegato en favor del buen gusto proscripto del terreno literario. Lo curioso es encontrar en él un documento fehaciente, que revela y fustiga los vicios intelectuales de la España, con una franqueza y una acritud de concepto que hacen inútil todo comentario «¿Qué se escribe y publica hoy en España?» pregunta el espíritu de Villegas al *Arcadio* de Forner, detenido en una de las encrucijadas del Parnaso, como Dante viendo cruzar las sombras de Lanceloto y Francesca.

« Traducciones, malas imitaciones, respondió *Arcadio* con agu-
« deza súbita.— Ya, replicó Villegas, se escribe lo que se puede.—
« Por eso se escriben discursillos, repuso *Arcadio*. Vos no encon-
« traréis en España autores que compitan con vuestros contempo-

(I) EXEQUIAS DE LA LENGUA CASTELLANA. Sátira menipea, por el licenciado *D. Pablo Ignocausto* (D. Juan Pablo Forner).

« ráneos, con aquellos que, grandes y excelentes en sus profesiones,
« escribían de lo que sabían; pero en cambio hallaréis hombres
« así, así, que sin saberse á donde les caen los estudios, *han in-*
« *ventado el nuevo oficio de escribir de todo;* de suerte que, *si*
« *nos atenemos á lo que se imprime, jamás ha producido Es-*
« *paña mayor número de talentos universales.* Política, filosofía,
« teología, jurisprudencia, agricultura, economía, poesía, elocuen-
« cia, crítica, todas las ciencias y todas las artes, entran en la
« jurisdicción de estos inmortales escritores de á pliego, y en dos
« ó tres tomejos, compuestos de discursillos que se publican
« para satisfacer el hambre ó la vanidad del que los escribió,
« hallaréis una biblioteca completa de todas las cosas, y otras
« muchas más.—Escribir un pliego sobre cualquier cosa, dijo en-
« tonces uno de los que allí estaban, no prueba más que la ha-
« bilidad de pintar las letras. Todo el que sabe escribir, puede
« ser escritor de esa especie, con tal que no quiera tener otro
« oficio que el de trasladar al papel aquellas conversaciones en
« que se juzga de todo en los corrillos, en las fondas y en las
« librerías. *Un talento universal es un cuento semejante al del*
« *fénix;* pero el dedicarse á escribir de todo, es negocio de cor-
« tísima dificultad. Se vé comunmente en el trato civil, que los
« idiotas juzgan de todo cuanto se hace y cuanto se escribe, con
« tanta confianza como si estuvieran instruídos en todo profun-
« damente. Así, también, en la república literaria, el que nada
« sabe con profundidad, todo lo abarca y en todo se mete, por
« lo mismo que no hay en él ciencia ó arte determinada en que
« pueda sobresalir; por lo mismo que ignora lo difícil que es
« tratar con dignidad una ciencia ó arte, cuanto más todas....»

No se puede llevar más lejos la aspereza del desprecio por los insulsos improvisadores que usurpaban el título de poetas en medio del general apocamiento de las inteligencias de alto vuelo. El proceso formado á las letras, es mucho mas extenso y decidido.

«La prosa francesa — dice *Arcadio* — ha corrompido la caste-
« llana; trasladan á los versos esta prosa corrupta ingenios lán-
« guidos, helados, secos, estériles, y ved aquí el estado general de
« nuestra poesía al presente. El vulgo acostumbrado muchos años

« há, á leer tal prosa y tales versos en la enorme copia de tra-
« ducciones que han abortado el hambre y la ignorancia ¿cómo
« ha de discernir ya la poesía castellana de la semi-francesa? Se
« ha perdido la amenidad de nuestro lenguaje, se han perdido las
« frases y modismos poéticos, se han perdido las gracias de nues-
« tra locución jocosa, se han perdido los giros y construcciones
« vivas y enérgicas, se ha perdido la facilidad de las traslacio-
« nes, se ha perdido la armonía, la grandilocuencia, la abundan-
« cia, la propiedad; todo se ha perdido en los versos y prosas de
« la mayor parte de los que hoy escriben. Yo he visto églogas
« escritas en tono de declamación, he visto poemas didácticos es-
« critos en tono de églogas, he visto comedias que hacen llorar,
« trajedias que hacen reir, innumerables sonetos, compuestos de
« catorce versos medidos y nada más, cantos épicos fundados en
« sueños, odas que hacen tiritar al infeliz que las lee, y todo,
« todo, no sólo sin alma, pero sin cuerpo castellano si es lícito
« expresarme así».

¿Quiénes son los causantes de esta decadencia dolorosa, de este rebajamiento incomprensible? « Los franceses — contesta Forner — labrando sus « glorias sobre las ruinas de la nuestra, han sabido « escribir tan varia y abundantemente de todo, que « aunque ni sus ingenios son inventores, ni su len- « gua á propósito para competir con la nuestra, « han conseguido derramar copia inmensa de li- « bros, por todas las provincias de Europa, por el « mismo caso de haber hecho á su lengua deposi- « taria de cuanto se sabe y de cuantos modos de « agradar puede hallar el ingenio humano ». — La consecuencia lógica es el abandono en que yacen en España los estudios y la invencible esterilidad artística y científica. « ¿Qué me dices? pregunta « uno de los habitantes del Parnaso. ¿España no ha « dado en este siglo libro alguno clásico, ni en el « púlpito, ni en el foro, ni en la historia, ni en el tea- « tro, ni en los demás géneros de poesía, ni en la « filosofía?... No os molestéis — le replicó *Arca-*

« *dio;* no creo se haya pensado en España que una « nación *no puede ser gloriosa ni admirada, ni aun « tenida en alguna consideración, sin esta especie « de libros, que sirven á todos los hombres, que se « leen en todas las edades y que mantienen la glo- « ria de los pueblos cuando éstos no existen ya*». La última palabra de este análisis despiadado, es profundamente cruel, en su exactitud indiscutible: « Dos gruesos tomos se emplean para decir que no « se sabe qué se supo en España antes del imperio « de Augusto. *Jamás se ha visto fertilidad más es- « téril*».

Las *Exequias de la Lengua Castellana,* tienen un vago parecido con el artículo alegórico de Fontenelle, publicado el siglo pasado, con el título de *Descripción del Imperio de la Poesía.* Según el autor, este Imperio está muy poblado y se encuentra dividido en *alta* y *baja* poesía; la alta poesía, está habitada por gentes graves, melancólicas y ceñudas; tiene por capital el poema épico. Las montañas de la tragedia, se encuentran dentro de sus límites; sus campos están regados por las aguas de dos ríos; uno, el río de la Rima, que nace al pie de las montañas de la divagación *(revêrie);* otro, el río de la Razón, corre á la distancia y muy lejos de la selva del *Galimatías.* (1) La descripción continúa en el mismo tono, torturando las semejanzas y perdiéndose en un laberinto de imágenes y de teorías que revelan el mal gusto de aquella época, en la Francia misma, en que escribía La Motte, en un estilo tan semejante al de Meléndez y demás españoles de la decadencia, que á unos y otros puede aplicarse la estrofa de Juan Bautista Rousseau, de-

(1) H. Rigault, *Histoire de la Querelle des anciens et des modernes.*

dicada al primero, en que lo representa recitando sus odas en el Parnaso, delante de las Musas y de Apolo:

Ces odes-là frisent bien le Perrault...
Lors Apollon bâillant à bouche close:
— Messieurs — dit-il, je n'y vois qu'un défaut,
C'est que l'auteur devait les faire en prose!...

VI

Los poetas del siglo XVIII, en España, como el famoso La Motte, es lástima que tampoco escriban en prosa, aunque á decir verdad muchos realizan sin saberlo el milagro del *burgeois gentilhomme* de Molière. (1) Recórrase como ejemplo, la vasta colección de Rivadeneira, donde figura, entre otros de igual calibre, un impagable Conde de Noroña, autor de *Anacreónticas,*

> En donde á cada paso
> Retratados se miran,
> El fuego de Cupido,
> De Liëo la risa;

según lo manifiesta en su dedicatoria *Al Lector,* añadiendo modestamente que no pretende competir con el «lírico teyano», ni con «las musas la-

---

(1) Para ser enteramente justicieros, consignemos que la decadencia literaria del siglo XVIII se extiende igualmente á Italia é Inglaterra. Léase, á este respecto, el ensayo de Macaulay sobre Byron, en que cita esplícitas opiniones de Alfieri sobre Italia, y en que llega á la siguiente conclusión respecto á su patria: «Dos « ó trescientos versos de Gray, dos veces otros tantos de Golds- « mith, algunas estancias de Beatie y de Collins, algunas estrofas « de Mason, algunos prólogos y algunas sátiras en que hay ta- « lento, he aquí las obras maestras de ese siglo de perfección « incomparable. Todo eso podría imprimirse en un solo volumen, « que tampoco tendría mérito extraordinario. No contendría un « solo poema de primer orden y aún pocos que merecieran figurar « en el segundo rango. El *Paraiso Reconquistado* ó *Comus* val- « drían más que todo ello.» — (MACAULAY.— *Litterary Essays.)*

tinas que el amor celebraron de Lesbia, Delia y Cintia»; ni hacer sombra

.... Al *muchacho* Villegas
En sus tiernas *Delicias;*
Ni á Moratín, Cadalso,
Ni á muchos que le imitan,
Ni menos á Meléndez,
Que es la dulzura misma...

Sus aspiraciones son más modestas. Se limitan á dirigir endechas melosas *A una mosca* «que revuela en torno de Amira, que la acompaña siempre, que contempla sus secretos», á *Lisis y Cupido,* y á todos los comodines de la poesía clásica y mitológica, entre los cuales figura por excepción y como una intrusa, la oda *Al Nuevo turpian de Laura,* soporífero discurso del mismo corte y altura que el que dirigió al caballo del Príncipe de la Paz, el narcótico Forner. Con todo, el Conde de Noroña tiene para nosotros un mérito excepcional. Recorriendo sus *Odas*, y leyéndolas en voz alta,—tarea varonil que Apolo nos tendrá en cuenta,—hemos encontrado en algunas de ellas y especialmente en la consagrada *Al Lujo,* un eco melódico de la *Agricultura de la Zona Tórrida* de Don Andrés Bello. En nuestra memoria fiel, como en la de todos los críticos del continente, retozan los versos botánicos del poeta venezolano, como una obsesión tenaz y dominante:

. . . . . .
Para tus hijos la *procera* palma
Su vario feudo cría,
Y el ananás sazona su ambrosía:
Su blanco pan la *yuca,*
Sus rubias pomas la patata educa,
Y el algodón despliega el aura leve
Las rosas de oro y el vellón de nieve.
. . . . . .

Todo esto es sanscrito para el que no tiene la ventaja de leer las notas del autor, que lo instruyen de la utilidad de la «procera palma», y le advierten que no debe confundirse la *yuca* con el *pan de casave* venezolano. La advertencia está de sobra para el que ha tenido la ventaja de residir temporalmente en el valle del Guayre, como el autor de estas páginas. Los que no han logrado esa fortuna, deben saber, una vez por todas, que la *yuca* de Bello es la vulgar y sustanciosa *mandioca* paraguaya, prima hermana de la *fariña* brasilera. Pero dejando de lado estas cuestiones técnicas que tanto ocupan la atención de Bello y llenan las notas de su clásica oda, ¿quién no encuentra el germen de esa suculenta y magistral composición, en las modestas estrofas que siguen y en otras semejantes del Conde de Noroña?

. . . . . .
Tampoco la olorosa
Canela de Ceilán se introducía
En la pasta sabrosa
Del *árbol caraqueño* (1) como hoy día;
Nada, pues, se sabía
De estos frutos, que han sido
Los que nuestra salud han destruido.
Su estómago robusto
Con jugoso jamón se contentaba;
El ajo daba el gusto
Y la sana cebolla lo excitaba;
La sed se apaciguaba
Con un tan virgen vino
Como el que para sí, Noé previno....
. . . . . .

(I) El «árbol caraqueño», según sabios comentadores, equivale al agradable *chocolate*.

Ay Dios! No permitamos
Que la patria se vea de esta suerte;
Con ardor destruyamos
La vil gula, que enerva el pecho fuerte;
Y lancemos la muerte
Allende de los mares,
Volviendo á nuestros rústicos manjares....

La decadencia de las costumbres, según la oda del Conde de Noroña, la virilidad perdida de la juventud, tiene por causa el lujo y sobre todo las «salsas con que el dinero y el cuerpo nos consume el extranjero». Es necesario volver al régimen castizo y fortificante del «ajo» y la «sana cebolla», para que renazcan el valor y la grandeza. Teoría discutible, por lo que respecta al ajo y á los efectos tóxicos del «árbol caraqueño», pero altamente significativa en el terreno literario en que estamos examinándola. Esta obra extraordinaria, se completa con el canto *A la apertura de una Sociedad de amigos para aprender la historia de España en Jerez de la Frontera*, tarea noble y abnegada en aquella época, y sobre todo en aquel lugar, que parece más á propósito para recibir el oráculo rabelasiano que escuchó Panurgo de boca de la Dive Bouteille: TRINQ!... Con él, y con una vasta colección de poesías orientales, termina el caudal del Conde de Noroña, que, como se ve, no podía proporcionar muchos temas á la imitación de sus colegas del Nuevo Mundo.

Lo mismo puede decirse de don Manuel María Arjona, á pesar de su inevitable y nebulosa sátira *A Forner*, disfrazado en el curso de los tercetos con el espiritual apodo de *Norferio*, en que la emprende ágriamente con la musa castellana. No vale la pena traer á colación en esta oportunidad,

sus cantilenas, sus endechas y sus idilios. Carecen en absoluto de originalidad y de gusto: son temas escolares, desarrollados sin arte por un aprendiz condenado á girar en la esfera de una perpétua iniciación. En este sentido, muy superior á él es don Francisco Sánchez Barbero, que terminó sus días, víctima de la ignorancia y del absolutismo, en el presidio de Melilla. A despecho de las desventajas del medio ambiente, había en él un letrado y un humanista distinguido, un fabricante de admirables exámetros latinos, que al escribir en su idioma, se ha elevado á la altura de Quintana en sus odas líricas y entusiastas *A la batalla de Trafalgar*. Un alma grande palpita en las estrofas valientes del poeta guerrero. La elegancia de la expresión, sirve en él para fortificar y exacerbar el concepto. Su epístola *A Ovidio*, escrita en la prisión, tiene un tono semejante á la *Epístola á Horacio* de Menéndez Pelayo. Es un largo alegato del desgraciado escritor condenado á reclusión injusta, en que compara su suerte miserable con la del autor de *Los Tristes* y del *Arte de Amar*. Sus *Diálogos Satíricos* son altamente interesantes, sobre todo aquel en que aparece Paidófilo y el Dómine Crispín Garabato, antecesores del «Dupont y Durand» de Alfredo de Musset. Tratándose de gramáticos, el juicio literario acude naturalmente á los puntos de la pluma de Sánchez Barbero:

. . . . . .

PAIDÓFILO

Preguntarte, mi dómine, quería,
En donde los gramáticos primores
Encontraré, los clásicos autores

Cuales son; acertado
Quien procede; quien peca;
Quien es en demasía prolongado,
Cojo, confuso....

GARABATO

Te comprendo; ¡basta!
En mi voluminosa biblioteca
Del gramático rezo
Hallarás toda casta,
Et quidquid illis desit, Garabato
Supplebit

PAIDÓFILO

No lo dudo,
Y con creces. Empiezo:
¿Quién es este *Cejudo*
Con cejas y nariz de maragato?

GARABATO

Para expósitos hijos
Escritor.

PAIDÓFILO

Adelante... ¿Florilegio?

GARABATO

Ese bien puede ser maestro réjio,
Y en un candil arder sus acertijos
Como *Dómine lanas:*
Ego aqua et vino, Métulas... los versos
Por el mismo demonio fabricados,
Tan límpios y tan tersos,
Que á derecha y revés lo mismo dicen,
Sin que en métrica regla se deslicen....
. . . . . .

Y más lejos, en el *Diálogo* sostenido entre la Poesía y Floralbo:

Poesía

Floralbo, *tal del escuadrón pedante*
Los golpes repetidos y feroces
A tus delicias y tu amor han puesto:
Yo soy la Poesía!

Floralbo

Inclino á tu beldad la frente mía....
¿Cómo vienes, así, tan derrotada,
Tú, que los mundos creas,
Haces salir de la insondable nada
Dichosos pobladores,
Que pródiga hermoseas,
Que lo insensible animas,
Al alma cuerpo das, das alma al cuerpo,
Das movimiento, amores?....
Tú, que fecundas la aridez, intimas
Al opresor la muerte,
Derrocas al tirano,
Del tiempo paras el volar?... La suerte
Del mortal en tu mano,
En tu voz imperiosa,
Lo que es, lo que será, lo que ya fuera,
Llevas.... Al afligido
Recreas con la paz; al hombre fiera
De la selva espantosa
A la concorde sociedad conduces,
De tu voz al armónico sonido
Y su intratable rustiquez suavizas....
Todo es tuyo: virtud, costumbres, luces
Que en los célebres fastos eternizas....
¿Cómo vienes así, tan derrotada,
A la horrenda mansión de los delitos
Donde nunca jamás hubiste entrada?
¿Quién, dime, te destierra,
Tus lastimeros gritos
Ultrajador causando?

POESÍA

Guerra, bárbara guerra
Movióme de copleros
El gárrulo, procaz, sumiso bando.
Resisto; sus aceros
Airados me dividen;
Mi honor y prez insultan,
Despójanme crueles de mi gloria,
Y en el inmundo cieno la sepultan,
Cantando la victoria;
La tierra ufanos con su cola miden.
Y del héspero suelo me despiden.
. . . . . .

Las dotes musicales del estilo de Sánchez Barbero, la facilidad corriente de la elocución, hacen agradable la lectura de muchas de sus estrofas, que si carecen de intensidad y de pensamiento propio, no están desprovistas de otras galas retóricas que faltan á menudo en las producciones de muchos de sus contemporáneos. —Porque, á pesar de los fecundos recursos que ofrece al artista la versificación castellana, es general en aquella época, la flojedad y la incuria de la expresión que se arrastra lánguidamente, y tropieza á cada paso imitando los balbuceos de la senilidad. La antigua elocuencia del siglo de oro, es reemplazada por el amaneramiento y la afectación. Los procedimientos y las recetas del oficio, sustituyen á los hallazgos del talento y á las combinaciones del arte. En ningún autor se ve más claramente los resultados de «la manera» que en las obras de Alvarez de Cienfuegos. Es detestable el efecto que produce la lectura de sus odas por la repetición incesante de palabras, con que pretende fortalecer la expresión, fingiendo un entusiasmo de que carecen sus versos. Donde quiera que se abran las páginas de su libro,

crispa los nervios la presencia de la insoportable muletilla. Muchos reproches de igual género podrían dirigirse á Meléndez mismo, generalmente elogiado por la forma de sus producciones, á Forner, á Iriarte, y á todos los héroes del prosaismo poético que hemos venido catalogando. Sin embargo, con el avenimiento de Arriaza, de Don Juan Nicasio Gallego y de Don Alberto Lista, nótase un progreso sensible en esta materia, aunque tampoco están del todo libres de pecado.

El mismo Moratín, modelo clásico por excelencia, llamado en la madre patria «el Molière español», abusa de las trasposiciones, como Cienfuegos de las repeticiones. Los aficionados á profundizar estas chicanas, encontrarán agradable la lectura del *Diálogo Crítico* de Gallego, en que se dá una famosa carga al autor del *Sí de las niñas, El Barón* y *La Mojigata.*

VII

Pero huyamos de los atractivos de la crítica hermosillesca. Señalemos más bien, las dotes poéticas distinguidas de Arriaza y la mayor ciencia del estilo que se admira en él, como un feliz augurio de la época moderna, ilustrada por la rotunda versificación de Quintana. Es un verdadero precursor, por la forma rítmica de algunas de sus inspiraciones, por la belleza de sus estrofas y hasta por la novedad y originalidad de los temas que elige. Hay un no sé qué arrullante y seductor en las cuartetas de *El Propósito inútil*, algo que debió tener un íntimo encanto para los lectores de Arriaza y que hoy percibimos débilmente por el abuso de los imitadores que han repetido á la saciedad análogos sentimientos. En sus *Odas y Sonetos,* el poeta muestra un gusto delicado y un instinto artístico excepcional para su tiempo. Entre las innumerables composiciones dedicadas por todos los rimadores españoles al combate de Trafalgar, una de las pocas que merece leerse es la de Arriaza, en que rememora con acentos trémulos, la tempestad nocturna que completa la obra despiadada de la guerra:

. . . . . .

¡Oh noche, quién podrá expresar tu espanto!
¡Quién tu aflicción conmemorar sin llanto!
¡Quién contar tus lamentos!.....

. . . . . .

Esa elegía elocuente termina, con un rasgo magistral, inspirado á Arriaza por la muerte de Nelson, en el momento de alcanzar la victoria. Se dirige á los españoles, y, al consolarlos por los rigores de su destino adverso, exclama:

Básteos, en tanto, el lúgubre tributo
De su muerto adalid, doblando el luto
Del Támesis umbrío;
Que si llenos de honrosas cicatrices
Se os vé para ocasiones más felices
Reservar vuestro brío,

Sois cual león, que en líbico desierto,
Con garra audaz, del cazador experto
Rompió asechanza astuta;
Que no inglorioso, aunque sangriento y laso,
Temido sí, se vuelve, paso á paso,
A su arenosa gruta!....

Arriaza no podía permanecer indiferente ante la decadencia de la musa castellana. A diferencia de Forner y de Iriarte, él la emprende solamente con el teatro, trazando en sus *Reflexiones de Entre-Actos* hechas en la trajedia de «*Blanca ó los Venecianos*», una alegre caricatura de las monstruosidades que subían á la escena y que hacían las delicias del vulgo, según se desprende de la conclusión algo prosáica de la sátira aludida:

. . . . . .
Y vosotros, en fin, paisanos míos,
Que incautos, á los nuevos desvaríos,
Váis á templar las penas verdaderas,
Con alegres ó tétricas quimeras,
En la escena,— la moda halló el secreto
De que arrumbéis de Lope y de Moreto
Las piezas por antiguas ó ramplonas;
¿ Y al fin, qué os dá? Francesas cucamonas!

Débil para arredrar vuestro deseo
La lluvia ó nieve, henchís el coliseo
¿Y allí qué véis? El cielo me confunda
Antes que oir la loca baraunda
Con que, en honor del desbarrado ingenio
Hacéis temblar los arcos del proscenio,
Y aplausos dáis que Apolo no reparte!
¿Pensáis gozar de Sófocles el arte
Cuando de horrendas farsas sois testigos?
Ah! perdonad; no es eso ver, amigos;
Eso es tener dos ojos en la cara,
Hechos como con palo en simetría,
Por donde entra la luz común del día,
Mas no los rayos de la ciencia clara! ...

Así, casi no hay poeta español, de alguna significación literaria, á fines del siglo XVIII y principios del XIX, que no reconozca y revele la enfermedad intelectual que mina á las letras en la península. Todos son esplícitos á este respecto, como hemos podido verlo en el curso de las páginas anteriores. Y si hemos insistido en este tema, tal vez con mayor amplitud que la necesaria, ha sido con el objeto de consignar antecedentes indispensables para la mejor comprensión del carácter de la musa nacional, en sus primeras manifestaciones originales. El árbol marchito por cuyas células circulaba perezosamente una savia envejecida, no podía comunicar á sus ramas la lozanía y el vigor de la juventud. (1) La absorción del pensamiento

(1) La influencia ejercida por el genio español sobre la literatura americana, es innegable, y ha sido reconocida por los más imparciales escritores de la península Menéndez Pelayo, que puede considerarse como uno de los más reputados, escribe en uno de sus últimos trabajos, lo siguiente. refiriéndose á la poesía americana: «Si algo del americanismo primitivo llegó á infil-« trarse en esta poesía (lo cual es muy dudoso), solo en este « sentido podrán tener cabida tales elementos bárbaros y exóticos « en un cuadro de la literatura hispano americana, *la cual, por*

en un solo orden de ideas y el cultivo de una sola clase de formas, debían traer á la larga el aniquilamiento y la muerte de toda iniciativa fecunda. Así, en la lírica, como en el teatro, como en la prosa, todo el caudal literario del ciclo que empieza en Meléndez y termina en Moratín, está atacado de un insanable raquitismo y revela más que nada el apocamiento y la postración de los períodos históricos crepusculares que preceden á una gran catástrofe y anuncian una renovación. Todo ese fárrago de producciones mediocres, han cumplido su destino y merecen venderse en la forma indicada por Moratín en su *Sátira contra los Vicios introducidos en la poesía castellana:*

Sí, Fabio, las obrillas que dispones
Las hemos de vender todas al peso;
Y algo me tocará por mis lecciones.
Tu vena redundante hasta el exceso,
Que no conoce reglas ni camino,
Es lo que se requiere para eso.
Suelta toda la presa del molino;
Haz comedias sin número, te ruego,
Y vaya en cada frase un desatino.
Escribe dos, y, luego siete, y luego
Imprime quince y trama diez y nueve
Y á tu musa venal no dés sosiego!
. . . . . .

Creemos haber demostrado con bastante claridad la justicia de los que, como el mismo Moratín

---

« *lo demás, ha seguido en todo las vicisitudes de la general* « *literatura española, participando del clasicismo italiano del* « *siglo XVI, del culteranismo del XVII, de la reacción neo-* « *clásica del XVIII,* del romanticismo del presente y de las in- « fluencias de la novísima literatura extranjera, especialmente de la « francesa é inglesa ».— (Introducción á la *Antología de Poetas Hispano Americanos,* publicada por la Academia Española, y escrita por M. Menéndez Pelayo).

en *La Derrota de los Pedantes*, ponen en boca de Apolo, las siguientes lamentaciones: «¿Qué en-« jambre es este de copleros y charlatanes que « inunda nuestra península?... ¿En dónde están « aquellos pocos que deberían oponer sus doctas « obras al torrente desatado de tanto papel ridículo « que dictó la envidia, la demencia ó el interés « abatido y sórdido?... ¿Pero, qué especie de fata-« lidad domina hoy en la literatura española? ¿Por « qué los que debían escribir callan, cuando los « que aún no saben leer escriben?... ¿Se verá « siempre salir de las escuelas esa juventud deter-« minada, que habiendo recibido apenas unas ideas « escasas de buen gusto y sana doctrina, no ha-« llando proporción para seguir una de las carre-« ras en que el mérito se corona y desdeñando los « ejercicios útiles, se abandona, instigada de la ne-« cesidad, á tratar materias científicas que entera-« mente desconoce?... ¿Llegará el día en que se « aprenda por principios? ¿en que se estudien los « grandes modelos de la antigüedad? ¿en que se-« páis conocer los que dejaron los grandes autores « de nuestro siglo de oro? ¿aquellos que trayendo « entre los despojos de las conquistas, las ciencias « y las artes que hallaron florecientes en la ven-« cida Italia, las cultivaron después en su país, « haciendo gloriosas entre las demás por su sabi-« duría á aquella misma nación que dió leyes al « mundo por su política y sus victorias?...» Esta página severa, es el mejor coronamiento de nuestro rápido análisis. No sabemos que hasta hoy, se haya dado á sus preguntas, la respuesta que reclamaban y la satisfacción que merecían. La hora del inevitable retroceso que sigue á todo impulso exagerado, había sonado para España. El absolutismo y la ignorancia empezaban á dar sus frutos

de perdición. La América levantaba el grito de la Independencia, y el coro humilde de sus poetas, ahogaba algunas veces la gárrula palabrería de los copleros peninsulares, empeñados en la tarea estéril de galvanizar las formas muertas de la musa pastoril, con la obstinación apasionada y neurótica con que el maestro Cadalso quiso desenterrar el cadáver de su querida, para saciar la vista y el corazón en el espectáculo de sus fúnebres encantos!...

SEGUNDA PARTE

Ojeada sobre los poetas de la Revolución y de la época de Rivadavia.

I

El estudio de nuestros poetas de la Revolución, se dificulta por la imposibilidad de encontrar reunidas sus producciones. La *Colección de Poesías Patrióticas,* la *Lira Argentina* y aun la misma *América Poética*, compilada por D. Juan María Gutiérrez y publicada en Valparaíso en 1846,—son hoy libros dificilísimos de conseguir, especialmente los dos primeros. Nuestra democracia incipiente, pagada de teorías y de palabras pomposas, no ha tenido tiempo para elevar el monumento que reclaman los que cantaron nuestras primeras glorias y arrojaron los cimientos de nuestra fecunda nacionalidad. Las nuevas generaciones, siguen el ejemplo funesto de la indiferencia por nuestros hombres, y por sus obras, inspiradas siempre en nobles ideales y que profetizaron á menudo la grandeza futura del suelo que los vió nacer y al que consagraron lo mejor de su pensamiento y su vida. Y sin embargo, hay en ellas no poco que admirar y que exhumar del olvido, para sentar las bases de nuestra naciente literatura, y desentrañar de su estudio la índole especial del genio argentino y su desarrollo progresivo, en el transcurso del siglo próximo á terminar. Ese genio, desde su origen, presenta caracteres originales que lo distinguen y le señalan un lugar á parte en la evolución intelectual, iniciada en la madre patria, y modificada por

la conquista de nuevas formas y diversos elementos, al cambiar de medio ambiente, en la América poblada por su descendencia. Examinad los temas predilectos de los poètas que hemos mencionado anteriormente. Abundan en ellos, los idilios campestres, el erotismo de las anacreónticas dirigidas á seres abstractos, que se llaman *Lisis, Filis* ó *Cloris;* los poemas burlescos, que desarrollan en interminables estrofas, argumentos pobres y mezquinos; el discurso filosófico, que repite generalidades de una moral mediocre, con tintes de fanatismo y tono de predicación indigesta; la sátira contra el escritor rival ó la epístola que ensalza al amigo; y todo esto, diluido en las mismas formas retóricas, fundido en moldes semejantes; saturado de los mismos principios, creencias y mitologías convencionales. La nota humana, la intervención directa y apasionada del poeta en los conflictos morales ó políticos de su tiempo, asoma recién en las obras de Gallego, de D. Alberto Lista y principalmente, de Quintana. Lo contrario sucede con nuestros poetas. A pesar de sus deficiencias de inspiración y de forma, así como de la influencia que ejerció en ellos el mal gusto de la época, revelan mayor sinceridad de expresión y de inspiración humana. Su intimidad con la naturaleza, da á su paleta colores más firmes y menos artificiosos. Entre sus cuadros y los de los fabricantes de bucólicas españoles, hay la misma diferencia que entre los paisajes pintados de memoria á la luz del taller, y la campiña, sorprendida por el artista y trasladada al lienzo en el *pleno aire* que da la cruda luz y la realidad de color de que se jacta la escuela moderna. Todo un nuevo género de sentimientos y de ideas, nacidas de la situación especial, de las ocupaciones habituales y de las necesidades del por-

venir, hacen su aparición en los cantos de la musa argentina. Lavardén, en su *Oda al Paraná*,—

Augusto Paraná, sagrado río,
Primogénito ilustre del oceano,—

en vez de hacerlo hablar como Fray Luis de León en la *Profecía del Tajo*,— anticipándose á los tiempos lo ve cubierto de «enjambre vistosísimo de naos». Luca, Lafinur y Rojas, dan salida á sus aspiraciones patrióticas y á los ideales humanitarios y filosóficos con que cada uno de ellos se mezcla á la lucha democrática de su tiempo. Varela defiende y prestigia con la magia del verso, las iniciativas liberales y los decretos reformadores de Rivadavia. Fuera de eso, la poesía de nuestros vates, se localiza más, por decirlo así, que la de los españoles, reflejando con mayor exactitud el escenario en que actúan sus autores. Lavardén recuerda «la banda del silvestre camalote»; alude á las riquezas forestales y á la calidad de las maderas que abundan en los montes regados por el Paraná, y se refiere á la forma de un marisco de la costa patagónica, que tiene la «bizarra figura de los caballos del carro de Neptuno». En su oda, se trasluce admirablemente la majestad y la grandeza del enorme caudal de agua, que se dilata á través de medio continente, fertilizando las islas y los campos de sus próvidas orillas:—

.....
Extiéndete anchuroso, y *tus vertientes,*
Dando socorros á sedientos campos,
Dén idea cabal de tu grandeza.
No quede seno que á tu excelsa mano
Deudor no se confiese. Tú las sales
Derrites, y tú elevas los extractos
De fecundos aceites; tú introduces

El humor nutritivo, y suavizando
El árido terrón haces que admita
De calor y humedad fermentos caros!
Céres, de confesar no se desdeña
Que á tu grandeza debe sus ornatos....
.....
.....Acá, tus hijos,
Hijos en que te gozas, y que á cargo
Pusiste de unos genios tutelares,
Que por divisa la bondad tomaron,
Céfiros halagüeños por honrarse
Bullen, y te preparan sin descanso
Perfumados altares en que brilla
La industria popular, triunfales arcos
En que las artes liberales lucen,
Y enjambre vistosísimo de naos
De incorruptible leño (que es don tuyo)
Con banderolas de colores varios
Aguardándote está!....
.....
Ven, sacro río, para dar impulso
Al inspirado ardor; bajo tu mano
Corran, como tus aguas, nuestros versos!....

Es necesario volver una vez más y siempre, al ingenioso maestro que mejor ha estudiado los orígenes de nuestra literatura. « Los poetas de la « Revolución — dice Gutiérrez (I) — abandonaban « apenas las bancas de las escuelas clásicas, em- « papados en las cobardes lágrimas de Ovidio, « sahumados con los voluptuosos perfumes de las « *Heroidas*, nutridos con la miel de los *Georgi-* « *cas,* admirando al héroe de la *Eneida,* esclavo « resignado á la voluntad del destino. Aristóteles y « Horacio eran sus preceptistas y desconocían no

(I) J. M. GUTIÉRREZ. — *La Literatura de Mayo.* (Revista del Río de la Plata.)

« solo la varonil libertad de la literatura inglesa,
« sino hasta los modelos más accesibles que pudiera
« haberles ofrecido aquel francés del Atica, que en
« los últimos años del siglo XVIII, pulsaba su laud pro-
« fético al pie del cadalso, víctima de la libertad
« que amaba como nadie. *Fué por tanto espontáneo*
« *el carácter de nuestra poesía: flor brotada al in-*
« *flujo del sol Inca,* en el campo de nuestras pro-
« pias heredades redimidas del poder que las do-
« minaba por el derecho de la fuerza. *Aprendió su*
« *estética en el fondo del corazón movido por el pa-*
« *triotismo;* halló su estro en el anhelo de la per-
« fección y sus armonías en el susurro de las selvas,
« en el fragor de los huracanes de la llanura ilimi-
« tada. Fué sublime como los Andes, majestuosa
« como el Plata, solemne como la aparición de la
« aurora en nuestras latitudes templadas. Nuestra
« poesía patria *fué perfectible y progresista,* se
« agrandó á par de la sociedad *de cuyo desarrollo*
« *era instrumento;* meditó en los momentos so-
« lemnes, derramó lágrimas en presencia del infor-
« tunio, levantó himnos en el triunfo y *celebró sin*
« *modelo que imitar, las conquistas del espíritu*
« *nuevo* y de la civilización bajo el aspecto gran-
« dioso y fecundo que aquellos revisten en los pue-
« blos que se educan para la democracia. . . Los
« autores no eran en el drama revolucionario me-
« ras voces del coro como en la tragedia griega,
« extraños á la acción y al movimiento de las pa-
« siones de la escena, sino actores en ella: no eran
« intérpretes, sino colaboradores del *destino*, que
« la sociedad misma se preparaba para lo futuro.
« Educaban la juventud y derramaban la ciencia
« nueva desde las cátedras; resolvían en las asam-
« bleas y en el gabinete los problemas políticos que
« planteaba la mano atrevida é inexperta de la re-

« pública naciente; administraban en los consejos
« del Gobierno; manejaban la espada y conducían
« á los patricios armados á las fronteras lejanas,
« que era necesario ensanchar para la libertad. *Sus*
« *cantos eran acción;* el verso, una forma diversa
« nada más, del pensamiento de transformación en
« que se encontraban empeñados, consagrándole
« todas sus facultades y cantaban inconscientes de
« su propia armonía, heridos como la estatua fa-
« bulosa, por el astro que brillaba en nuestras ban-
« deras.»

II

El rechazo de las invasiones inglesas, lo hemos dicho ya, despertó la inspiración de nuestros poetas y repercutió en España misma, haciendo vibrar la lira de Don Nicasio Gallego y de Don Alberto Lista. (I) Es interesante, antes de referirnos á los primeros, recordar la forma en que se celebró en la Metrópoli la hazaña de los argentinos. Don Alberto Lista, en su oda entusiasta, empieza por preguntarse, quien « roba de su cítara suave, las « rosas con que la ciñeron un día, Febo, Venus

---

(I) Don *Ventura de la Vega*, en el PRÓLOGO de las POESÍAS DE GALLEGO, dice lo siguiente: «Permítase al que esto escribe, « dedicar aquí un recuerdo á aquella heróica ciudad, donde tiene « la gloria de haber nacido, y en cuya suerte no ha cesado ni « cesará de interesarse vivamente su corazón, á pesar de las 2000 « leguas que hace más de veinte años le separan de la que siem- « pre llamará su patria. No hay ejemplo en la historia, de un hecho « más glorioso. Un pueblo abierto, donde no había á la sazón ni « un soldado, se ve acometido derrepente por un ejército de 12.000 « hombres, mandado por un hábil general. Desatino era soñar « siquiera en defenderse, pero las heroicidades ¿qué son en su « origen, sino desatinos? Los habitantes corren en tropel á la « plaza y piden á gritos armas y municiones; el Cabildo cede á « la voluntad del pueblo, toma algunas disposiciones para aque- « lla inconcebible resistencia y llama á la ciudad al Virrey Don « Santiago Liniers, que á la aproximación de los ingleses, vién- « dose sin tropas, se había retirado al campo. Los paisanos ar- « mados guarnecen las azoteas, los balcones, las ventanas, las « puertas, y al penetrar el enemigo á la ciudad, empieza á llover « sobre ellos un fuego mortífero. La lucha fué sangrienta, pero « breve: al cabo de algunas horas, los ingleses tuvieron que ren- « dirse á discreción, quedando todos, incluso el general en jefe, « prisioneros de guerra.» A pesar de los errores de detalle, creemos que este juicio merece recordarse.

« y Cupido ». Y continúa en las formas altisonantes del estilo de su tiempo, lleno de reminiscencias clásicas y de plétora retórica,

¿Qué nuevo grito de victoria escucho
Girar por su alta cumbre?
¿Es el scita feroz de quien el trace
Ya acobardado y fugitivo tiembla?
¿Es el galo animoso
Del Vístula y del Albis victorioso?

Mas, oh! que desde el margen apartado
Del Paraguay inmenso,
Vuela sobre los golfos de occidente:
Victoria, clama, á *la indomable España;*
Y el eco repetido
La playa aterra de Albión vencido!
. . . . . .
Tú en tus murallas dominar los viste
Metrópoli opulenta,
Reina del Paraguay; cual pronto brilla
Relámpago veloz, y luce apenas,
Cuando á la parda nube
A sepultarse entre sus sombras sube.
. . . . . .

No insistamos en el disculpable resbalón geográfico del humanista español, al llamar á Buenos Aires « vecina » del « margen apartado del Paraguay inmenso.» Su canto es, en general, frío y poco inspirado. Flota en la vaguedad y se evapora en una serie de metáforas envejecidas, que repite poco después en su himno á la *Victoria de Bailén*. Don Nicasio Gallego, es más feliz en el desarrollo de este tema. El acento del patriotismo que « inflama las piedras de Sagunto, que brilla « desde el Cántabro hasta Alhama y que resuena « á través del Atlántico, en el dominio del remoto « Patagón», caldea y vivifica sus expresiones y

da formas varoniles á su estilo elegante y á sus versos armoniosos. El indio asombrado, contempla las proas britanas que pretenden,

. . . . . .

Sus costas invadir y furibundo
Al hijo de Albión, que fatigado
Tiene en su audacia y su soberbia al mundo,
Cual lobo hambriento en indefenso aprisco,
Entrar, correr, talar! Montevideo,
Que ya amarrado á su cadena gime,
Con espanto en sus muros orgulloso
Ve tremolar su pabellón ansiando
Lanzar del cuello el yugo que le oprime,
Mientras la rienda á su ambición soltando
El anglo codicioso
La rica población domar anhela,
Que de Solis el río
En su ribera occidental retrata,
Cuando á la mar con noble señorío
Rinde anchuroso su raudal de plata!

Los últimos versos son irreprochables en su rotunda sonoridad y en su armonía. Y estas cualidades predominan en el resto de la oda de Gallego, que es, á nuestro juicio, su obra lírica más acabada y brillante. En ella, el poeta ve alzarse la América del Sur con el rostro ornado de «bruñido yelmo rutilante», sosteniendo en la mano «el refulgente acero», y dando sobre el broquel un golpe tan estruendoso que, al oirlo, «retiembla la «alta sierra y calla el ronco hervir de los volca«nes». La visión luminosa llama á los españoles á la pelea, recordándoles los triunfos y las glorias de la madre patria. Sus acentos enardecen los corazones; sus himnos inflaman los ánimos impetuosos de los héroes de la «Numancia occidental» que se lanzan al combate arrollando con empuje invencible las británicas legiones!

América triunfó ¿No veis cual brilla,
Tremolado en su diestra el estandarte
De las excelsas torres de Castilla?
Ve el pueblo valeroso
Sitiado al sitiador. Del fiero Marte
Depone el rayo y al Olimpo eleva
Clamor de triunfo en himno placentero.

. . . . . .

. . . . . .

Lauros, palmas, traed y ornad, iberos,
La frente al vencedor! De la victoria
En alas vuele tan brillante hazaña
Al templo de la gloria.
Feliz anuncio sea
De nuevos timbres al blasón de España,
Y en letras de oro su padrón se lea!

. . . . . .

III

En el poema heróico *El Triunfo Argentino,* de D. Vicente López y Planes, capitán de la legión de Patricios que luchó en defensa de Buenos Aires, aparece un elemento que falta en las odas de los poetas españoles. Desde el título del poema, hace su entrada «la nueva y gloriosa nación», cantada más tarde por el mismo poeta. La gloria de la defensa no es ya tanto para las «torres de Castilla» y el «blasón de España» á que se refiere Gallego, como para la patria del cantor:

> Mas *el triunfo alto de mi patria amada*
> Al alma inspira ardor desconocido!....

Las bellezas literarias de esta obra, se completan con su fidelidad y alta importancia histórica. Se ve que habla un espíritu brillante, obligado á tomar parte en los memorables sucesos, y que su narración se inspira en el recuerdo de las acciones heróicas que ha presenciado, corriendo á tomar las armas, al par de los niños y los ancianos, de los esclavos y los campesinos:

> El que de Ceres los tesoros ricos
> Buscando se afanaba; el que en el templo
> De Palas sólo hallaba regocijo;
> El que en busca de próspera ventura
> Siguió las huellas que estampó el Fenicio —
> Miran con odio el plácido sociego,
> Las armas buscan, el marcial ruido. ..

Todas las peripecias de la defensa y del combate están seguidas con pasmosa fidelidad en el poema de López y Planes. Su hijo, el distinguido historiador D. Vicente Fidel López, ha podido reivindicar con justicia para gloria de quien le dió el ser, esta exactitud severa y minuciosa. Allí se ve la composición hetereogénea de las huestes que van á combatir contra los ingleses, soldados improvisados dispuestos á medir sus armas con ejércitos regulares y aguerridos. Y dice el poeta con razón:

..... Esta no es tropa.
Buenos Aires os muestra allí sus hijos:
Allí está el labrador, allí el letrado,
El comerciante, el artesano, el niño,
El moreno y el pardo; aquestos sólo
Ese ejército forman tan lucido....
. . . . . .
Esa llama feliz la ha fomentado,
. . . . . .
El ilustre Liniers; en su presencia
Se ve á Marte en los pechos argentinos.
. . . . . .

Las exigencias de la escuela, frecuentemente entorpecen el vuelo de la inspiración de López. Los que leen hoy su poema heróico, no deben olvidar que en su época no había obra de este carácter, sin las indispensables invocaciones á las deidades mitológicas, sin personificaciones fabulosas, y sin la intervención de seres fantásticos ó sobrenaturales, que constituían la máquina de la composición. El *Triunfo Argentino,* tiene su correspondiente apóstrofe á Alecto «el pavoroso monstruo de Plutón y la noche producido», así como la mediación de un «anciano jovial, rugoso y cano», afianzado en un báculo y «llevando en la mano una antorcha lumbrosa», en quien Whitelotke re-

conoce el *Consejo*. Pero, fuera de estas escasas contribuciones pagadas á la fantasmagoría y á la *manera* usual impuesta á los poetas del habla castellana por sus precursores de la pléyade salmantina, en el poema de Vicente López, resaltan rasgos de brillante inspiración envueltos en un estilo de corte clásico y de elegancia nunca desmentida. Los cuadros guerreros, sobre todo, son notables, no obstante la forzosa monotonía que impone su índole especial. En el curso del poema, á cada paso, se muestra la intrepidez de los argentinos y la tenacidad heróica de la resistencia británica, desde el momento en que el jefe de los bisoños ciudadanos,

. . . . . .
. . . . . á la cabeza
De la legión se pone, y hace el signo
De partir velozmente á la batalla.
Rompen las cajas con marcial ruido,
La legión se desprende de su estancia,
Y rauda marcha con el rostro mismo
Con que otro tiempo á encantador recreo, —
. . . . . .

hasta aquel en que, rendidos los invasores y victoriosas las tropas de Liniers,

. . . . . .
Victoria! — exclaman; al Bretón vencimos;
Esta voz se difunde, y por las calles
Se oye *Victoria!* repetir á gritos:
De metales armónico concento
En los templos resuena, fiel indicio
Del éxito feliz de nuestras armas!....
. . . . . .

La descripción del principio del combate, es entusiasta y elocuente. Se vé que la escena evocada por el poeta, ha sido sentida por él, en medio de todas las angustias de la lucha. Y esta impresión

persiste en los diversos rasgos que vamos á extractar de *El Triunfo Argentino* y que, aislados, podrían dar más de un trágico tema al pincel de Neuville ó de Bataille:

. . . . . .
Súbito truena el horroroso bronce,
Y arrasa y mata el plomo despedido
Cuanto el furor de su carrera encuentra,
Cual suele el aquilón con fiero silbo
Arremeter los más robustos robles
Sacarlos de raíz embravecido,
Y esparcirlos con rabia por los aires,
Envueltos en violentos torbellinos,
Y el aura obscurecer con negro polvo;
Con furor el cañón aún más activo.
Obscurece, retumba, tala, quema,
Y todo lo reduce al trance mismo
Que si aquellos guerreros en el caos
Se hallaran de repente sumergidos .
. . . . . .
El padre Febo que mirado había
El encuentro feroz, despavorido
Sus caballos agita, y se sepulta
En las ondas del golfo cristalino
. . . . . .
A favor de las sombras, los Bretones
Su fatiga reparan. No esto mismo
Los Argentinos hacen, todos ellos
De un furor se revisten infinito,
La defensa meditan: nada excusan
Que conduzca á este fin. Con claros brillos
Rutila apenas de Titon la esposa,
Cuando se une al alcázar gran gentío
A guarnecer los muros, y las bocas
De fuego preparadas, y un continuo
Tumulto aunado hacia la plaza corre:
A sus entradas con fervor prolijo
Los mayores cañones se colocan:
No así el lago Lerneo defendido

Se vió otro tiempo del dragón cruento,
Que á toda la comarca el exterminio
Llevaba en sus flamígeras cabezas,
En su atroz garra, en su hálito nocivo....
. . . . . .
. . . . . .
Mas ya el són horroroso se apercibe
Del bélico instrumento: he ahí los tiros
Que « Alarma » avisan: del terrible Marte
Ya el carro estrepitoso es conducido
Por el campo y las calles argentinas.
Levanta en medio el brazo vengativo
La muerte descarnada: horrenda nota
En la vasta extensión de ambos partidos
A los que dará fin en la batalla....
Ya cada jefe con marcial estilo
Sus legiones inflama, que con vivas
Responden á sus ecos persuasivos;
He ahí los Anglos, el terror y espanto
Por las calles llevando. . . . . .
. . . . . .
Por todas partes sus fusiles brillan
En torno amenazando el exterminio;
Ya se acercan al centro, al centro tocan,
Ya los vé, y se descubre enardecido
El hispano guerrero, y el combate
Horroroso principia. Los oídos
Estruendo solo y confusión perciben:
El humo en densas nubes de continuo
Por todas partes sube, y de los ojos
Desaparece el día. Desprendido
De las armas, el plomo hiere, mata,
Destroza todo y deja en los gemidos,
En los escombros y truncados miembros
Patentizado su letal destino.
Todo es horror lo que á la vista ofrece:
La sangre, el fuego, el humo, el estallido
El más trágico cuadro representan.
El bronce horrendo truena: el inaudito
Estruendo entre las casas y las calles

Por ecos espaciosos repetidos,
Multiplica el pavor, el llanto, el luto.
. . . . . .
¡Oh sacras almas! ¡sobrehumanos héroes
La gloria recogió vuestros suspiros
En su seno inmortal! en su almo templo
Colocó vuestro nombre: allí esculpido
Durará para honor de España toda;
La capital á sus futuros hijos
Lo enseñará exaltada, y vuestros hechos
Servirán á más glorias de incentivo:
Sí, varones ilustres, vuestros días
De los hijos de Albión fueron castigo;
Pero muy más allá vuestro denuedo
Durará todavía, aunque el sombrío
Sepulcro dé reposo á vuestras dignas
Y gloriosas cenizas: allí activo
Arderá siempre el fuego, el fuego sacro
Que abrasó vuestras almas: allí al niño
Sus padres llevarán, y electrizados
Le dirán: «*Aquí posa el Heroísmo!*....
. . . . . .
. . . . . .

Al leer estos versos, nos sentimos levantados por una ráfaga inspirada. El acento del patriotismo, vibra en ellos, como el éco vigoroso de una música marcial. Palpitamos con el recuerdo de las acciones heróicas rememoradas en el canto del poeta, y nos sentimos vigorizados por el esplendor de las hazañas de los próceres de la patria. Y esa misma nota que exalta el corazón y purifica el pensamiento, resuena en las estrofas históricas de la *Canción Patriótica* que, desde 1813, acompaña nuestros triunfos y alienta el valor de nuestros soldados. No es posible desmenuzar fríamente esta obra indiscutible y sagrada. Los ideales de la Revolución se concentran en ella, con todos los anhelos y las esperanzas de la nueva aurora, y todos los esfuerzos

y sacrificios que exige la conquista de la libertad y de la autonomía... *¡Oid, mortales, el grido sagrado!*.... Se diría que al conjuro de esta invocación sublime, reviven todas las glorias del pasado, y se agitan las cenizas de los guerreros y de los mártires. En la bruma luminosa de los tiempos épicos, desfilan los grandes hechos de la historia, y vemos ascender de golpe el pueblo emancipado de Mayo, al rango de Nación nueva, gloriosa y soberana. Despues.... ¡oh! no recorramos, etapa por etapa, el calvario doloroso, interrumpido á veces por los halagos de la victoria, é iluminado por el lampo fulguroso de las supremas idealidades del patriotismo. Las legiones guerreras, «conmueven á su paso las tumbas de los Incas.» Por todas partes, se repite, en la América libertada, como un himno prestigioso, el credo de la nueva doctrina. Es en vano que el enemigo se arroje «sobre Méjico y Quito», «bañando en sangre á Potosí, Cochabamba y la Paz». La ola de la libertad es irresistible; los principios del gobierno propio, se difunden con la voracidad y el ardor del incendio propagado en las entrañas de una selva. Ellos se encarnan en las almas intrépidas de Belgrano y de San Martín; ellos hacen triunfar su lábaro inmortal en «San José, en San Lorenzo, en Suipacha, en Salta y Tucuman»; ellos inflaman el corazón de los soldados y el estro de los poetas, y al influjo de su acción fecunda, todos los hombres libres de la tierra se levantan y saludan, á través de continentes y de mares, á sus hermanos de Sud América, con esta alta y profética aclamación: «*¡Al gran pueblo argentino, salud!*»... La síntesis de nuestra revolución y de nuestro destino, está encerrada en las cálidas estrofas de la *Canción* de López. Y cuando se piensa en la época embrionaria en que ella

brotó, como la diosa antigua, de la mente del poeta, es admirable su tono y la feliz anticipación histórica con que se adelanta á los tiempos, cantando la grandeza de la patria futura y comprometiendo el voto de las generaciones remotas con la promesa, que siempre han mantenido los hombres de nuestra raza, de « vivir con gloria, ó con gloria morir ».

No es posible, en estas ligeras consideraciones que anticipamos al análisis de las obras del moderno fundador de nuestra poesía nacional, detenernos como lo desearíamos, en el estudio de las producciones líricas de Don Vicente López. Para hacerlo deberíamos citar especialmente el canto *A la batalla de Maipo,* cuyo principio, sentencioso y solemne, palpita en todas las memorias:

Aquella ingrata noche había pasado,
Aquella noche que á la patria un grito
De dolor arrancára!...

Todos los prestigios del fácil talento del autor de *El Triunfo Argentino,* campean en esta oda en que resaltan algunos rasgos magistrales. Es siempre la misma inspiración patriótica la que hace vibrar el verso, con las palpitaciones de la gloria y del orgullo nacional. En el fondo de esa obra, se encuentra un reto altanero á los enemigos de la libertad argentina. El guante está arrojado, y el poeta no hace sino interpretar los sentimientos que anidan en todos los corazones é impulsan á nuestros ejercitos, á través de los Andes, á libertar á Chile, para seguir luego en las costas del Perú, la magna cruzada emancipadora:

. . . . . .
Rompe el cañon; impávida se arroja
Nuestra hueste á los llanos.
Toda retumba y arde

La dilatada atmósfera. Ya roja
La tierra esta doquier. *Probad, tiranos,*
La pujanza de aquellos que defienden
Su patria y libertad. La rabia, la ira
Con que vuestra alma nuestras glorias mira
Hoy á su vez nuestra venganza encienden.

Luego, la imaginacion del poeta mide los peligros de la campaña y une sus temores á los que abriga el objeto de su consagración:

La patria, encima de los altos Andes
Se alza, y los campos de la lid descubre:
Su bello rostro con la mano encubre;
Son ¡ay! los riesgos de sus hijos, grandes!....

En su segunda oda al triunfo de Maipo, Don Vicente López, muestra una vez más las dotes excepcionales de su lirismo poético. Su mirada se detiene conmovida en el espectáculo de su pueblo natal, y la eterna nota del amor á la patria, resuena en ella con nuevas y profundas modulaciones:

Solitaria en la lucha
Cual si no hubiera pueblos generosos,
Nadie en el mundo tu clamor escucha:
Todos te dejan sola
En brazos de la cólera española....
. . . . . .
Tus fuerzas desfallecen,
Tanta preciosa sangre has derramado!...
Ah! tus conflictos á la par acrecen
Mil monstruos parricidas
Que renuevan atroces tus heridas!...
. . . . . .

IV

Con pequeñas diferencias, son estos sentimientos los que exaltan el numen de Luca, de Rojas, de Rodríguez y Lafinur. Uno mismo es el tema de sus ditirambos patrióticos. La trompa épica empuñada por ellos, entona invariablemente la misma sonata guerrera, en honor de los triunfos de San Martín, ó hace resonar la misma plañidera elegía ante el sepulcro de su compañero de triunfos y de amarguras. Hay cierta impersonalidad generosa — y ésto constituye uno de sus méritos — en la labor poética de aquellos tiempos. El vate es el heraldo de la multitud. Habla por cuenta de los demás; da forma rítmica á los entusiasmos y á las aspiraciones de sus compatriotas. Realiza una función social, un sacerdocio político, que rodea á sus producciones de no se sabe qué aureola anónima, como si fueran la palabra de la patria, traducida por ellos y encerrada en el molde armonioso de la estrofa. La misma acción guerrera, digna de admiración y de estímulo, es cantada varias veces por el mismo autor. Vicente López y Juan Cruz Varela consagran cada uno de ellos, dos odas á la batalla de Maipo. Lafinur dedica tres cantos elegiacos á la muerte del General Belgrano. La *Lira Argentina,* en la mayor parte de sus páginas, omite la designación de los autores de las poesías que componen esa antigua compilación. Sobre las exigencias de la vanidad y las fruiciones de la fama, predomina en nuestros poetas de la revolución, el ideal de la

patria libre y victoriosa, á cuyos altares llevan la ofrenda de su adoración, con el desinterés del amor íntimo y verdadero.

Es conocida por todos la vida y la muerte trágica de D. Estevan de Luca. Su espiritu generoso vaciaba en formas elocuentes y diáfanas su expresión; y sus cantos guerreros están íntimamente ligados á los episodios más memorables de la guerra de la independencia. Las reminiscencias clásicas afean y debilitan no pocas de sus estrofas; pero cuando rompe las trabas enojosas de la retórica convencional, encuentra frecuentemente el acento y el fuego de la inspiración. Su canto *A Chacabuco,* en general, es frío y desmayado. Se notan los esfuerzos del poeta por dominar un asunto que ofrece un espacio reducido al vuelo de su fantasía. Su obra inolvidable y genuina, quedará siempre el *Canto lírico á la libertad de Lima,* en que ha puesto lo mejor de su inteligencia y de su corazón. Desde el comienzo admirable de esa oda, se vé la seguridad y la firmeza con que el poeta domina su sujeto:

¡No es dado á los tiranos
Eterno hacer su tenebroso imperio
Sobre el globo infeliz, llevando insanos
A doquier el terror, el llanto, el duelo,
La viudez y horfandad!.... (I)

(I) Este admirable principio, trae á la memoria el de Quintana en su oda *Al combate de Trafalgar,* igualmente hermoso é inspirado

¡No da con fácil mano
El destino á los héroes y naciones
Gloria y poder! La triunfadora Roma
Aquella á cuyo imperio
Se rindió en silenciosa servidumbre
Obediente y postrado un hemisferio
¡Cuantas veces gimió rota y vencida
Antes de alzarse á tan excelsa cumbre!...
. . . . . .

. . . . . .
. . . . . .
Así el poder de Jerjes orgulloso,
Así el dominio del feroz Atila,
Tan solo en la memoria
Duran hoy de los hombres, y es su gloria
Del orbe aborrecida: ya pasaron
Cual plagas espantosas, y á la tierra
Solo largos recuerdos le dejaron
De incendios, muerte, asolación y guerra.
. . . . . .

El estilo de este canto, muestra mayor firmeza de pulso y un cuidado más meticuloso de la forma. Él marca un progreso visible sobre los versos anteriores publicados por el mismo autor. Se oye siempre un eco debilitado de Quintana, pero la espontaneidad y el calor de la obra de Luca, lo salvan de someterse á la tiranía de la imitación servil. San Martín, aparece á sus ojos, como Bolívar á los de Olmedo, envuelto en la aureola de la gloria y nuevo redentor de razas oprimidas, cuyas cadenas quebranta al exclamar: «Independencia al pueblo Americano».

. . . . . .
Al frente de las huestes de la Patria
Marcha la Libertad: hermosa brilla
Y augusta la razón: ¡glorioso día!....
Ya disipan sus rayos luminosos
La noche del error que antes cubría
Con un velo fatal los espantosos
Designios del tirano:
Ya en toda Lima el himno soberano
De libertad resuena;
Ya rota la cadena
De amarga esclavitud, canta las glorias
Del grande Capitán; ya los clamores
De un pueblo agradecido, las victorias
Publican de los libres:

Libertad! Libertad! Sublime acento
Que lleva el eco desde el hondo valle
Á los montes más altos y fragosos
Y repiten los mares procelosos!....
. . . . . .

La visión de América, inflama y fortifica el pecho del héroe argentino. Siente que es el instrumento de un designio providencial y, á solas con la naturaleza, en medio de la grandiosa solemnidad de las montañas, contempla frente á frente el enigma de su destino. He aquí la parte más hondamente sentida y más conmovedora del canto de Luca. En ella el poeta se eleva á una altura que no sobrepasará en el resto de la hermosa composición:

¿Quién podrá retratar los movimientos
De gloria y alto honor que lo agitaban,
Allá en la cumbre de soberbios montes,
Del éter puro en la región sublime?
¿Quién logrará los altos pensamientos
Dignamente cantar, que lo elevaban
Sobre la esfera entonces
De las pasiones viles, que obscurecen
La mente del común de los mortales?
Á designios tan nobles, tan augustos
Los acentos de Clío desfallecen...
Para ejemplo y asombro, los anales
Del mundo lo dirán: no fué de Aníbal
Tan heróico el aliento,
Cuando el consejo y fuerza del romano
Allá sobre los Alpes contemplaba,
Y eterno monumento
En Canas á su gloria levantaba!....

Más lejos, la imaginación del poeta evoca á los filósofos humanitarios del siglo XVIII, que arrojaron en América la semilla de la libertad, haciendo brillar

la antorcha de sus doctrinas, en medio de las sombras del fanatismo y de los horrores de la tiranía:

¡Salve, genios ilustres, que inflamados
Á la luz de la gran filosofía,
Pudisteis anunciar del nuevo mundo
La libertad á todas las naciones;
Salve una vez y mil, sabios varones;
Ved ya, para consuelo, realizada
La teoría del bien, que al hombre un día
Le fué en vuestros escritos revelada,
Cuando la espesa nube del misterio
En larga noche, tenebrosa y fría,
Los pueblos infelices conservaba,
Cuando la España con pesado cetro
De América los brillos eclipsaba,
Vuestro sagrado acento
Fué una luz celestial, fué luz divina,
Que al mísero colono dió el aliento,
Con que después rompiera
El yugo abominable, que tres siglos
En oprobio del hombre le oprimiera.
Vuestros nombres el mundo agradecido
Jamás olvidará. Ved ya destruído
Para siempre el contrato,
Que en ruina de los Incas celebraron
La vil codicia y ambición sangrienta:
Aquel contrato horrendo,
Que selló el fanatismo, y aún lamenta
La triste humanidad; ella aún gimiendo
Nos recuerda que un día fué insultado
El Dios de paz en sacrificio augusto
Por tres hombres feroces invocado!...

El *Canto á la Libertad de Lima,* concluye con una especie de himno, en que se concentran todas las magnificencias y esperanzas del porvenir. Él es, sin duda, la obra más acabada y extensa de su autor, la que revela mejor su talento literario y su

culto amoroso por la gloria del suelo de su nacimiento. En las demás poesías de Luca — *Montevideo rendido, A la muerte de Belgrano,* etc., (I) la inspiración es análoga, los sentimientos son igualmente exaltados, pero el estilo carece de ese nervio y esa fuerza. Poca novedad ofrecen esas composiciones, destinadas á conmemorar acciones guerreras ó á enaltecer el nombre y la memoria de nuestros grandes capitanes. En ese terreno, limitado y estrecho, corto espacio queda para la originalidad y la independencia de un espíritu superior, aunque esté adornado de las felices disposiciones que distinguen á Luca entre nuestros primeros poetas!

(I) Publicadas en LA LIRA ARGENTINA (1824) con las iniciales E. L.

V

Recorriendo las poesías patrióticas de Rodríguez, de Luca, de Rojas, de Lafinur, de López,—es difícil escapar al cansancio que produce su monotonía. El mismo D. Juan Cruz Varela, no obstante su elegancia de estilo, su corrección académica y la maestría con que forja el verso alado y rotundo, no ocuparía el rango á que ha sido elevado en nuestra historia literaria, sino hubiera hecho vibrar otras cuerdas de su lira. El traductor eximio de un fragmento de la *Eneida,* el autor de *Dido* y *Argia,* han servido no poco para hacer resaltar los méritos que brillan en el *Canto á Ituzaingó.*

No es necesario, por otra parte, incurrir en un patrioterismo ridículo al tratar asuntos literarios. Sin necesidad de imitar las chicanas inquisitoriales de Hermosilla y de los pedantes de su escuela,—podemos decir que nos choca frecuentemente la incorrección indisculpable de algunos de nuestros poetas de la Revolución. Rojas y Rodríguez, se distinguen especialmente en este sentido. Algunos de los versos del primero, son duros, mal construídos, disonantes y descuidadamente medidos. Los siguientes «desuellan el oído» de cualquier persona habituada á la armonía y al número de los buenos versificadores:

. . . . . .
Más todo está á su alcance, y la alta mente
Obstáculos allana
Qué sondeó tu saber.... Ea, corre: ufana....
. . . . . .
Héroe salud, muy más hoy te levantas....
. . . . . .
Recibe loores paternal Gobierno....
. . . . . .
Y vosotros del *país prole* querida,
Abríos á otra esperanza
. . . . . .

Estos descuidos son imperdonables, cuando se tiene en cuenta la facilidad con que es posible evitarlos y corregirlos. Sin embargo, Rojas no carece de inspiración, y Don Juan María Gutiérrez lo elogia con justicia, pasando sobre estas pequeñeces de detalle. Hay calor, sinceridad y energía en su expresión poética. Sus cuadros de batalla, sin tener el toque vigoroso que campea en las telas de Horacio Vernet, son altamente interesantes y expresivos, en su ingenuidad soldadesca. Es cierto que en una de sus silvas, *A las provincias del interior oprimidas,* su lirismo escolla en este símil imposible:

. . . . . .
Esos prestigios que abultó la mente,
Las tristes sombras que el error producen,
Del déspota el semblante
Artero y ominoso,
Fósforos son que en un minuto lucen....
. . . . . .

Pero, lo repetimos, estos son simples traspiés, y no sería justo condenar por ellos la memoria de un hombre de innegable talento, destinado tal vez á haber conquistado una reputación envidiable, si

hubiera desenvuelto sus cualidades en un medio ambiente más propicio para el cultivo de las letras. Los comienzos de sus obras son generalmente débiles. Abundan los prosaismos en ellas, y el mismo tecnicismo de su profesión militar lo hace incurrir en defectos nimios, como cuando dice, tratando de describir los preparativos hechos por la artillería realista, antes de la batalla de Maipo, en versos que no todos están exactamente medidos:

. . . . . .
Mil y mil bocas coronaban la obra,
Y el aparato ardiente
Podía barrer la posición del frente....

Pero, muy pronto, el poeta se sobrepone y la sublimidad pavorosa de las escenas sangrientas que describe, lo hacen encontrar la palabra justa y depuran su estilo, revistiéndolo de mayor elegancia y concisión:

. . . . . .
Ya se oyó la señal; y las legiones
Cual el aire oprimido
Que rompe suelto su elaterio, han ido
Unas contra otras, cual feroces leones;
Ya el bronce disparando,
Retiembla, y manda el proyectil matando.

Ya el granadero, como audaz jinete
Con la espada tendida,
Al potro lleva que cedió á la brida;
Sabléa, rompe, repasó, remete,
Y en guardia está, y cercado
Se rehace y cruza y escapó cargado.

Ya entre la selva que la púa escuda,
Cerca el cañon tronante,
Fusil al brazo, se lanzó el infante,
Y el plomo cruza y las hileras muda,
Guía á la bayoneta
La calacuerda y la marcial trompeta.

¡Dia de execración! El campo entero
Que la sangre enrojece,
Ni más que troncos sin aliento ofrece,
Ni más que miembros que trozó el acero,
Ni más que confundidos,
Los muertos, los contusos, los heridos.
. . . . . .
Hecho pedazos el protervo Godo,
Sus caudillos rendidos,
Parque, tesoros y su tren perdidos,
El resto muerto y prisionero todo,
Se cantó la victoria
Que á España humilla, y es del Sud la gloria!
. . . . . .

Las anteriores estrofas son las únicas que creemos dignas de trascribirse del *Canto á Maipo* del coronel Rojas. Vemos que el señor Gutiérrez también las ha reproducido con leves modificaciones del original, que aceptamos porque ellas salvan muchos de los versos sospechosos del poeta. En la oda *Al triunfo del Vice Almirante Lord Cockrane,* se encuentran idénticos defectos, hasta el punto de malograr casi por completo una composición que hubiera sido fácil dejar nítida y tersa. Los que conservan el culto celoso de la memoria de nuestros antecesores literarios, deplorarán siempre la incorrección de las obras de Rojas, que debilita el aprecio con que ellas deben ser juzgadas y acallan los aplausos que hubieran obtenido de otro modo, por los ideales en que están inspiradas y las simpáticas condiciones personales de su autor.

Bajo éste aspecto, muy superior se muestra Don Juan Crisóstomo Lafinur en las pocas producciones poéticas que se conservan bajo su nombre. Todas se distinguen por la maestría de sus comienzos y por la armonía y elegancia de sus versos. Sus tres

cantos elegíacos á la muerte del General Belgrano, merecen figurar con honor en todas las Antologías de autores argentinos que se editen en el porvenir. La facilidad y soltura con que Lafinur aborda los temas que elige para sus obras, muestra la claridad y firmeza de su pensamiento. Nada más propio para las peculiaridades de su carácter, que la materia de sus invocaciones fúnebres á Belgrano. En ellas se muestra tal como es: un joven dialéctico de inteligencia seria y pensadora; uno de esos espíritus que devoran su vida y su propia sustancia, explorando las sendas más diversas y derrochando los tesoros de su actividad en la persecución de ideales que se excluyen; un corazón que palpita bajo la ráfaga de las pasiones más generosas y que encuentra su reposo en brazos de una honda é incurable melancolía. Así, lo vemos, esclamar con el acento trémulo de Leopardi:

. . . . . .
¡Acabó la Virtud! Polvo y ceniza
Caen en el rostro que la misma muerte
No logró conturbar! La tumba triste
Es el último carro de los héroes!....
. . . . . .
. . . . . .

Y más adelante:

. . . . . .
Belgrano ya no alienta: oh! que elocuentes
Son sus miradas lánguidas, sus formas
Escuálidas y tristes!
Así descansa el ave hermosa y pura
Sus plumas y matices recogiendo,
Pronta á volar á la suprema altura
Y mostrarnos sus alas replegadas
De oro y azul celeste salpicadas.
. . . . . .

La sola lectura de los versos anteriores, muestra el dominio de las formas métricas, que tenía Lafinur, y que se revela, con mayor evidencia, en aquella amplia y majestuosa obertura con que empieza otro de sus trenos á la memoria del General Belgrano:

. . . . . .

¿ Por qué tiembla el sepulcro, y desquiciadas
Sus sempiternas losas de repente,
Al pálido brillar de las antorchas,
Los justos y la tierra se conmueven?
El luto se derrama por el suelo
Al ángel entregado de la muerte
Que á la virtud persigue; ella medrosa
Al túmulo volóse para siempre,
Que el campeón ya no muestra el rostro altivo
Fatal á los tiranos; ni la hueste
Repite de la Patria el sacro nombre
Decreto de victoria tantas veces!

. . . . . .

La tercera oda de Lafinur, referente al General Belgrano, está dirigida á ensalzar la oración fúnebre pronunciada en las exéquias del ilustre argentino por una gloria de nuestro clero, el Dr. Valentín Gómez. Como estilo, es esta quizá la más perfecta de la trilogía lírica á que venimos refiriéndonos, y denota un progreso visible al lado de otras obras contemporáneas de nuestro Parnaso. No conocemos en nuestro idioma, ningún cuadro superior al que está magistralmente esbozado en el principio del canto, con los siguientes rasgos:

. . . . . .

Era la hora: el coro majestuoso
Dió á la endecha una tregua; y el silencio,
Antiguo amigo de la tumba triste,

Sucedió á la armonía amarga y dulce;
La urna solitaria presidía
La escena que canta hoy la musa mía!
. . . . . .

Esta introducción conduce de lleno á Lafinur al elogio del soberbio discurso de D. Valentín Gómez, que arrancó tantas lágrimas sinceras de sus oyentes en aquellos días de luto y de borrasca. Y después de enaltecer con justicia al orador que con su palabra inspirada se ponía á la altura del héroe cuyas virtudes ensalzaba en el púlpito, concluye con los siguientes rasgos poéticos y conmovedores:

. . . . . .
Centellas que despide el entusiasmo
Y que apaga el sollozo .... reticencias,
Más elocuentes que la lengua misma ....
Tiernas interjecciones, usurpadas
Del sentimiento á la dialecta grave;
¡Leyes son con qué el arte triunfar sabe! ....
. . . . . .
Tú nos dejaste, al fin, pero dejando
En nuestras almas la virtud hermosa;
Así oscurece el sol porque á otros climas
Vaya el torrente de su lumbre pura,
Así la rosa cuando dulce espira
Descarga su fragancia en quien la mira.

VI

La época á que corresponden muchas de la manifestaciones intelectuales que acabamos de señalar, empezaba á ser sustituída por el período de renacimiento que siguió á los desbordes gigantescos de la anarquía y del caudillaje bárbaro, enseñoreado de las ciudades y de los campos argentinos. La administración del Gobernador Rodríguez y de su eminente Ministro Rivadavia, presidía la transformación más grandiosa que registran nuestros anales históricos, y que, por desgracia, escolló más tarde en los horrores de la guerra civil, que puso el poder supremo en las sangrientas garras de Rosas. « Las letras y los estudios comenzaron á florecer « con un candor entusiasta y dichoso, fomentados « en centros llenos de pasión y de actividad por las « tareas de la ciencia, del arte y de la literatura, — « dice un distinguido historiador. La *Sociedad Li-* « *teraria* y la *Abeja* son testimonios elocuentes de « este precioso movimiento. Senillosa, D. Avelino « Díaz, D. Vicente López, D. Bartolomé Muñoz, y « tantos otros, son muestras de la importancia que « tomaron los estudios matemáticos y naturales, « aplicados á la estadística, á la geodesia, á la as- « tronomía, al cálculo, á la enseñanza y á la deli- « neación de las propiedades urbanas y rurales..... « En la administración y en la finanza, Wilde pre- « conizaba los sanos principios de la *Economía*

« *Política,* popularizando las obras de Juan Mill, « padre de Stuart Mill; y ayudado por Bernabé y « Madero, por Luca y por otros, cooperaban todos « á los trabajos administrativos y económicos de « don Manuel García ». (I)

Uno de los principales síntomas de este renacimiento fué el anhelo de los miembros de la *Sociedad Literaria*, por fomentar el teatro nacional, empezando por organizar, bajo la dirección de D. Estevan de Luca, una *Escuela de Declamación.* « Los diarios del tiempo—ha dicho un joven y ma- « logrado escritor, ocupándose de la literatura en « la época de Rivadavia—rebosan de quejas contra « los malos consuetas; los intermedios — siestas; « los proscenios recargados de mesas, floreros, es- « pejos, láminas; las velas de la orquesta; las cor- « tinas color carmesí de los palcos, que eran « bóveda del cielo en los bosques y aun en las tem- « pestades; la costumbre de *pitar* en el patio y co- « rredores que excusaba á Velarde de teñirse en « *Otelo* y permitía á Diez escupir á cada momento « en las tablas. Una noche el *tira-telón* casi mata á « un artista: su procedimiento consistía en arrojarse « desde una altura con la soga en la mano, para « levartar así el telón con rapidez, y esa noche se « desplomó sobre el artista en momentos en que « éste se preparaba á entrar en la escena. A veces « llegaban las cosas hasta el punto de producirse « escenas desagradables en el teatro. Silbada una « noche la Campomanes, repitió por capricho tres

(I) La *Historia de la República Argentina* por D. Vicente Fidel López, de cuyo tomo IX tomamos este párrafo, está llena de referencias interesantísimas al desarrollo intelectual de nuestro país, que el distinguido historiador ha sacado, no solo de sus sagaces estudios, sino también de la tradición oral, como digno hijo del autor de *La Canción Patriótica* y el *Triunfo Argentino.*

« veces una de su endiabladas tonadillas, y redo-
« blóse la silba. Otro cómico, Velarde, al salir á
« anunciar la función siguiente, calificó la *silbatina*
« de « exceso del público »; y el juez del teatro hizo
« comparacer ante sí, en su palco, á dos concu-
« rrentes « como era posible hacerse en tiempo de
« los Virreyes », dice un diario, y los obligó á reti-
« rarse. A pesar de este estado de cosas *El Centi-*
« *nela* llegó á halagarse con la idea de concurrir á
« los deseos del Gobierno, aprovechando de varios
« artistas residentes á la sazón en Buenos Aires,
« para fomentar el *Teatro Nacional.* Eran dichos
« artistas, el cantor *Zapucci,* el profesor de violín
« *Massoni* y *Rosquellas,* cantor, actor y músico
« muy distinguido; pero sobre todo la niña *Carlota*
« *Anselmi* de once á doce años de edad, apta para
« distinguirse tanto en el drama como en la come-
« dia. El diarista consideraba á esta Gemma Cuni-
« berti de 1823, como excelente para establecer
« con ella la escuela dramática, porque era bella,
« expresiva, amable y de talento. Tres años más
« tarde, aun cuando se aplaudía á la Samaniego,
« al gracioso Villalba, á Culebras, quejábase *El*
« *Mensajero* del estancamiento del *Teatro Dramá-*
« *tico,* mientras el lírico realizaba milagros con
« Rosquellas y Vacani, dándose por primera vez
« óperas enteras como *Don Juan,* la *Cenerentola,*
« etc. Pero lo que no podía preveer el patriota re-
« dactor de *El Mensajero* era que sesenta años
« después se podría hacer la misma observa-
« ción. (I)

La *Sociedad Filarmónica*, completó á la *Sociedad Literaria*, aumentando nuestra cultura artís-

(I) A. LAMARQUE. — *La Literatura Argentina en la época de Rivadavia.* (1882).

tica. Desde entonces, se desarrolló entre nosotros esa afición al teatro que no ha hecho sino aumentarse con el trascurso del tiempo. Juan Cruz Varela daba á las Tablas la *Dido* y la *Argia*, mientras Manuel Belgrano dramatizaba *Los Incas* de Marmontel, y Ambrosio Morante ponía en escena la *Revolución de Tupac Amarú*, poetizando la figura del caudillo indígena, como una protesta contra el ensañamiento de los conquistadores sobre la raza aborigen americana. Al mismo tiempo llegaban á manos de la juventud las últimas publicaciones europeas, y las obras de Bentham, de Blackstone, de B. Constant, de Mad. de Staël, de Mr. de Pradt y de Chateaubriand eran estudiadas y discutidas en centros en que reinaba el buen tono y en que se tenía el culto de la inteligencia y del saber. D. Vicente Fidel López, en su citada obra histórica, ha trazado un cuadro animado y elegante de una de de estas reuniones, que consideramos oportuno reproducir.

«Bajo estos alicientes, — dice, — y desde tiempo atrás, se había «formado en la casa de Luca un centro ameno y de atrayente trato, «donde repercutían con singular animación todos los ecos de la «vida social y de los sucesos que impresionaban las pasiones y «los anhelos dominantes. Con sus puertas siempre abiertas á las «novedades del día, y por circunstancias excepcionales de ama«bilidad, de genial cultura, de amor á las letras y á las artes, «se había formado en su seno, desde los primeros días de la «revolución — *un recibo* — diariamente concurrido por los hom«bres públicos más prominentes en el movimiento liberal, y por «los extranjeros que venían al país con algún renombre, como «hombres de ciencia ó artistas de mérito. En aquel salón, no «sólo se *conversaba*, sino que se *actuaba*, si me es permitido «decirlo así, para dar una idea más propia de su carácter. Según «la moda del tiempo, la conversación misma provocaba la nece«sidad de hacer lectura de aquellos libros ó trozos más análo«gos á las preocupaciones del momento. Unas veces los con-

« currentes, damas y caballeros, formaban grupo en torno á Don « Tomás de Luca, eximio lector, para oir lo que decía el último « folleto de Mr. de Pradt en favor de la América contra la España « y la Santa Alianza, otras era Benjamín Constant ó Bentham en « pro de la libertad y del sistema representativo. Mr. Bompland, « con su frac azul, su blanco corbatón y su chaleco amarillo, « después de haber acomodado su paraguas en un rincón, muchas « veces al lado de la espada de San Martín, entraba con su aire « de angelical bondad, y era rodeado al momento como el fes- « tejado iniciador de las bellezas de nuestra historia natural .... « Además de estos atractivos, ó mejor dicho á causa de ellos, « seguíase en el salón de Luca la moda tan acreditada y tan « deliciosa entonces en los salones europeos, de acoger con ex- « quisito gusto, y de compensar con aplausos, la declamación « de los trozos dramáticos ó literarios de mayor boga en el « día, lo mismo que la lectura de las obras poéticas con que los « escritores jóvenes trataban de hacer brillar su talento y de « asegurar la importancia de su nombre. Miguel Darragueira y « Luca había recibido de la naturaleza el dón natural de la de- « clamación, y tan admirable propiedad para imitar la voz, el « gesto y las líneas más fugitivas de los personajes conocidos ó « de los actores de su tiempo, que realmente era maravilloso el « oirlo. Y cuando una noche, rebosando la tertulia de gente y « de regocijo, se pidió silencio, y Miguel Darragueira, imitando « el gesto imponente y las grandes actitudes teatrales de Am- « brosio Morante, recitó la oda de Juan Cruz Varela — « *¿Era « que Jove había—Nuestro eterno baldón ya decretado?* » — el salón, « el poeta y el actor pasaron por una de esas ovaciones que « dejan un recuerdo imperecedero en la crónica de una ciudad « culta ».

Fué en otro salón, no menos distinguido, en casa del Ministro de Gobierno, donde se leyó, en 1823, delante de un selecto concurso de hombres públicos en que figuraba el porteño Blanco Encalada, Ministro del Perú; — la tragedia *Dido,* que hemos mencionado antes, y cuyo autor ha sido la más alta personalidad poética de la época de Rivadavia. Alejado Luca, en misión á Río Janeiro, á cuyo

regreso debía encontrar la muerte, acechándolo en las aguas de su río natal; entregado Rojas, después de sus épicas hazañas, á las faenas del comercio, que por una extraña coincidencia iban á hacerlo perecer en la misma forma que su compañero de Parnaso, absorbido Don Vicente López en trabajos estadísticos y administrativos, -- la musa de Varela era la única que dejaba oir sus acentos, acompañando las vastas reformas de su época. Su talento fino y amable, su dedicación apasionada á las letras, la pureza de su estilo y la labor concienzuda de su producción, hacen de Juan Cruz Varela, una personalidad única en la historia de nuestra poesía. Influenciado por Melendez y los poetas de la pléyade de Cadalso, sus primeras anacreónticas, parecen arrancadas de las páginas de cualquiera de estos autores. En *Mi inclinación primera,* refiriéndose á él mismo, escribe lo siguiente:

. . . . . .

No quiero — dijo Apolo —
Que este muchacho un día,
Para cantar horrores
Su pluma en sangre tiña;
Ni que en pomposos metros,
Estragos y ruïnas,
Y fuego, y duelo, y guerra
Y mortandad describa!
Su corazón, cual cera.
Al amor se derrita,
Y cante solamente
Juegos, ternura y risas. . .

. . . . . .

Afortunadamente, la enfermedad pastoril pasó con la adolescencia de Varela, no sin dejarnos antes un largo fragmento de poema -- *La Elvira* — en

que no faltan estrofas elegantes y versos armoniosos. Es la historia de un Dafnis estudiantil, enamorado de una Clöe, tan inocente como la de Longus, que cáe, al fin, en una siesta calurosa, en brazos de su amante. Este tema, que en manos de un poeta de nuestro tiempo, hubiera servido, cuando más, para llenar unas cuantas estrofas arriesgadas, — al pasar por el tamiz de nuestro pulcro autor, está disfrazado, atenuado, envuelto en gasas y perífrasis que cubren con velos púdicos su desnudez. Luego, solamente por excepción figura en el extenso libro que encierra sus producciones, uno que otro idilio empalagoso sobre el «*Enojo de Delia*», el «*Jardin de Delia*» en que habla de «su boquita bella,» de sus «florecitas,» y demás paparruchas indispensables para mechar los eptasílabos de las letrillas y las anacreónticas de la época.

Su verdadero ingenio se muestra en la elegante traducción de un trozo de la *Eneida,* en la elocuencia de los versos de *Dido* y *Argia,* y en el soberbio *Canto á la Victoria de Ituzaingó.* Un dominio completo de la forma poética, un buen gusto meticuloso y exigente, un conocimiento profundo de las humanidades, — dan á su estilo un corte y sabor clásico que, como dice Gutiérrez, lo acercan á los poetas franceses, anteriores al movimiento romántico. «Nutrido con la armo-
« nía de Racine, con las agudezas de Molière,
« con el lirismo helénico de André Chénier, con
« la ambrosía tropical de las elegías de Parny,
« se lanza al teatro, canta al amor, canta sobre
« todo la libertad, y asesta sus epígramas inspi-
« rado en tan diversos géneros por los maestros
« franceses. Su alma es criolla; pero su musa es
« la de Virgilio y Horacio con carta de ciudada-

« nía francesa ». [1] En alguna de sus composiciones —como en la *Grandeza de Buenos Aires*—parece escucharse un eco de los poemas descriptivos de Delille, que, no obstante sus formas anticuadas, tienen fragmentos cuya belleza es imposible oscurecer. El poeta se anticipa á los tiempos y traza el siguiente cuadro de su patria futura:

. . . . . .

Veo brotando los raudales puros
De la linfa fugaz, y la llanura
Aquí tornada en selva populosa
Donde el ramoso roble crezca y sea
Mudo testigo del morir de siglos,
Y el pino se alce á la suprema nube
En mole gigantesca, y las raíces
Á la honda entraña de la tierra lleve.
Allí el terreno nivelarse miro,
Y sustentar gimiendo el peso enorme
De la gran casería, do la lana,
En vistoso tejido convertida,
La fábrica extranjera no visite
Para volver en delicada tela
Á ser adorno de la linda virgen
Que las orillas argentinas pisa.

Vendrá la primavera, precedida
De mansa nube que fecunda el campo,
Y el prado vista de florida alfombra.
El céfiro la mueva, y en la nube
Se temple el rayo, pero no se apague,
Del sol engendrador. En el estío
Á Ceres grata la campiña amena
Cúbrase toda de materna espiga;
Y ría el labrador, mientras al viento

(I) J. M. Gutiérrez.—*Estudio sobre las obras y la persona del literato y publicista argentino, Don Juan de la Cruz Varela.* (1871). En esta obra el distinguido escritor ha agotado el tema, haciendo el trabajo más completo que poseemos sobre un literato nacional.

La blanda mies ondea, y sus sudores
Los parvulitos y la tierna esposa
En dulces besos doblemente pagan.
Llegue el Otoño, y entre parra verde,
Su sien corone con las anchas hojas
Y entre los mostos del lagar se bañe.

Corren las aguas en distinto rumbo,
Y á par de ellas corriendo los raudales
De nacional riqueza, el orbe todo
Se agolpa á nuestras playas. Las familias
Del europeo que en cansada guerra
Y en miseria vivió, su hogar odioso
Con placer abandonan, y á las popas
De los bajeles que á la mar se fían,
Suben á despedirse de aquél suelo
Que les negara el pan, ingrato siempre.
Al argentino puerto leda arriba
Preñada de hombres la ligera nave,
Y el suelo besan, que promete al cabo
Sustento á sus hijuelos, y reposo,
Cuando la ancianidad tardía venga
Y el tiempo pese en la cabeza cana.
A la campaña corren entregados
Al trabajo rural y á los amores
Que nacen en la paz, se multiplican
Cual la simiente que en el suelo arrojan,
Y el genio de la Patria los bendice.
. . . . . .

El *Canto á Ituzaingó,* como el *Canto á Junín* de Olmedo, es un verdadero poema, por su extensión y por la materia que abarca. El paralelo entre ambos sería tentador, si él no saliera del cuadro que nos hemos trazado. Las acciones de la epopeya emancipadora, están recordadas en él, en vibrantes versos, hasta el momento en que la provocación del «déspota insolente que en el Brasil domina», obliga á los argentinos á «descolgar el acero flamígero». La inspiración entonces arrebata

al poeta, que prorrumpe en acentos pindáricos, al presagiar el triunfo de los suyos:

. . . . . .

Ya tremolante veo
Aquel mismo estandarte
Que en otro tiempo vió Montevideo,
Cuando sañudo Marte
El muro amenazaba y los pendones
Ornados de castillos y leones!
Ya las voces escucho
De los mismos guerreros
Que fueron el terror de los Iberos
En Tucumán, en Maipo, en Ayacucho;
Guerreros argentinos, que llevaron
Triunfantes sus banderas
Hasta el ópimo Chile. Las barreras
Eternas de los Andes se allanaron
Al marchar de los fuertes campeones;
Parten de allí, cual rayo, á otras regiones
Y con igual decoro
En el Perú la espada desnudaron,
Y de sangre enemiga la lavaron
En las corrientes del Rimac sonoro.
El Ecuador los vió, Quito amagada
Miró Argentinos, y quedó asombrada!
Y hélos de nuevo aquí, y arder de nuevo
En bélico furor toda la tierra!
¡Justo rencor á la nación conmueve,
Justa venganza cada pecho encierra!
¿Y quién es el valiente que se atreve
A conducir los bravos á la guerra?
¿Quién es el general que en sí confía?
¿Cuál es más fuerte, si el acero blande?
¿A quién la Patria sus venganzas fía?
¿Cuál es el héroe que á los héroes mande?
Alvear se mostró: toda la hueste
Con vítores festivos le aclamaba:
«Este es el vencedor, el genio es este!»
Y sus triunfos, la hueste presagiaba!...

. . . . . .

El *Canto á Ituzaingó* está, á nuestro juicio, á mayor altura que las más célebres odas de Cienfuegos, de Gallego y de Quintana. Su tono épico no decae un istante. Sus movimientos líricos son soberbios y demuestran la maestría de un consumado artista de la palabra. La espléndida victoria ha encontrado un digno cantor de su grandeza. El siguiente apóstrofe á las legiones alemanas que combatían en las filas del Emperador del Brasil, tiene pocos rivales en nuestro idioma:

. . . . . .
Qué hacéis, qué hacéis, soldados
Que ya no descendéis de la alta cumbre,
Y por éstas llanuras derramados,
Ostentáis vuestra inmensa muchedumbre?
¿Todo el tesoro que Bagés encierra
Abandonáis así? ¿No sois testigos
De que recogen ya los enemigos
Las ansiadas primicias de la guerra?
¿Y están entre vosotros los valientes
Que allá en el Volga y en el Rhin bebieron
Y, á la ambición y al despotismo fieles,
A playas remotísimas vinieron
En demanda de gloria y de laureles?
¡Qué! ¿No hay audacia en el feroz germano,
Y audacia no hay en el Sicambro fiero,
Para bajar al llano
Con ímpetu guerrero,
Y que triunfe el valor y no la suerte
En los campos horribles de la muerte?
. . . . . .

Para enumerar las bellezas de esta obra, sería necesario trascribirla en toda su integridad. Ella cierra con llave de oro, la primera época de nuestra poesía nacional, como la memorable victoria de nuestras armas, fué el último relámpago glorioso de la Revolución, antes de perderse y naufragar

en la ciénaga del despotismo! Las pasiones embravecidas, chocan luego con furor, y apagan el canto del poeta que llora sobre los escombros humeantes de la patria desgarrada por las facciones. El pensamiento se eclipsa y oculta sus fulgores para no atraer sobre sí el rayo de la barbarie siempre pronto á exterminarlo. La tiranía de Rosas, da nacimiento á otros géneros literarios que han quedado como monumentos de la inteligencia fecundizada por el patriotismo. « Los hombres de « principios, — ha dicho un distinguido escritor — « los sostenedores de la libertad común, los ene- « migos de la opresión, combatieron por el espacio « de veinte años, *o col senno o colla mano,* según « la expresión del poeta, y con estas nobles armas, « destruyeron, triunfaron y edificaron. » Veamos, en las páginas siguientes, el papel que desempeñó en la cruzada Don Esteban Echeverría.

TERCERA PARTE

La vida de Echeverría y sus ideas políticas y artísticas

I

Como sucede con muchos de nuestros hombres eminentes, las circunstancias de su época, no favorecieron el desarrollo intelectual de Echeverría. Recorred sus producciones y, en todas ellas, encontrareis la protesta y el quejido del que aspira á un destino superior, sin llegar á realizarlo. Ideales elevados, anhelos generosos, sueños de gloria y de acción, — todo se disuelve entre sus manos, todo lo atrae y todo lo engaña, dejándolo sediento y atormentado. Su educación y sus primeras ocupaciones, estan en pugna con sus tendencias artísticas. Este poeta de alma cálida y de imaginación fogosa, empieza la vida en las faenas del comercio. Los cortos fragmentos autobiográficos conservados por la fidelidad amistosa de Don Juan María Gutiérrez (I) son esplícitos á este respecto. Nacido en 1805, cuando apenas tenía diez y ocho años, abandona el *Colegio de Ciencias Morales,* con el escaso caudal de conocimientos que podía haber logrado atesorar, durante su corta permanencia en las aulas. Durante dos años, se dedica al trabajo mecánico é ingrato, aprendiendo «en ratos « desocupados el francés y leyendo algunos libros « de historia y de poesía». En Octubre de 1825, se

---

(I) *Obras completas de* Don Esteban Echeverría. — 5 volúmenes, Buenos Aires, 1871.

pone en viaje con destino á Francia, con el objeto de rehacer sus estudios ó, más bien, estudiar de nuevo. Escuchemos al poeta mismo: «Filosofía, « historia, geografía, ciencias matemáticas, física y « química, me ocuparon sucesivamente hasta fines « de 1829, en que fuí á dar un paseo á Londres, « regresando mes y medio despues á París á con- « tinuar mis estudios de Economía Política y de « Derecho, á que pensaba dedicarme exclusiva- « mente. Causas independientes á mi voluntad, me « obligaron á regresar á mi país. Me embarqué en « el Havre en Mayo de 1830. Llegué á Montevideo « en Junio y á Buenos Aires á principios de Julio. « Durante mi residencia en París, y como desahogo « á estudios más serios, me dediqué á leer algunos « librosde literatura. Shakespeare, Schiller, Goëthe « y, especialmente, Byron, me conmovieron pro- « fundamente y me revelaron un mundo nuevo. « Entonces, me sentí inclinado á poetizar; pero no « conocía ni el idioma ni el mecanismo de la metri- « ficación española. Me dormía con el libro en la « mano, pero haciendo esfuerzos sobre mí mismo, al « cabo manejaba medianamente el verso». — Esta lucha con la forma, á pesar de su abundancia y relativa facilidad, persiste hasta la última de sus producciones poéticas. El ritmo musical de la mayor parte de sus cantos, está frecuentemente cortado por disonancias y durezas que lastiman el oído. Por lo demás, nada mejor que el carácter y la irregularidad de sus obras, refleja las alternativas y agitaciones de su vida moral é intelectual. En general, no son sino bocetos inconclusos, fragmentos descosidos, planes de trabajos que no alcanzó á realizar. Ellas responden, día por día, á las influencias científicas y filosóficas que van plasmando sucesivamente el alma del poeta. *Elvira,* con su

danza fúnebre, y sus visiones macábricas, ha nacido despues de una lectura de las *Odas y Baladas,* y de las fantasías germánicas de Schiller y de Goëthe. Los fragmentos del poema dramático *Carlos,* con su invocación lírica al Sol, son contemporáneos de *Manfredo* y de *La Coupe et les lèvres* de Musset, como el *Peregrinaje de Gualpo* de la *Peregrinación de Childe Harold;* y así, página por página, al leer sus versos, desfilan en la mente todos los grandes poetas de la escuela romántica, como al recorrer muchas de sus obras en prosa, analizando sus ideas económicas y políticas, indicadas, por ejemplo, en el boceto sobre la *Revolución de Febrero,* se recuerda involuntariamente á Pierre Leroux, á los socialistas franceses de su tiempo, y al grupo de los redactores de la *Revue Enciclopédique.* A pesar de todo, sería un error y una injusticia, considerarlo un pirata literario, incapaz de engendrar una obra propia y original. Su pensamiento siempre fijo en el suelo de la patria, da á todos sus escritos un corte especial, una fisonomía característica que aleja la más remota sospecha de plagio ó de imitación. Pero es uno de esos hombres que un crítico contemporáneo llama «permeables» y no es culpa suya si muchas de sus formas se resienten de las influencias ambientes. Baste consignar que, en su época, ellas tuvieron el atractivo de la novedad y que en nuestra literatura puede con justicia considerarse como precursor.

I have not loved the world, nor the world me,— dice el *Childe Harold* de Byron. Algo análogo podría repetir Echeverría. La atmósfera enrarecida de su patria, laceraba sus pulmones generosos. Acababa de ver en el viejo mundo, todos los esplendores del arte, todos los atractivos de la civilización y de la cultura, y caía de golpe en el

seno de la barbarie, en medio de una tiranía rastrera y campechana, cuyos medios de propaganda se sintetizaban en el degüello del adversario, al fúnebre compás de la *resbalosa*. Venía bañado con los ideales nobles de los cenáculos románticos, en la plena florescencia de la juventud, y escollaba en el fango de una sociedad corrompida por el despotismo, y hollada por la «bota de potro,» de un gaucho torvo y criminal. Los más altos representantes del pensamiento argentino, se disponían á dejar el suelo de la patria para vagar en América, sin hogar y sin fortuna, dejando una estela de luz. En las ilusiones candorosas de la juventud, buscó las causas filosóficas que habían conducido á la República á la situación vergonzosa en que la encontraba. Se halagó con la idea de que la difusión de los sanos principios de Gobierno, el apostolado político de un nuevo credo social, — prepararía el renacimiento de la libertad y sentaría las bases inconmovibles de un orden nuevo de cosas para el futuro. El derrumbe de este grandioso sueño humanitario, llenó de amargura su corazón. No le quedaban sino dos caminos: el sometimiento ó el destierro. Optó por el segundo, y fué á encerrarse, hasta la hora de su muerte, entre las murallas de Montevideo, último baluarte que oponía la libertad, á la ola invasora del caudillaje plebeyo.

Una por una, murieron sus esperanzas juveniles, cubriendo de tinieblas su espíritu. Amargado y desencantado, se replegó sobre sí mismo, sin fuerzas para contrarrestar el torrente que lo arrastraba como un despojo, entre sus ondas turbias y pesadas. Su dolorosa situación moral, se complica con el aislamiento melancólico á que lo impulsa su carácter en Montevideo. Las exigencias y la lógica irresistible de los sucesos, obligan al partido que

dirige la guerra contra Rosas, á tomar resoluciones que considera algunas veces erróneas, y á entrar en un género de acciones que están en pugna con sus ideales de publicista y de pensador. Mientras él todo lo espera del influjo lento del tiempo, de la ilustración de las masas, de la propaganda de las sanas verdades republicanas y democráticas, y de la unión de todos en un propósito común, — los caudillos de la cruzada libertadora, desdeñan en el fondo las ilusiones del «soñador» y del «poeta romántico,» buscando medios más rápidos de quebrantar el poder del tirano. En una de sus cartas íntimas, se queja del silencio de Rivera Indarte, á propósito de algunos artículos de un publicista brasilero, que hacen honor á sus producciones. En 1846, refiriéndose á la prensa unitaria de Montevideo y al partido que la inspira, exclama con amargura: « Ellos no han pensado « nunca sino en una *restauración;* nosotros quere- « mos una *regeneración.* Ellos no tienen doctrina « alguna; nosotros pretendemos tener una: un « abismo nos separa ». Así, nada puede consolarlo, en la vida sin horizontes de la expatriación: ni la comunidad íntima de opiniones y sentimientos con los que por distintos rumbos, defienden la misma causa; ni las seducciones de la vanidad literaria; ni la visión de días mejores para el suelo de su nacimiento. Añadid á estas causas tan complejas de profundo abatimiento, una enfermedad orgánica al corazón, y tendréis explicada su honda é incurable misantropía. Su único consuelo es el trabajo literario; y, sin embargo, escribe entristecido que « solo la deplorable situación de su país ha podido « compelerlo á malgastar en rimas estériles la « sustancia del cráneo ». El destino presenta á su vista imágenes sombrias. « La mano férrea que

« pesa sobre mí hace cuatro años — escribía yá á « uno de sus jóvenes amigos en 1834, — y contra « la cual batallo vanamente, ha sofocado, poco á « poco, mis fuerzas vitales, casi agotado mi sensi- « bilidad, fuente fecunda de toda inspiración, y « dado en tierra con todas mis esperanzas. Ya « para mí no hay porvénir ». Y como si este tema estuviera hondamente arraigado en su espíritu, vuelve frecuentemente sobre él con variaciones dolorosas: — « La eternidad devora al tiempo, el « tiempo devora á la vida y la vida se devora á sí « misma »; « la vida no es más que una larga serie « de pesares y un corto sueño de ilusiones y espe- « ranzas »; « desde los 26 años hasta hoy, no existe « el tiempo para mí. *Noche y dolor* es todo lo que « veo; noche y dolor aquí y allí y en todas partes. « El universo y yo y las criaturas son para mi es- « píritu un abismo de noche y de dolor. »

Como todos los que sufren, Echeverría trata de buscar en el cambio, un lenitivo al mal moral y al dolor físico. Su pensamiento se entrega á las más variadas divagaciones, afrontando los temas más diversos para abandonarlos después. Pone un pie en todas las sendas de la especulación literaria y filosófica, retrocediendo fatigado, después de los primeros pasos. El examen de sus trabajos empezados y desdeñados, es penoso para quien los reconoce con la mirada del crítico. Parece que, á cada nueva tentativa, deja caer los brazos con desaliento, diciendo: *¿Para qué?* . . . Es la interrogación que se plantea el terminar la más extensa de sus obras, *El Angel Caído:* « ¿Para qué escri- « bir? ¿Para amontonar papeles en un cajón? . . . « Seguro estoy que ésta como otras producciones « dormirán arrinconadas por tiempo indefinido. A « los que viven en países más felices que los

« nuestros, les costará creer que tal sea en el Plata « la situación de los que, proscriptos, se esfuerzan « por enriquecer la literatura de su patria. Y, des- « pués, no faltará quien moteje á los americanos de « esterilidad ni quien atribuya á esa causa la insig- « nificancia de su literatura. Para que la literatura « adelante en un país cualquiera, no bastan hom- « bres de ingenio: se requieren, además, ciertas « condiciones de sociabilidad que todavía no han « aparecido en América». En el fondo, la conciencia de esta hostilidad del medio ambiente, es el más cruel tormento de su existencia. ¡Qué distante se encuentra el ideal acariciado en los delirios de su adolescencia, y qué imposible le parece llegar hasta él, cuando todo conspira para hundir el alma en un limbo estéril y desolado! Su corazón herido, se desgarra en la muda protesta de su impotencia solitaria, contemplando sin cesar el astro inaccesible que lo ilumina sin confortarlo. En ese sentido, es la víctima más ilustre que ha habido en nuestra historia literaria, de esa enfermedad moral que contagió á tantos espíritus en su tiempo, ese «mal del siglo», originario de las viejas sociedades europeas, que inunda de tristeza las páginas de *Obermann*, y aparece en una faz curiosa en el Albano del *Titán* de Jean Paul; secreto cáncer que roe el espíritu del poeta, que mina las horas de su inacción y hace asomar á sus ojos la lágrima ardorosa de los grandes dolores misteriosos y no comprendidos. Examinad la vida de sus compañeros y de sus amigos de causa, y resaltarán mejor las modalidades y tendencias de Echeverría. Publicistas ó militares, todos ellos, están devorados por la fiebre de la acción, que sirve de contrapeso á las voracidades del pensamiento. Gutiérrez y Alberdi, sus principales colaboradores de la *Asociación* de

1837, actúan en la política militante y en el periodismo, parten á Chile y atraviesan el océano, en esa navegación feliz que ha dado á nuestras letras el doble poema de *El Edén*, en que sus dos espíritus confundieron sus irradiaciones. D. Vicente Fidel López, se asocia á Sarmiento, en su doble papel de educador y de polemista terrible, cuya pluma abre grandes brechas en los baluartes del tirano. Rivera Indarte agota la vitalidad y el empuje de su pensamiento, en el largo duelo sostenido con los *condottieris* de la prensa Federal. Florencio Varela es el alma y el cerebro de la resistencia, la mente política que concibe y la infatigable actividad que imprime su sello en todos los detalles de la lucha implacable. Mitre está en las trincheras, al pie de sus cañones, meditando en las largas horas de la guardia, en los temas que desarrolla luego en sus rimas juveniles . . . Echeverría, meditabundo, aislado, melancólico, huye del periodismo y de los empleos, y, sin escatimar su persona en la hora del peligro, defiende celosamente su independencia personal y la integridad de su pensamiento. Se siente herido en las fuentes de la vida, y mira desaparecer fugazmente los cortos años de su juventud. El amor ardiente, ó, mejor dicho, la idolatría de la patria, es lo único que lo sostiene y le da fuerzas para combatir. Quiere preparar el terreno á las nuevas generaciones argentinas, y empieza por arrojar en su corazón las semillas generosas de la enseñanza moral. Sueña en los veneros de riqueza del suelo de su nacimiento, y difunde en sus escritos los aforismos económicos que servirán para desarrollar la industria y aumentar la prosperidad general. Ama la libertad, y la enaltece en sus cantos inspirados, y derrama á manos llenas los lirios y los laureles

sobre la tumba de sus mártires, ungiendo con el óleo de la piedad y de la gloria, la cabeza ensangrentada de Avellaneda. «Ninguno de sus com-« patriotas — dice el Dr. Alberdi — con apariencia « más modesta, ha obrado mayores resultados ». Su muerte prematura, acaecida en 1851, sin haber tenido el consuelo de asistir al triunfo de los suyos, cuando empezaba para él la madurez que produce las obras reflexivas y duraderas, fué el primer descanso que tuvo en su existencia de lucha íntima, meditación incesante y labor humanitaria! . . .

II

Las *Cartas á un amigo* y el *Peregrinaje de Gualpo,* contienen muchas confidencias sobre el estado de su ánimo, en diferentes épocas de su vida. Ha derramado, en ambas producciones, el exceso de su emoción contenida y de sus sentimientos personales, contagiado por las tendencias morbosas de la poética byroniana. Gualpo,—lo hemos indicado ya—es la silueta de un *Childe Harold* americano, con tintes de *Werther* y de *René* y con los contornos misteriosos y esfumados de *Lara* ó del amante de *Belcolore.* La candorosa imitación de Echeverría, sigue rasgo por rasgo, todas las peculiaridades de los héroes románticos que le sirven de modelos. Lo verdaderamente extraño é interesante en esta tentativa, es que el poeta es sincero y original, no obstante la semejanza de sus personajes con los héroes de Byron, de Chateaubriand y de Musset. Las evoluciones de su pensamiento lo han conducido á una situación moral tan semejante con la de aquellos, que la compenetración entre ambos ha llegado á ser natural y completa. Las organizaciones de René, de Childe Harold, de Franck, de Werther, se caracterizan por un desequilibrio íntimo entre las aspiraciones, los sueños y pasiones de sus almas ardientes, con las realidades mezquinas y prosaicas de una vida que rechaza los caprichos mórbidos

de un idealismo estéril! Todos estos sentimientos se confunden y concentran en el hastío de la vida, en la *noia* de Leopardi, en las irritaciones enfermizas de Werther, en el amor al desierto de René, en la contemplación de la naturaleza agreste de Obermann y en el impulso irresistible que arrastra á Childe Harold, á través de pueblos y regiones desconocidas. ¿Qué terreno mejor preparado para el desarrollo de esta enfermedad sicológica, que el que encontró Echeverría, á su regreso de Europa?... ¿Qué horizontes presentaba al patriotismo? ¿Qué campos generosos dilataba á la actividad personal? ¿Qué perspectivas ofrecía al trabajo científico, á la especulación literaria ó á la propaganda doctrinal?...

La lectura de sus obras, deja comprender el despecho amargo en que se vió envuelto al plantearse las interrogaciones anteriores. Como Gualpo, desde entonces se aisló en la contemplación de su destino, dejando correr sus días en el silencio. «Sus compañeros de infancia y de estudios lo fre-
« cuentaban, y notando su aspecto meditabundo
« suponían que se agitaban en su mente grandes
« pensamientos aunque él no lo dejaba ver en sus
« discursos; observábase que en medio de las reu-
« niones más alegres y más brillantes, cuando su
« fisonomía respiraba alegría y contento, de re-
« pente su faz se cubría con el velo de la tristeza
« que vagaba en su frente ocupada al parecer de
« algún grave pensamiento. Entonces se alejaba
« de sus compañeros en actitud triste y buscaba en
« la soledad y en el silencio el reposo de su mente;
« entonces por muchos días se esquivaba á sus
« amigos y aún huía de la sociedad de los hombres,
« mirando con indiferencia cuantos halagos y
« atractivos presenta el mundo y sus afeccio-

nes». [1] La contemplación de la naturaleza es el único consuelo de los corazones heridos. Gualpo se parece en esto á todos los héroes del pensamiento, á cuya familia pertenece. «Ora lo atraía y lo absor-
« bía el disco argentado de Diana, que sereno y
« libre se eleva del horizonte bermejo é inunda con
« su lumbre inmensa el universo, reflejando su rubia
« y amarillenta faz en el espejo del océano. Ora las
« nubes que cubren súbitamente su semblante ra-
« dioso y derraman las tinieblas y la noche sobre el
« faro del navegante, perturbando el regocijo del
« mundo; ora el eco monótono del navío que, con
« una armonía salvaje, lucha con las olas y se desliza
« rápidamente por un piélago de fósforo luciente,
« formando cercos inmensos y espumosos de fue-
« go».—Sin embargo, estos espectáculos maravi-llosos, ni tranquilizan ni alegran su espíritu atribulado. «Gualpo *se había cansado temprano de todas*
« *las cosas del mundo y aún de la esperanza;* había
« visto agotarse en sus manos todas las flores de
« su juventud — los placeres, las ilusiones y aún
« los goces más puros é inocentes, pues con ellos
« había siempre libado un veneno mortífero». [2]

Recorred, después de estas páginas las *Cartas á un amigo*, y encontrareis la expresión de análogos sentimientos. En ellas el grito de la «infelicidad», adquiere tonos ásperos, de una pujanza desesperada. El hombre que llora de pie, delante del

---

(1) *Peregrinaje de* GUALPO.—Canto I.

(2) Lamartine, en su deliciosa sinfonía de *Le Vallon*, había dicho antes:

> Mon cœur, *lassé de tout, même de l'espérance,*
> N'ira plus de ses vœux importuner le sort;
> Prêtez-moi seulement, vallon de mon enfance,
> Un asile d'un jour pour attendre la mort!...

lecho fúnebre de su madre, lleva una herida incurable en el fondo del alma. El torbellino lo arrastra con violencia irresistible. Los torcedores del remordimiento asaltan su soledad como las visiones de un sueño: «¡Y aún vivo y aún la tierra me sus-« tenta... ¿Por qué no se abre bajo mi planta y « sepulta de una vez en sus entrañas?... Así al « menos los ayes de mi dolor no importunarían al « mundo; el eco sordo de la conciencia y el mur-« mullo de la detracción no herirían más mis oí-« dos... ¡La vida es un sueño que agitan mil imá-« genes terribles. Mil imágenes terribles agitan el « sueño de la vida!»... Más léjos, su delirio se calma meditando en el orden y la armonía que rigen el cosmos. «¡Qué vuelo tan sublime, toma la « fantasía, cómo se llena de gozo á medida que pe-« netra y mira, faz á faz los maravillosos arcanos « de la creación! Su elemento es infinito; el cielo, « los espacios imaginarios, el universo todo, lo « abarca y lo sujeta á su atracción. ¡Quién no « queda absorto al contemplar, en la callada no-« che, el disco melancólico y plateado de la luna « acompañado de esa multitud de faros rutilantes « que pueblan el universo!»... Su mirada vuelve á fijarse en la tierra, y al ver los sufrimientos de sus semejantes, siente menos los suyos propios. « La idea de los padecimientos de los otros, debe « derramar el bálsamo de la conformidad en los « corazones afligidos, pues ella nos prueba clara-« mente que la humanidad nació para sufrir. Yo « siento menos mis dolores cuando pienso que « otros son más infelices que yo, y soportan con « más paciencia sus calamidades».—La lucha por la vida ofrece cuadros tenebrosos á su observación, pero al mismo tiempo le muestra como resurge el bien del fondo de las lágrimas y los dolo-

res: «Los animales de la misma especie se devoran « entre sí, y aún algunos se alimentan con el pro- « pio fruto de sus entrañas, para obedecer al ins- « tinto imperioso de la conservación. El hombre « destruye cuanto está á su alcance y aun así « mismo sin necesidad, y el tiempo ó la muerte, « gigante voraz é insaciable, sentado sobre las rui- « nas y los despojos del pasado, aniquila y ano- « nada á la vez cuanto nace en el universo. Pero « existe derramado en la creación un poder inago- « table de vida, que de la escoria de todos estos « elementos desorganizadores engendra nuevos « seres, purificando en el crisol del tiempo el espí « ritu creador que los anima.»

He ahí los síntomas generales de la enfermedad moral que agota el alma de Echeverría: la cavilación impotente, la sorda rebelión contra el mundo, y el pesimismo que envenena á las víctimas de un destino adverso. Los caracteres peculiares de este doloroso mal, abundan en las *Cartas á un amigo* y en las máximas del malogrado escritor. Misántropo y desencantado, cuando todo duerme, su pensamiento insomne se lanza en los espacios de la divagación infinita. «Las horas destinadas al ol- « vido de todos los cuidados son las que escojo « para meditar en silencio. Este silencio, esta sole- « dad, son los amigos, los compañeros á quienes « yo comunico mis cuitas... Los recuerdos se le- « vantan gigantescos en mi memoria y lo pasado y « lo futuro se despliega revestido de diversos colo- « res ante el mágico espejo de mi imaginación»... Todo le es igualmente indiferente y odioso: la amistad, los halagos sociales. «He sido tan des- « graciado en mis primeras amistades que no ape- « tezco adquirir otras por no equivocarme de « nuevo... ¿Qué placer podré yo encontrar en

« sitios donde reinan el regocijo y la alegría? « Los corazones tristes y enfermos no se abren « fácilmente al contento... Mi ánimo necesita « ahora otros alicientes para conmoverse; pero « no acierto á adivinar cuales son. La sed me de- « vora pero no sé donde ir á apagarla... Una fie- « bre continua me agita y saca por momentos de « quicio mi razón. Mi estado es el de un volcán que « no necesita sino de un débil impulso para lanzar « las materias inflamadas que fermentan en su « seno...» Esa perpétua inquietud, esa excitación nerviosa que lo irrita y lo desespera lo lleva á los más rápidos é inesperados trasportes. « Todos mis « sentimientos é ilusiones son como relámpagos fu- « gaces que ofuscan un instante con su vivo res- « plandor y desaparecen dejando sumergido al « infeliz peregrino en lúgubre y espantable noche; « así la felicidad huye de mí velozmente, porque « todo me sacia y empalaga ó más bien porque « nada es capaz de llenar este vacío inmenso de « mi corazón». En vano quiere penetrar el fondo de la verdad, arrancando el secreto de la esfinje tenebrosa. La conquista de la ciencia, lo aleja de la visión de la dicha. «¡Esta tendencia de mi ima- « ginación á analizar y disecar todos los objetos « y ver el fondo de las cosas, me pierde y me hace « infeliz. Un velo mágico y misterioso encubre la « naturaleza moral. ¡Desdichado el que ose levan- « tarlo, porque se revelará á sus ojos atónitos el « esqueleto horrible y las formas monstruosas y « descarnadas de la realidad». De esto á la nega- ción sistemática, al desprecio de la fútil y orgullosa sabiduría humana, no hay más que un paso, que el espíritu del poeta no tardará en salvar, y lo hace en una forma que de buen grado aceptaría Rousseau: «Estoy convencido que el más simple cam-

« pesino sabe más sobre moral que el más sabio « filósofo: es verdad que él no explica ni analiza « sus sentimientos; pero es feliz ignorando como « siente y como piensa!» ¿A donde conducirá, por fin, la lógica terrible del pensamiento exacerbado al escritor que asiste con desesperación á la muerte de todas sus esperanzas y al ludibrio de sus más puros ideales?... Escuchémoslo una vez más: parécenos oir á Manfredo, al sentir en su garganta el nudo de la agonía: *Old man, 'tis not so difficult to die*... «Que es la muerte? ¿De que me « sirve la vida?... ¿De qué mi juventud, mis espe- « ranzas y el porvenir si estoy solo en el univer- « so?... Idea horrible! idea más infausta para mí « que la de la muerte! El eterno reposo; el fin de « todos las angustias del corazón; tal vez la nada... « Y que importa que sea la nada si se acaba el « sufrir? *Eternidad, nada, abismos horrorosos* del « sepulcro para la imaginación del hombre feliz, « vosotros no me espantáis. (I) ¿Qué importa que « la tumba esté desierta? El desierto del mundo es « mucho más frío y despiadado... Cuando el cora- « zón se halla lleno de pesares, cuando los encan- « tos del mundo se han desvanecido y nada encuen- « tra el infeliz sobre la tierra que pueda contribuir « á aligerar el peso de una existencia fatigosa ¿qué « es la vida? Nada, el reposo de la tumba es infini- « tamente más precioso, pues es eterno»...

(I) La siguiente magnífica estrofa de *Le Lac* de Lamartine, acude á nuestra memoria:

Eternité, néant, passé, sombres abîmes.
Que faitez-vous des jours que vous engloutissez?
Partez: nous rendrez-vous ces extases sublimes
Que vous nous ravissez?...

III

En los días postreros de 1842, trazaba Sarmiento, dirigiéndose á los argentinos residentes en Chile, las líneas que siguen, en que brilla la irresistible elocuencia de su estilo, vibrante de fuego y de pasión.

« La mano de la desgracia ha pesado durante diez años casi sin « intermisión sobre nosotros. Si la libertad ha de posar sus alas « algún día en nuestra desgraciada patria, ¡cuánto harán por con- « servarla los que tantas lágrimas han derramado por ella, los que « tanto han sufrido en su nombre! Muy duras pruebas nos tenía re- « servadas la providencia á los que nos ha cabido en suerte la vida « en esta terrible época. Las privaciones, las persecuciones, los « calabozos, el destierro y la muerte, han sido prodigados sobre « nosotros como otras tantas plagas del Egipto. El suelo de nuestra « república se ha cubierto de sangre, los países vecinos han acogido « los millares de hombres que dejaban sus hogares, sus familias y « sus fortunas, en manos de sus implacables enemigos . . . Un « hombre sagaz y malvado, ha puesto en juego todos los resortes « de una política maquiavélica, para hacerse un patrimonio de un « suelo ensangrentado, cubierto de millares de cadáveres y de es « combros. Pero no lo ha conseguido todavía, argentinos prófugos, « sin hogar y sin casa propia! ¡No olvidemos esto, aun no lo ha « conseguido! Los medios más bárbaros, la tiranía más prolon- « gada é inaudita, las devastaciones más espantosas, el poder « material más colosal, no han podido someterle la presa que « ambiciona. Ah! el día llegará en que la historia aprecie este « grande hecho. Los Césares romanos no encontraron tantas « resistencias para fundar el imperio. Napoleón se contentó con « algunos destierros y pudo ceñirse una corona. La República

« Argentina, nuestra patria, ha peleado diez años, sin armas, con-
« tra un poder herizado de bayonetas. Los hombres libres han sido
« mil veces vencidos; pero ni una sola ha reposado tranquilo el
« tirano. Su rabia se ha descargado sobre los ciudadanos indefen-
« sos, el puñal ha sido erigido en ley, el exterminio el único medio
« usado; y, sin embargo, el poder de Rosas es hoy tan precario
« como hace diez años. Sus satélites lo dominan todo, nada inte-
« rrumpe el silencio de muerte, si no son los ahogados clamores
« de las víctimas. El puñal está levantado siempre sobre las gar-
« gantas, y, no obstante este triunfo y este poder aparente, los
« verdugos están convencidos que no pueden pestañear un mo-
« mento, porque las víctimas se han de alzar del suelo, porque el
« puñal somete gargantas pero no somete el pensamiento! »

Estas nobles expresiones, acuden á la memoria al abrir el *Dogma* de la «Asociación de Mayo», dedicado á Avellaneda, Acha, Lavalle, Maza, Varela, Alvarez, Berón de Astrada y «en su nombre á todos los mártires de la Patria». La austera portada, está en íntima consonancia con el tono de patriotismo severo que campea en las páginas del *Dogma* é inspira la propaganda de Echeverría. La evocación de esas sombras augustas, el catálogo de sus torturas, el recuerdo de la contribución de genio y de sangre que pagaron á la libertad de su patria, da su verdadero carácter á la publicación á que sirven de enseña, y nos introducen de golpe en medio del luctuoso drama político que tiene por teatro las riberas del Plata. La publicación del *Dogma,* está precedida de la historia de la «Asociación de jóvenes», trazada por su fundador. - Se vé allí los móviles que lo impulsaron á ponerse de acuerdo con Gutiérrez y Alberdi para formar un núcleo que se consagrara á trabajar por la patria. El proyecto era digno de un talento juvenil y estaba inspirado en los sentimientos más puros que pueden mover el alma de los hombres. El cansancio de las facciones, la ingrata y estéril lucha entre

mayorías bárbaras y minorías exclusivistas, señalaban á los hombres de la generación de Echeverría, un nuevo camino para llegar á la práctica de las instituciones democráticas. Había que rehacer el ideal político de la república, asentándolo sobre bases sólidas y duraderas. Era necesario remontar hasta la fuente de los principios institucionales, ilustrando á las masas iletradas y preparándolas para las agitaciones fecundas de la vida libre. Querían arrancar el debate del terreno ardiente de los partidos personales, para elevarlo hasta la esfera de la especulación filosófica, trazando el programa de una nueva organización social. — «El punto de ar-
« ranque — dice Echeverría — para el deslinde de
« estas cuestiones, deben ser nuestras leyes, nues-
« tras costumbres, nuestro estado social; determi-
« nar primero lo que somos, y, aplicando los prin-
« cipios, buscar lo que debemos ser, hacia qué
« punto debemos gradualmente encaminarnos. Mos-
« trar, en seguida, la práctica de las naciones cultas
« cuyo estado social sea más análogo al nuestro, y
« confrontar siempre los hechos con la teoría ó la
« doctrina de los publicistas más adelantados. No
« salir del terreno práctico, no perderse en abs-
« tracciones; tener siempre clavado el ojo de la in-
« teligencia en las entrañas de la sociedad... » He aquí uno de los méritos sobresalientes del *Dogma Socialista*. La implantación de un sistema experimental, para resolver las cuestiones sociales, indicaba por sí sola una fecunda revolución en las ideas y en los propósitos de la nueva generación. « In-
« novar el método — ha dicho José Manuel Estrada
« en un comentario al *Dogma,* que citaremos fre-
« cuentemente, — equivalía á innovar el criterio po-
« lítico; y quien dice esto, dice variar la dirección
« de los elementos gobernantes, extirpar en la re-

« gión de las ciencias los principios que habían sido « vencidos en la región de los hechos ». (I) Añadamos que ese repudio de las doctrinas aferradas á un método estrictamente racional, era decisivo, como puede notarse en el siguiente aforismo: « Ser « grande en política, no es estar á la altura de la « civilización del mundo, sino á la altura de las ne- « cesidades de su país ».

Sobre esta base sólida, están fundadas todas las teorías del *Dogma Socialista*. Según Echeverría, « cada pueblo, cada sociedad, tiene sus leyes ó « condiciones peculiares de existencia, que resultan « de sus costumbres, de su historia, de su estado « social, de sus necesidades físicas, intelectuales y « morales, así como de la naturaleza misma de su « suelo ». La ciencia del estadista consiste en conocer y utilizar esas condiciones. He aquí precisamente lo que no quisieron ó no supieron hacer, ni los unitarios ni los federales; los primeros sacando de quicio y malgastando en el vacío la actividad del país, los segundos sofocándola bajo el peso de un despotismo brutal, y ambos apelando á la guerra fratricida. El remedio para aliviar los males de todo orden que habían producido el choque de estas dos fuerzas antagónicas, debía buscarse en el culto de Mayo y en las tradiciones olvidadas de la revolución. Era necesario remontar al pasado, tomar como punto de mira el sentimiento puro de la « Democracia », como *tradición*, como *principio* y como *institución*. « La Democracia como tradi- « ción — para Echeverría — *es Mayo, progreso con- « tinuo*. La Democracia como principio — la *fra- « ternidad, la igualdad y la libertad*. La Democra-

(I) J. M. ESTRADA.—*La política liberal bajo la tiranía de Rosas*. 1873.

« cia como institución conservatriz del principio — « *el sufragio* y la *representación* en el distrito mu- « nicipal, en el departamento, en la provincia, en « la república ». Todo el sistema político de la *Asociación* de jóvenes de 1837, está contenido en los rigores de esta síntesis descarnada. Hacer una verdad de las instituciones libres, era el *desideratum* de sus miembros. Para esto, necesitaban difundir la educación popular, dotar al ciudadano de la capacidad necesaria para adquirir la conciencia de su derecho, y por fin rehabilitar el sufragio, concluyendo con el aparato vergonzoso de elecciones basadas sobre la impostura. Refiriéndose á este estado de cosas, dice Echeverría: « Se vé, « pues, que todo era una ficción: la base del sistema « estaba apoyada sobre ella. Una tercera parte del « pueblo no votaba, otra no sabía por qué ni para « qué votaba, otra debe presumirse que lo sabía. « Otro tanto sucedía en la *Sala,* donde los clérigos « y doctores regenteaban. Bajo bellas formas se so- « lapaba una mentira, y no sé que sobre una mentira « farsáica pueda fundarse institución alguna, ni prin- « cipio de legitimidad de poder incontrastable ». Y más adelante: « La raíz de todo sistema democrático es el sufragio. Cortad esa raíz, aniquilad el « sufragio y no hay pueblo ni instituciones popula- « res: — habrá, cuando más, Oligarquía, Despotis- « mo monárquico ó republicano ».

Echeverría examina la historia política de nuestra patria y la vé girar en un círculo vicioso. Hasta llega á dudar si la Providencia negó á los hijos del Plata disposiciones para la educabilidad. Su desencanto es profundo, cuando piensa que no hay principio, no hay doctrina, no hay idea que se haya encarnado como creencia en la conciencia popular, despues de una predicación de 35 años. « No hay

« cuestión ventilada y resuelta cien veces — con-
« tinúa — que no hayan vuelto á poner en problema
« y discutir pésimamente los ignorantes y charla-
« tanes sofistas. No hay tradición alguna progre-
« siva, que no borre un año de tiempo; y lo peor
« de todo es que no nos quedan al cabo ideas, sino
« palabrotas que repetimos á grito herido para
« hacer creer que las entendemos. Así salimos en
« Mayo del régimen colonial, para volver á la
« contra-revolución encarnada en Rosas. Así he-
« mos gastado nuestra energía en ensayos de todo
« género para volver á ensayar de nuevo lo olvi-
« dado; toda nuestra labor intelectual se ha disi-
« pado estérilmente y no tenemos, ni en política, ni
« en literatura, ni en ciencia, nada que nos perte-
« nezca.... Contribuyen á este mal, mucho en
« nuestro entender, la falta de buena fe unas veces,
« otras la incuria de nuestros pensadores y escri-
« tores, quienes debieran llevar el hilo tradicional
« de las ideas progresivas entre nosotros, y per-
« suadirse que solo por medio de la asociación, de
« la labor inteligente, y de la unidad de las doctri-
« nas, lograremos educar, inocular creencias en la
« conciencia del pueblo. Otras causas, además,
« obstan y dañan mucho á nuestra sociabilidad: —
« una, es esa candorosa y febril impaciencia con
« que nos imaginamos llegar como de un salto, y
« sin trabajos ni rodeos al fin que nos proponemos;
« otra la versatilidad de nuestro carácter, que
« nos lleva siempre á buscar lo nuevo y extasiarnos
« en su admiración, olvidando lo conocido ».

En general, la crítica de Echeverría es justa. En particular, el himno que levanta á los hombres de su generación, desmiente hasta cierto punto su pesimismo. ¡Qué generación, en efecto, la que preside el período histórico de la reorganización

nacional, y concentra durante cincuenta años todas las grandezas y vicisitudes de nuestra historia! El sello de su pensamiento creador ha quedado indeleblemente impreso en las más diversas manifestaciones de la vida intelectual. El nombre de cada uno de sus miembros es por sí sólo un símbolo glorioso, la personificación de una forma del ideal. El rastro de su paso ha quedado señalado por iniciativas civilizadoras en todas las regiones de nuestro continente, á donde la dispersó el odio del despotismo. Pronunciad el nombre de Sarmiento, y acudirá á vuestra mente la obra gigantesca y selvática del poderoso escritor, la originalidad deslumbrante del periodista, que combate diez años contra Rosas, manejando la pluma como un ariete demoledor; las bellezas terribles de *Facundo*, al lado de los cuadros conmovedores de *Recuerdos de Provincia;* el humorismo shakesperiano de su genio nativo, que aborda todos los temas y pisa como conquistador todos los terrenos; su inagotable fecundidad, que se renueva y florece con mayor esplendor, á medida que trascurre el tiempo, como á cada nuevo corte en sus ramas nudosas, el árbol centenario ve cubierta su copa de retoños primaverales. La pujanza de su talento, impele la actividad de su acción. Ese maestro de escuela, acaba por sentarse en el sillón presidencial. Antes, viaja por la América del Norte y por la del Sud, por Africa y por Europa, y en todas partes deja marcada su personalidad vigorosa, la fuerza de sus músculos de luchador y de sembrador de ideas. Su vasta obra, enciclopédica, tumultuosa y desigual, nos admira hoy, considerada en conjunto, por su variedad inmensa y el derroche desdeñoso de las bellezas arrojadas, como al descuido, en sus páginas, nutridas de

ideas y trémulas de pasión! A su lado, ó por mejor decir, frente á él, se destaca el fino perfil de Alberdi, maestro de la ironía, analista implacable y severo, polemista que hiere y mata al adversario, sin imprecaciones ni furores teatrales, desgarrando apenas su epidermis, con la punta de un estileto florentino. La suavidad y dulzura femenina de sus modales, esconde un alma ardiente y un cerebro de poderosa amplitud. Toda la vitalidad de su cuerpo elegante y fino, se concentra en su pensamiento genial, en su talento crítico que todo lo penetra y todo lo desmenuza, en sus adivinaciones de organizador que en obras monumentales arroja las bases de nuestra constitución política, ilustra los fundamentos de nuestro derecho público provincial, y del sistema económico más apto para desenvolver nuestra prosperidad, rivalizando en el curso de sus escritos, con Tocqueville y con Laboulaye, con Guizot y con Herbert Spencer. La rigidez de sus opiniones, y hasta cierto punto el exclusivismo de su criterio político, lo apartan de la patria, cuando sus luces le eran más necesarias, y lo relegan á la soledad del gabinete de estudio, desde donde sigue palpitante la marcha tumultuosa de nuestra democracia. Sus panfletos inflamados, despiertan odios tenaces y resistencias implacables. Pero él no flaquea un instante en la contienda, luchando en defensa de los principios de la libertad hasta la última hora de su vida pura y luminosa, torturada por la ingratitud y la indiferencia de una generación que sólo después de su muerte, empieza á reconocer la superioridad innegable de su genio. La figura bizarra de Mitre, acompaña dignamente á los que fueron sus compañeros en horas sombrías, sus nobles émulos y rivales en las agitaciones fecundas del gobierno

popular. El joven artillero de la defensa de Montevideo, estaba destinado á influir poderosamente en la historia futura de su patria. Su personalidad se destaca en primera línea en todas las peripecias del período evolutivo que empieza en Monte Caseros y no ha terminado aún para la república, que pugna en vano por la conquista definitiva y permanente de la normalidad institucional. Y en este lapso de tiempo, estudia, escribe, hace resonar el Parlamento con sus arengas de tribuno, descansa de las fatigas de la vida pública en el cultivo apasionado del arte y de la poesía, siega frescos laureles con su espada victoriosa, llena las páginas volantes de la prensa diaria con artículos doctrinarios y de propaganda, que sirven de comentario brillante al decálogo de su partido, penetra en las entrañas de nuestra historia, sacude el polvo de los archivos nacionales para resucitar el pasado, exparce en todas direcciones la infatigable potencia de su cerebro, imprime la austeridad de su carácter á todas las accciones de la vida pública, y funda su poder y su prestigio en el respeto de los extraños y en la adhesión de sus compatriotas que saludan en él una de las escasas eminencias vivientes de su gloriosa generación. — Don Vicente Fidel López, por la penetrabilidad y brillo de su talento: por la originalidad de sus producciones, figura aparte, simpre en alto nivel. Puede decirse de él, como de Benjamín Constant, que «es de raza pensante, « de una familia en que la reflexión, el sistema, el « juego de las ideas son como hereditarias». (1)

(1) Esa herencia se trasmite hasta nuestros días, en que brillan las cualidades sobresalientes de los nietos del autor de *La Canción Patriótica* y en que marcha en la primera fila de su generación el Doctor Lucio Vicente López, uno de los talentos de que puede enorgullecerse nuestra nacionalidad.

Nada supera la espontaneidad y la independiente audacia de su inteligencia. Posee la clarovidencia de los inspirados y el valor moral de los dogmáticos, unidos á una flexibilidad maravillosa de espíritu, á una facultad de comprensión extraordinaria, á una delicadeza de gusto y fijeza de criterio que revelan la sólida base filosófica de sus estudios y las tiranías de su rígida disciplina intelectual! Sus ideas jamás se divorcian por completo de sus sentimientos; y esto constituye uno de los encantos de su estilo de historiador, estilo refulgente y copioso, en que brilla la rectitud, la lealtad, todas las dotes de la más alta probidad del criterio, todos los atractivos de la distinción moral. Pocas excursiones más agradables que la que puede hacerse á través de su obra variada y siempre interesante, desde sus primeras manifestaciones literarias en Chile, su *Curso de Bellas Letras*, sus *Memorias* universitarias, su labor filosófica en la prensa, al lado de Sarmiento y Alberdi, hasta sus estudios lleno de novedad sobre la civilización incásica, y su monumental *Historia de la República Argentina*, pasando por sus novelas escritas con el poder evocador de Walter Scott y la pujanza de colorido que campea en las páginas de Michelet y de Thierry (1)—¿Para qué insistir trazando las siluetas forzosamente ligeras y esfumadas, de Gutiérrez, de Varela, de Rivera Indarte, de Cané, de Tejedor, de Frías, de Domínguez, de tantos otros que ilustraron su nom-

(1) Estas someras indicaciones serán ampliadas debidamente en los trabajos que tenemos en preparación sobre Sarmiento, Mitre, López, Gutiérrez y otros hombres notables de su generación, siguiendo la serie de obras inaugurada por nuestro libro sobre *Alberdi* y continuada en el presente ensayo; siempre que Dios nos favorezca conservándonos la salud, y dándonos el tiempo para llenar este amplio programa.

bre, pensadores y artistas igualmente distinguidos que esperan todavía el estudio sagaz y respetuoso de sus condiciones peculiares que hasta hoy han desdeñado consagrarles sus descendientes intelectuales? . . . Todos ellos figuran honrosamente en la *Ojeada retrospectiva sobre el movimiento intelectual en el Plata, desde el año 37* que precede á la edición del *Dogma Socialista* hecha por Echeverría en Montevideo en 1846; todos ellos han recibido el homenaje justiciero de su compañero de causa que los representa, en páginas cariñosas, «obligados á ganar el pan con el sudor de «su rostro, continuamente sobresaltados por los «infortunios de su patria y por los suyos propios, «hostigados y aun injuriados por preocupaciones «locales, y por el principio retrógrado, sin estímulo «alguno ni esperanza de galardón; y, á pesar de «todo, fieles á la causa del progreso, sin que nin«guna desgracia, ningún contratiempo entibiara «su devoción ni quebrantara su constancia, com«batiendo sin cesar, aunque en distinta arena, «como los valientes patriotas con el fusil y la «espada».

IV

El *Dogma Socialista,* no es solamente la vivaz manifestación de una noble inteligencia, sino también la revelación de un carácter enérgico y austero. ¿Cuáles son las causas que permiten á Rosas mantenerse en el poder? — se pregunta Echeverría; y su explicación, tan franca como viril, no teme sacar á luz las pequeñas y eternas miserias de nuestras rencillas intestinas. Primero, la falta de unión: «Rosas por medio de una bárbara y tenaz « persecución había aproximado en el destierro, y « puesto en la necesidad de reconciliarse á los pa- « triotas de todos los partidos. Un sentimiento « común les hizo olvidar sus opiniones y resenti- « mientos pasados; — en unos, el odio á Rosas, en « otros el amor á la Patria. Pero ese vínculo no « era sobrado fuerte para anudar de un modo in- « disoluble voluntades tan disconformes; — no era « una creencia común capaz de producir fe común, « concentración de poder y acuerdo simultáneo de « acción. Por el menor contraste ese sentimiento « se relajaba y aflojaba el vínculo de la unión: — « el amor propio ofendido, las aspiraciones perso- « nales, la divergencia de pareceres sobre la si- « tuación, producían entre ellos el desacuerdo, « luego la dislocación, luego la impotencia y los « desastres». Segundo, el exclusivismo local: «La « patria para el *correntino* es Corrientes; para el « *cordobés* Córdoba; para el *tucumano* Tucumán;

« para el *porteño* Buenos Aires; para el *gaucho* « el *pago* en que nació. La vida é intereses co- « munes que envuelve el sentimiento racional de « la Patria, es una abstracción incomprensible « para ellos, y no pueden ver la unidad de la Re- « pública simbolizada en su nombre ». Estas causas mórbidas que enferman y debilitan el organismo argentino, provocan el anatema justiciero de Echeverría... « Ya es tiempo de que cese « la influencia y predominio en el país de las indi- « vidualidades y de las facciones descreídas y pu- « ramente egoistas; — de que el pueblo comprenda « que es preciso exigir á los charlatanes y á los « aspirantes al poder, la exhibición de sus títulos; « títulos escritos, que prueben su idoneidad para « dirigir, gobernar y administrar, ó cuales son los « principios de su doctrina social, porque solo las « doctrinas, las buenas doctrinas, no los hombres, « pueden dar al país garantías de orden y de paz, « y derramar en sus entrañas la savia fecunda del « verdadero progreso ». El acento vibrante de la verdad, resuena en estas palabras profundas. El mal está señalado; para combatirlo se necesita purificar y ennoblecer la conciencia pública. Echeverría se anticipa á uno de los más finos espíritus filosóficos de nuestro tiempo, el malogrado Guyau á cuya crítica de la educación utilitaria, pertenecen los siguientes renglones: « Las relaciones externas « de los hombres son el producto de sus creencias « internas; el estado mental de la sociedad es « como la proyección exterior del estado mental « de los individuos. Lo que se quita al individuo « no volverá á encontrarse, pues, en la sociedad; « en vano reuniréis á todos esos hombres, cada « uno de los cuales aisladamente no posee sino el « egoísmo; en vano organizaréis sus relaciones;

« en vano los colocaréis, frente á frente, en todas « las situaciones posibles; ¿cómo queréis, reunién- « dolos y mezclándolos de todas maneras, produ- « cir lo que no existe en ninguno de ellos? No es « necesario que uno se contente con decir, como « Stuart Mill: *Tal sociedad, tales hombres; tal or- « ganización social, tal moralidad.* Eso no es sino « una verdad á medias. Son sobre todo los hom- « bres los que hacen á la sociedad tal como existe; « el estado social, en cada momento de la historia, « reproduce exactamente el estado moral; las re- « laciones de los hombres entre sí expresan rigu- « rosamente las relaciones de los hombres con la « ley interior. *Así, no puede separarse la reforma « social de la reforma moral;* no se puede decir á « los hombres que obren como si ellos tuvieran « tales derechos y tales deberes, antes de haberles « demostrado que tienen esos deberes y poseen « esos derechos. Lejos de que la organización so- « cial pueda darnos el desinterés, ella necesitaría « para lograrlo, ser aceptada por todos, aún por « aquellos á quienes impusiera un sacrificio provi- « sorio; ser querida por todos, en nombre de los « derechos que resguardara; *la verdadera organi- « zación social necesita corresponder á una mo- « ralización social* ». (I)

Hemos indicado, como rasgos distintivos del autor del *Dogma Socialista,* la independencia del talento y la energía del carácter. Añadamos que él puede con justicia reivindicar otro mérito de su obra: la novedad. Esta cualidad ha sido reconocida por los críticos que han estudiado los trabajos de Echeverría, y es digna de señalarse, como síntoma de su adelanto en materias que parecían pa-

(I) M. GUYAU. *La morale anglaise contemporaine.*

trimonio exclusivo de un corto número de iniciados. Alberdi ha hecho notar con razón en uno de sus escritos, la deficiencia intelectual de nuestro país á este respecto. Una tierra de publicistas, de oradores y de periodistas ruidosos, no ha producido, antes de Echeverría, un solo libro en que la juventud pudiera aprender los elementos del derecho público argentino. «Ni los unitarios, ni los federales, « habían formulado la doctrina respectiva de su « creencia política en un cuerpo regular de ciencia. « Pedid las obras de Varela, de Rivadavia, de « Indarte, de Alsina y os darán periódicos y dis- « cursos sueltos, alguna compilación de documen- « tos, una que otra traducción anotada; pero ni un « solo libro que encierre la doctrina, más ó menos « completa, del gobierno que conviene á la Repú- « blica. No pretendo que no haya habido hombres « capaces de formarlos, sino que tales libros no « existían. Un tercer partido, representado por « hombres jóvenes, inició trabajos de ese orden en « 1838, en los cuales están, tal vez, los elementos « principales de la organización que ha prevale- « cido por fin para toda la Nación en 1853». (I) A pesar de sus deficiencias, apreciables sobre todo en nuestros días, esto es exacto, y honroso para el *Dogma Socialista.* Ciertamente, nuestro país ha marchado mucho desde la época de la publicación de ese entusiasta é ingénuo programa de regeneración social. Con todo, su base es noble y excelente, y hasta en sus extravíos, revela la pureza de las intenciones y el patriotismo que exaltaba el corazón de sus jóvenes iniciadores.

Sus primeras páginas—*A la juventud argentina*

(I) J. B. ALBERDI.—*Sistema económico y rentístico de la Confederación Argentina según su Constitución de 1853.*

y á todos los dignos hijos de la patria—están escritas en versículos bíblicos, sentenciosos é imaginativos, hoy envejecidos, pero puestos en boga en aquel tiempo por la pujanza declamatoria de *Las palabras de un creyente* de Lamennais. La exageración y el tono detirámbico de estas frases cortadas, afectadas, y, á decir verdad, poco inspiradas, provoca una sonrisa. El poeta romántico ha rendido culto á sus dioses tutelares, como más tarde debía rendirlo Francisco Bilbao, formando una escuela que se alimentaba con despojos del estilo de Edgard Quinet, y cuyos engendros apocalípticos, á despecho del talento de su discípulo sud americano, producen un efecto deplorable.—Lo cierto es que, en la época de Echeverría, sea por mayor ingenuidad de criterio ó por deficiencias de un gusto menos refinado, eran perfectamente recibidas sentencias como las siguientes, distribuídas en rebanadas y precedidas de su correspondiente número de orden, á manera de los salmos hebráicos:

« 1º Los Tiranos han sembrado la zizaña, y erigido su trono
« de iniquidad sobre los escombros de la anarquía.

« 2º No hay para nosotros ley, ni derechos, ni patria, ni libertad

« 3º Errantes y proscritos andamos como la prole de Israel, en
« busca de la tierra prometida.

« 4º He aquí la herencia que nos ha cabido en suerte — oscuri-
« dad, humillación, servidumbre; tal es el patrimonio que nos ha
« legado la revolución, y el fruto de la sangre y los sacrificios de
« nuestros heróicos padres.

. . . . . .

« 11. Así hablan á sus hermanos: « Creed ó seréis exterminados ».—El egoísmo encarnado es su Dios, y le han formado altar
« de sus corazones inmundos.

« 12. ¡Miserables de vosotros que más estúpidos que las bestias,
« os prosternáis ante el ídolo monstruoso!

« 13. ¡Miserables de aquellos que vacilan cuando la tiranía se
« ceba en las entrañas de la patria!

« 14. ¡Miserables los que, riendo de sus clamores, van á ofre-
« cerlos en holocausto á la inicua ambición de los Tiranos! »

El juramento de la *Joven Generación,* con su redoble de anatemas y sus imágenes sibilinas, nos deja igualmente fríos, pero debió causar sensación entre los neófitos del grupo encabezado por Echeverría, por análogas razones á la que hemos indicado, á propósito de los versículos anteriores. No es difícil advertir—y su autor mismo lo sugiere—que la idea de la *Asociación de Mayo* le fué inspirada por la acción tenaz y demoledora de *La Joven Italia,* precedida también, en el *Manifiesto* de Mazzini, de las siguientes palabras simbólicas, que concentran sus principios y sus anhelos: *Libertad — Igualdad — Humanidad — Independencia — Unidad.* Por lo demás, la semejanza termina aquí. La iniciativa de Echeverría y de sus amigos más fieles, responde á propósitos de otro género y al interés de fomentar otros medios de apostolado. El *Dogma Socialista,* no es un boletín de combate, sino un programa de regeneración moral y política. En este sentido, su título mismo, empieza por ser incompleto y erróneo, en cuanto puede extraviar el juicio de los que no lo estudien detenidamente, haciéndolo figurar entre el innumerable catálogo de publicaciones consagradas á defender ó á exponer las doctrinas de la escuela presidida por Babeuf, y representada más tarde por Fourier, por Karl Marx y por Lassalle. El *Dogma Socialista* es, solamente, el código ó digesto de principios adoptados por la juventud argentina, como fuente de honor, de lealtad, de justicia, para proceder á la rehabilitación de las doctrinas oscurecidas y degradadas por la guerra civil, y derrocadas por la dictadura, deseosa de asentar su dominio sobre masas sin criterio y sin sentido moral. Las « palabras simbólicas » así

lo indican, reasumiendo esos principios, antes de desarrollarlos en el cuerpo de la obra, de la manera siguiente: « *Asociación. — Progreso. — Fraternidad.— Igualdad.—Libertad. Dios, centro y periferia de nuestra creencia religiosa; el cristianismo, su ley. — El honor y el sacrificio, móvil y norma de nuestra conducta social. — Adopción de todas las glorias legítimas, tanto individuales como colectivas, de la Revolución; menosprecio de toda reputación usurpada é ilegítima. — Continuación de las tradiciones progresivas de la revolución de Mayo. — Independencia de las tradiciones retrógradas que nos subordinan al antiguo régimen.— Emancipación del espíritu americano. — Organización de la patria sobre la base democrática. — Confraternidad de principios. — Fusión de todas las doctrinas progresivas en un centro unitario.— Abnegación de las simpatías que puedan ligarnos á las dos grandes facciones que se han disputado el poderío durante la revolución.* »

La lectura de estas palabras, da una idea general de la índole y de las tendencias del *Dogma Socialista*. Descendiendo al examen detallado de esta producción, saltan á la vista sus incorrecciones y sus numerosas deficiencias. La disculpa de Echeverría, se dirá, está en el carácter mismo de su libro, que no aspira á realizar el ideal de un tratado de ciencia política ó de un curso de sociología, aplicado á las peculiaridades de nuestra raza y á la índole de nuestro pueblo. Los que quieran buscar en él otra cosa que el manifiesto de un partido, «la declaración de principios» de un grupo intermediario entre fracciones rivales y exclusivistas, marchan extraviados y falsifican su concepción originaria. Admitida esta explicación, no quedan por eso salvadas otras objeciones que es

posible hacer al *Dogma Socialista*. Pensad en muchas de las dificultades fundamentales de nuestra organización política; por ejemplo, en el arduo problema de la forma de gobierno más apta para las condiciones de nuestra nacionalidad, — y buscaréis en vano en sus páginas, un análisis profundo, decidido, resuelto, que afronte el obstáculo y lo domine, arribando á conclusiones claras, lógicas y valerosas, capaces de servir de bandera á un partido y de norma inalterable á la labor de un núcleo de ciudadanos patriotas y desinteresados. Insensiblemente, hemos herido el punto débil del *Dogma*. Sus declaraciones son casi siempre vagas y abstractas; sus planes flotan en el platonismo de las aspiraciones ideales; falta en él ese *substractum* científico que forma el cimiento de todo estudio experimental; en suma, partiendo de verdades amplias, llega por caminos diversos, á un doctrinarismo racional, de distinta especie, pero de la misma familia del que reprocha al partido unitario. Su fondo moral, sin duda, es excelente; y esto sólo basta para salvarlo y hacerlo digno del respeto de las generaciones que han continuado la obra iniciada por los miembros de la «*Asociación de Mayo*». — En este sentido, su influencia ha sido benéfica y fecunda, perpetuándose hasta hoy, de padres á hijos, como la síntesis más pura de un evangelio republicano.

Su estilo mismo, casi siempre es flojo y desmayado, carece de intensidad y de brillo, de hallazgos artísticos y de perspectivas filosóficas. Es un mal desgraciadamente común á la mayoría de nuestros escritores, más no por eso menos desagradable. No es posible evitar un leve movimiento de impaciencia, cuando se leen párrafos como el siguiente, que sería tan fácil pulir y dejar nítido y

terso, flexible y vigoroso, como una hoja de acero toledano: « Las pasiones *egoistas* han sembrado « la anarquía *en el suelo de la libertad*, y esterili- « zado sus frutos: — *de aquí* resulta el relajamiento « de los vínculos sociales; — *que* el *egoísmo* está « entrañando en *todos los corazones* y muestra en « todas partes su aspecto deforme y ominoso; — « *que los corazones* no palpitan al son de las « mismas palabras, y á la vista de los mismos sím- « bolos: — *que* las inteligencias no están unidas « por una creencia común en la patria, en la « igualdad, en la fraternidad y la libertad ». Hay descuido, labor escasa en estas formas de lenguaje, tan frecuentes en la prosa y en el verso de Echeverría. En cambio, el calor de su alma generosa, se expande en frases de una elocuencia peculiar y apasionada que brotan de su pluma sin esfuerzo y se impregnan de unción al hablar de los ideales de la juventud y del amor sagrado de la Patria.

Hemos mencionado, anteriormente, el volumen consagrado por uno de los más distinguidos escritores argentinos al examen analítico del *Dogma Socialista*. Las conclusiones á que llega en su interesante estudio sobre *La política liberal bajo la tiranía de Rosas*, concuerdan con las nuestras, salvo pequeñas diferencias de concepto, y están reasumidas en páginas brillantes que es siempre grato volver á recordar. Al indicar los principios del gobierno propio, encuentra el señor Estrada que el *Dogma Socialista* no tenía una idea clara de lo que ellos entrañan, siendo por consiguiente, « vagos sus conceptos, vacilante su lógica y tími- « das sus aplicaciones prácticas ». Si bien es cierto que comprendía la necesidad de armonizar la vida social con la vida política, lo hacía en una

forma abstracta, sin reducir sus conclusiones á un plan metódico y fundado en los datos y cimientos experimentales de la ciencia social. Los principios que establece como premisas para futuros desenvolvimientos, están en pugna frecuentemente con los rigores de la lógica, á que pretende ajustar sus procedimientos. Así, «hace derivar de la noción « de la soberanía nacional un derecho político im- « perfeccionado por el privilegio». Su obra abunda en disertaciones sobre filosofía, sobre las ciencias y las bellas artes; pero, se abstiene de explicar y definir la educación común, que es uno de los resortes indispensables de la democracia. Su timidez resalta «cuando trata de recoger la clave del pro- « blema constitucional en la historia y los hechos « contemporáneos, desdeñando la controversia « entre la *unidad* y la *federación* para tratar de « hallar una concordia quimérica en aforismos ne- « bulosos» . . . En una palabra, — «el *Dogma* fra- « casa en el terreno positivo, y aún en lo abstrato, « cuando debe llevar á sus últimas consecuencias « el principio que le sirve de base. Revela salud « de corazón, pero el temperamento poético de su « autor le afecta: es más imaginación que pen- « samiento: conmueve, no enseña . . . Es, princi- « palmente, sentimiento; pero sentimiento rico, « influyente, creador; el sentimiento argentino, « principio virtual de todo lo que en este país lleva « estampado un sello de grandeza; el amor de la « libertad pleno, incondicional, acendrado como « una vocación, exigente como uno de aquellos « apostolados que no ceden ni en la labor ni en « el martirio». (1)

(1) J. M. ESTRADA. — *La política liberal bajo la tiranía de Rosas*, (1873).

V

Las doctrinas del *Dogma Socialista,* están completadas en los discursos sobre *Mayo y la enseñanza popular,* en las *Cartas á Angelis* y en el *Manual de Enseñanza Moral.* Un mismo espíritu de elevación patriótica inspira estas producciones en que brilla, al mismo tiempo, el talento del escritor y las convicciones arraigadas del propagandista. Tomar la democracia como principio y los ideales de Mayo como punto de arranque para la regeneración social de los pueblos del Plata, hemos visto que es la síntesis del apostolado de Echeverría. Todo lo que concurra á este propósito, en una forma rápida y directa, según él, debe preconizarse como un medio indispensable para llegar á la conquista de la verdadera libertad. Por desgracia, la transformación experimentada por nuestro pueblo, al lanzar el grito de la independencia, fué enteramente superficial y exterior. Todo el problema histórico argentino, se encuentra contenido en esta metamórfosis engañosa y efímera. «El principio «de la Democracia, venciendo al colonial, — dice «Echeverría, — entró desde entonces á ser el mó«vil y regulador social. — Pero ese principio ó «nueva fuerza motriz, para obrar de un modo efi«caz y regular, *debió haberse de antemano incor«porado, en la educación, en nuestras costumbres, «en la inteligencia, y esto no sucedió porque era*

« *imposible, porque un pueblo no se trasforma de* « *un soplo, no cambia de hábitos, de modo de ver y* « *de sentir, sino después de una larga y laboriosa* « *educación*». — ¿Cuál fué el resultado lógico de este estado de cosas? Echeverría no vacila en explicarlo con su habitual sinceridad: primero, « el « principio de la Democracia, apareció consignado « en algunas de las instituciones revolucionarias, « *pero esas instituciones no fueron comprendidas* « *ni se arraigaron,* y por consiguiente poca ó nin- « guna influencia tuvieron para regenerar moral- « mente la sociedad y prepararla al régimen demo- « crático»; después, « así como Mayo nació de las « madrastras entrañas de la tiranía colonial, la « guerra civil fué el monstruoso fruto de la colisión « ó choque entre el principio de Mayo y el princi- « pio colonial, *vencido pero no aniquilado*»; final- mente, « desconociendo el pueblo su deber, fácil- « mente lo extraviaron y lo hicieron servir de « instrumento á las ambiciones egoistas, ó á los in- « tereses de los partidos; y así, tiranizado y sacrifi- « cado siempre, ninguna ventaja material ni moral « reportó de la revolución de Mayo, y solo apren- « dió en la escuela de la anarquía vicios y liberti- « naje desenfrenado».

No es necesario multiplicar las citas, para advertir que, al llegar á este punto, Echeverría ha bajado hasta el fondo de una de las causas que explican las agitaciones evolutivas de las masas argentinas, en su lucha tenaz y en sus aspiraciones instintivas hacia la libertad y la autonomía. La visión del político, no se perturba aquí por ningún resabio de doctrinarismo metafísico y se ejercita en el análisis franco de la realidad. Sus conclusiones, coinciden con las teorías de los más distinguidos espíritus de nuestro tiempo, que han estudiado las grandezas,

las dificultades y los peligros del gobierno democrático. «Una sociedad que llega á ser democrá-« tica — ha dicho Prevost-Paradol — se aproxima « cada vez más á un terrible problema: ella aspira « instintivamente á establecer un gobierno á su « imagen, á constituirse en democracia; y experi-« menta, en tanto que no alcanza ese género de go-« bierno, un cierto malestar que la hace cada vez « más incapaz de soportar los gobiernos templa-« dos; cuando toca, por fin, ese gobierno demo-« crático que parece el único puerto en el cual le « será posible encontrar el reposo, descubre un « nuevo mar más agitado y más peligroso que to-« dos los parajes que ha atravesado». — Y persiguiendo el desarrollo de este tema, en términos generales, el eminente escritor, nos habla sin saberlo, de muchas de las miserias que llenan nuestra historia y que han manchado con sangre una gran parte de sus anales. A su juicio, «el gobierno de-« mocrático ordinariamente está expuesto á co-« rromperse y á disolverse; la anarquía es signo de « su descomposición rápida, y el despotismo sale « casi siempre de sus restos, como una planta vi-« gorosa y malsana». Esta tendencia funesta se explica teniendo en cuenta que el gobierno democrático, como todos los que han imaginado las sociedades humanas, reposa sobre una mezcla de verdad y de ficción, y esa parte de ficción, al revelarse, más tarde ó más temprano, provoca su ruina irremediable. «El gobierno monárquico, absoluto « ó personal, reposa sobre la idea que una misma « familia produce en cada generación un hombre « capaz de ejercer el poder soberano, y eso no es « cierto; el gobierno aristocrático reposa sobre « esta otra idea, que ciertas familias, una vez pues-« tas, por las leyes ó por las costumbres, arriba del

« decaimiento y de la necesidad, producen de una « manera regular el élito intelectual y político de « la Nación, y eso tampoco es verdadero; en fin, « el gobierno democrático reposa sobre esta idea, « que la mayoría de los ciudadanos hace un uso « razonable de su voto, y ve siempre con discer- « nimiento lo que es conforme á la justicia y venta- « joso para el interés común, y eso igualmente es « inexacto. El gobierno democrático perece, pues, « como los otros, tan pronto como esta parte frá- « gil de su cimiento se desploma». Reflexionad sobre las palabras anteriores, que están de acuerdo con las de Echeverría y encontraréis en ellas un comentario y una explicación de muchas de la desgracias políticas de que ha sido teatro nuestra patria. No es necesario sino recorrer las agitaciones del año XX, y el nacimiento de la tiranía de Rosas, para ver cuan cerca se encuentran de la verdad. Por su parte, la mayor parte de nuestros publicistas ha querido explicar el problema de la vida argentina, reduciéndolo á fórmulas empíricas, y forzosamente incompletas. Sarmiento, ha dejado la más conocida de ellas, sintetizando las dos tendencias que, á su juicio, han dominado nuestra historia, en los términos antogónicos de « civilización» y « barbarie »; es decir, el choque entre la cultura de los centros urbanos y el salvagismo de los aduares dispersos en la pampa. Hay en esto, como lo hace notar Alberdi, un error de historia y de observación. « La colonia — escribe este brillante es- « critor — ó sea la edad media de la Europa, estaba « en los campos y estaba en las ciudades, lo mismo « que había existido en Europa ». La revolución, añade, abrazó los campos y la ciudades, pero se dilató en un medio que ha sido admirablemente definido « un desierto por regla, poblado por excepción ».

Así, para Alberdi, «la política que no sepa apoyarse « en nuestros campos para resolver el problema de « nuestra organización y progreso, será ciega, por- « que desconocerá la única palanca que hace mover « este mundo despoblado». En efecto, ¿qué cohesión social, qué solidaridad política ó moral, qué educación uniforme, qué vínculos estrechos, creadores de ideales análogos, de aspiraciones comunes y deberes recíprocos, podían existir en medio de una masa de 800,000 hombres, diseminados y dispersos en 200,000 leguas cuadradas de territorio inculto, perdidos en el seno de la barbarie del desierto y ahogados por el sentimiento de su inmensidad...? La carencia absoluta de gérmenes de prosperidad en los pueblos de América, obliga á estos á buscarlos fuera, para acrecentar y vigorizar los elementos y los manantiales de su vida. Faltan la población, la tradición ilustrada, la raza homogénea, en una palabra, el «pueblo», de que tanto se alardea en nuestras repúblicas, y que hasta hoy está casi siempre representado en ellos por núcleos indígenas sin cultivo y sin acción política, ó por aluviones de masas extranjeras que no han tenido tiempo de depositar su sedimiento en el terreno virgen de nuestro continente. Todas las declamaciones pomposas, todos los ditirambos de los «libertadores» y los «tribunos», escolla en esta deficiencia elemental é irremplazable. El problema sud americano, antes como ahora, está, pues, reducido á estos términos concisos: *poblar* y *educar*. El adelanto y la riqueza de las naciones americanas, se halla en relación directa con la cantidad de elemento europeo que han logrado incoporar y difundir en su organismo primitivo. No son el *cholo* peruano, ni el *gaucho* argentino, ni el *indio* boliviano,

ni el *roto* chileno, ni el *charro* mejicano, quienes pueden salvar el porvenir de nuestras democracias. La inmigración que elabora ciudadanos y crea pueblo, la educación popular que lo ilustra y lo prepara para la vida difícil de la libertad, — he aquí lo único que nos promete días mejores para el porvenir. Echeverría presiente estas verdades y las defiende en sus *Discursos* sobre enseñanza popular (I) « ¿Por qué — pregunta — la *Democracia*, hija « primogénita de Mayo, después de treinta y cuatro « años de revolución, no ha logrado convertirse en « incontrastable y reguladora institución, y pelea- « mos aun por asegurar su imperio? — Porque la « tierra donde Mayo desparramó su principio es- « taba inculta, porque el pueblo no la comprendía « y no supo apreciar los derechos y obligaciones « de su nuevo rango social; y porque nuestros go- « biernos, por causas que no es de ahora examinar, « descuidaron iniciarlo en ese conocimiento pro- « porcionándole la educación necesaria ». Y más lejos: « El pueblo no es criminal. — *Se extravió* « *porque era ignorante,* porque no lo educaron « para la nueva vida social inaugurada en Mayo — « para la Democracia ».

(I) Uno y otro son repetición de las mismas ideas y, á veces, hasta con las mismas palabras. Nos repugna entrar en el desmenuzamiento de estos detalles, por lo cual nos limitamos á examinar el alcance de esas producciones que, por otra parte, carecen de importancia como obra doctrinal.

VI

En el curso de este apostolado, no es de extrañar que Echeverría recibiera rudos golpes de sus adversarios políticos. Las *Cartas á Angelis,* contienen la respuesta que creyó de su deber dirigir al redactor del *Archivo Americano.* Á decir verdad, ellas no brillan ni por la elegancia del estilo, ni por lo fino del ataque. Estamos lejos del golpe de maza de Sarmiento, de la venenosa é implacable ironía de Alberdi, de la elocuencia viril de López. Leídas friamente, las *Cartas á Angelis* parecen mediocres y pasablemente vulgares. No desdeñan apelar á la insinuación ramplona, á la palabrota cruda, y á la agresión personal. Carecen en absoluto de aticismo. La roja faz del periodista de Rosas, comparada con el rostro alcohólico de *Bardolph,* no es un hallazgo extraordinario. Tal vez, el mal de este estilo es inherente á la época. La cultura refinada en las luchas de la prensa, parece un privilegio exclusivo de contados espíritus de nuestro tiempo. El asesinato por medio del epígrama, es la última palabra de este arte complicado y difícil. En todo caso, Echeverría se muestra ingenuo y apasionado. Define sin reticencias las cosas bajas y las acciones innobles. La pureza de su corazón sale incólume y acrisolada de la prueba; pero su fama literaria habría ganado con mostrar un do-

minio mayor sobre sus pasiones embravecidas por lo brutal de la ofensa. (1)

Echeverría reprocha á su adversario la mala fe de que hace gala en la polémica. Basado en la palabra *Socialista* incorporada al título del *Dogma,* Angelis pretende convencer á los que no conocen la obra de Echeverría que ella está consagrada á defender los principios de Cabet y de Considérant, las fantasías sansimonianas y los sueños utópicos del falansterio de Fourier. La protesta de Echeverría es tan violenta como justificada. Por nuestra parte, creemos que, dada la situación de Angelis, tal vez el redactor del *Archivo Americano* no se tomó el trabajo de leer la obra de su enemigo de causa, y se limitó á juzgarla por la etiqueta: es un procedimiento fácil y frecuente en el periodismo, aunque él no acuse exagerada honradez. De todos modos, la crítica de Angelis dió ocasión á Echeverría para explicar en el curso de su segunda carta, los propósitos á que obedecía su propaganda doctrinaria. Y, al pisar este terreno, el noble escritor siente que renacen sus fuerzas debilitadas en la réplica literaria. El soplo de la pasión y del convencimiento lo sacude y hace vibrar sus labios con el acento de la verdad imparcial y sincera. Llama á juicio al partido unitario y al federal, y muestra sin ambajes los errores de criterio del primero y los excesos sangrientos del segundo, postrado ante el altar de la dictadura. ¿Por qué he criticado antes y ahora á los unitarios? — pregunta, dirigién-

(1) En una parte dice, dirigiéndose á Angelis: « Era necesario « *hallar para esto un lazzaroni Fadladeen, un alma de barro y* « *un corazón hediondo de lepra, un sofista audaz y un charlatán* « *necio, viandante sin vínculo alguno de afección ó simpatía por* « *la tierra,* etc., etc. » Expresiones semejantes son frecuentes en el curso de las *Cartas.*

dose á Angelis. — « Porque en mi país y fuera de « él, hay muchos hombres patriotas que están cre- « yendo todavía que la edad de oro de la República « Argentina y especialmente de Buenos Aires está « en el pasado, no en el porvenir; y que no habrá, « caído Rosas, más que reconstruir la sociedad con « los viejos escombros ó instituciones, porque ya « está todo hecho. — Como esta preocupación es no- « civísima; como ella tiende á aconsejarnos que no « examinemos, que no estudiemos, que nos eche- « mos á dormir y nos atengamos á los hombres del « pasado; como ese pasado es ya del dominio de la « historia, y es preciso encontrarle explicación y « pedirle enseñanza, si queremos saber donde es- « tamos y adonde vamos; como, por otra parte, yo « creo que el país necesita no de una reconstitución « sino de una regeneración, me pareció entonces y « me ha parecido ahora conveniente demostrar que « la *edad de oro* de nuestro país no está en el *pa-* « *sado* sino en el *porvenir;* y que la cuestión, para « los hombres de la época, no es buscar lo que ha « *sido* sino lo que *será* por el conocimiento de lo « que ha sido. No se han comprendido así mis mi- « ras... Se ha creído ó aparentado creer que me « movía una ojeriza personal contra el partido uni- « tario, el deseo tal vez de congraciarme con Rosas, « ó alguna presuntuosa ambición. ¡Miserias, siem- « pre miserias!... ¡Cuándo podrá un ciudadano « entre nosotros manifestar en voz alta su pensa- « miento y encontrar, en vez de rivales, nobles y « generosos émulos!... » Esto, en cuanto se re- fiere á los ideales del partido unitario. Respecto á sus procedimientos, Echeverría no es menos explí- cito: « Pero antes de concluída esta constitución « (la del año 26) ya el *Localismo* en las Provincias « había alzado bandera facciosa con el nombre de

« *federación;* se le presentó, al cabo, y la mayoría
« de ellas se negó á aceptarla. El Presidente de la
« República, no pudiendo gobernar renunció el po-
« der; y, poco después, se disolvió el Congreso. El
« partido unitario, pudo y debió hacer uso de la
« fuerza para aniquilar á los facciosos; el uso de
« la fuerza era santo, era legítimo para escudar el
« derecho, la justicia y el orden público — primera
« obligación de todo gobierno; — no lo hizo y la
« historia lo acrimina por esto. Sacrificó el porve-
« nir, los intereses del país y los suyos propios á
« su máxima favorita de las *vías legales,*—sapientí-
« sima en boca de un partido político pero absurda
« en la de un gobierno como aquel: — la *legalidad*
« *es un principio, no una arma útil para batir á*
« *facciosos*. Sin embargo, es preciso confesar que
« el partido unitario fué hasta entonces consecuente
« con sus principios, y los sostuvo hasta el heroís-
« mo. Generalmente hablando un partido triunfa ó
« acepta el *martirio*. El partido unitario, resignan-
« do el poder sin haber combatido, aceptó el *mar-*
« *tirio;* por eso, si la moral y la justicia lo aplauden,
« la política lo silba y lo condenará la historia. No
« tardó en arrepentirse de su resignación, y empezó
« á atacar por la prensa á sus enemigos. Poco des-
« pués, despechado y exacerbado en la lucha, apeló
« al motín y se convirtió en facción. Conoció recién
« algo tarde, no era buena su doctrina de las *vías*
« *legales,* y renegó de todo principio y toda doc-
« trina. Desde entonces fué débil, impotente, sin
« conocer la causa y empezaron sus derrotas. Te-
« nía, además, todos los hábitos, todas las preocu-
« paciones de un partido doctrinario; era valiente
« y temerario á veces, pero demasiado caballeres-
« co, escogitaba los medios para herir, al paso que
« su enemigo no desechaba ninguno; con su ple-

« beya y semi-bárbara audacia, arremetía por todo « y lo hollaba todo. »

La lectura de los párrafos anteriores, demuestra cuanta era la independencia y el vigor del carácter de Echeverría. En ellos, están analizados, sin temores ni subterfugios hipócritas, muchos de los vicios que falsificaron y pervirtieron la índole de nuestros partidos, hasta conducirlos á la guerra sin cuartel en que se encontraban empeñados en la época en que el patriota generoso escribía las *Cartas á Angelis,* proscripto de su patria y perseguido por su amor á la libertad y á la justicia. Descendiendo de esas consideraciones generales al terreno ardiente de la organización institucional de la patria, Echeverría se consagra á estudiar los antecedentes históricos y filosóficos de los sentimientos *Localista* y *Centralista,* cuya lucha en favor de su recíproca preponderancia, llena las páginas de nuestra historia y constituye el drama entero de la vida argentina. Ese estudio, es hoy mismo de la mayor actualidad para el que quiera penetrar en el conocimiento de las peculiaridades y caracteres propios de nuestra nacionalidad. Creemos oportuno, por eso, extractar las opiniones de Echeverría, desarrolladas en páginas extensas, reduciéndolas á lo sustancial de su doctrina. Para él « la revolución de Mayo nos ha dejado por « todo resultado, por toda tradición y por todo « *dogma,* la soberanía del pueblo, es decir, la « Democracia». Dada esta base, es necesario descubrir bajo qué condiciones se debió desarrollar la Democracia, problema en cuya solución Echeverría cree que han errado todos los hombres y todos los partidos de la revolución. Su explicación es la siguiente: «El *centralismo,* preocupado exclusiva- « mente de la constitución y centralización del

« Poder Social, descuidó educar al pueblo hacién-
« dolo apto para el gobierno de sí propio; al mis-
« mo tiempo, no supo satisfacer y aquietar al
« *localismo* que le oponía resistencia y deshacía
« su obra». En sus diversas tentativas de constitución, en efecto, pretendió reconstruir sobre nueva planta la asociación Argentina; crear una autoridad, un poder nacional que la representase, la gobernase y la diese leyes. El principio de legitimidad de la revolución de Mayo, el que le dió fuerzas para triunfar, fué la Democracia; pero, entendámonos, la democracia instintiva, levantada más como aspiración ideal que como institución comprendida por la sociedad Argentina, que no estaba preparada para organizarse bajo esa forma perfecta de gobierno. «Para llenar su fin, la institu-
« ción democrática no podía ser central ni com-
« prender la nación en masa; porque el territorio
« argentino se divide en provincias separadas por
« vastos desiertos, y estos en ciudades, villas, etc.»
Solo podía ser *local,* empezando por ramificarse y extenderse en los más pequeños centros de población diseminados en el desierto. En suma, la *institución municipal*, el gobierno autónomo de la comuna, «debió ser el principio, la base *sine qua*
« *non* de la organización de la sociedad Argentina,
« y esto lo desconocieron los *centralistas*». El localismo se aislaba, segregándose de la gran familia, impulsado por su instinto ciego y egoista, «sin comprender que para hacer valer sus intereses
« legítimos, debió ponerlos al amparo de la insti-
« tución municipal». En el deseo de aclarar mejor sus ideas, Echeverría vuelve la mirada al pasado. «El Virreinato, en la época de la revolución — dice
« — no era más que una agregación de localidades
« cuyo único vínculo de cohesión consistía en la

« autoridad casi toda española. Los Intendentes y « los Cabildos (I) la ejercían en las Provincias, cuya « vida social se concentraba en las localidades « que vivían en cierto modo, cada una de por sí y « para sí sola ». En tanto, la mayoría de la población erraba por las campañas, extraña á todo sentimiento de *sociabilidad* y dominada únicamente por el de la independencia individual. Así, la vida *local,* al amparo de los *Cabildos,* se caracterizaba por la *igualdad,* mientras en la masa rural predominaba el instinto de la *independencia.* La Revolución, apelando á las armas en defensa de la libertad individual y de la emancipación social, robusteció, fomentó y legitimó los extravíos de estos dos sentimientos. Tenemos, pues, este resul-

---

(I) El papel histórico de los Cabildos es importantísimo. Él ha sido señalado, por el General Mitre, de la siguiente manera, en su *Historia de San Martín:* « En el orden municipal, los « *Cabildos,* sombra de las antiguas comunidades libres de la « madre patria, representaban nominalmente al común del pueblo. « Tal es el bosquejo de la constitución Colonial. Ella contenía « empero un principio democrático, aunque en esfera limitada, « desde que se atribuía teóricamente á los *Cabildos* la represen- « tación popular, se les reconocía el derecho de convocar al ve- « cindario y reunirlo en Cabildo abierto, ó *Congreso Municipal,* « para deliberar sobre los propios intereses y decidir de ellos « por el voto directo como en las democracias de la antigüedad... « Esta ficción se convertiría en realidad el día en que las fuerzas « populares le comunicasen vida. De los *Cabildos,* así consti- « tuidos, debía brotar á su tiempo la chispa revolucionaria, y en « su foro municipal haría el pueblo sus primeros ensayos parla- « mentarios ». (B. MITRE).— El Dr. Lucio Vicente López añade lo siguiente en sus interesantes *Lecciones de Historia:* « La tra- « dición histórica de los *Cabildos,* fué la tradición de los princi- « pios democráticos en lucha contra el poder omnímodo de los « reyes. Libres habían sido en España y grandes en la célebre « guerra de los comunistas castellanos; libres y grandes tenían « que ser en América, porque su fuerza y su espíritu eran dema- « siado intensos para debilitarse en el período del coloniaje. « Allí en el centro de las ciudades coloniales, la dinastía de « Ausburgo, y más tarde la de los Borbones, habían dejado « germinar imprudentemente la planta á cuya sombra nació más « tarde la libertad del Nuevo Mundo ».

tado histórico: «por una parte, ningún vínculo de « *sociabilidad nacional* legado por la Colonia ó « engendrado por la revolución; por otra, dos he- « chos predominantes, radicados en la costumbre « y en la tradición — el de la *independencia indi-* « *vidual* y el de la *independencia provincial,* ó, en « otros términos, el *individualismo* y el *localismo*». Fuera de eso, «ignorancia supina, pobreza suma, « hábitos de inercia y desenfreno de todas las pa- « siones brutales. ¿Qué hacer? ¿Se puede acaso « con semejantes elementos *socializar* pueblo al- « guno por medio de la Constitución ó de la Dic- « tadura bárbara?» — Nada más exacto que las observaciones anteriores, cuyo desconocimiento, sistemático ó involuntario, ha causado males inmensos á nuestra patria. Echeverría se levanta á gran altura al penetrar sin temor en el examen de esta materia inflamada, retirando el hierro candente de la fragua, igualmente sordo á las amenazas del peligro y á las seducciones de la fama populachera. Su conciencia está tranquila, porque conoce cuán grande es la pureza de sus intenciones y cuán alto el nivel de su corazón. ¡Felices los que, como él, pueden dirigirse á sus compatriotas con estas palabras altivas y sentenciosas, que debieron cerrar, por su tono y por su franqueza, las réplicas al *Archivo Americano:* «Explicado el pensamiento « de Mayo, ó más bien hallada la clave histórica de « la doctrina, no me fué difícil abarcar de un punto « de vista único toda la sociabilidad Argentina, y « ponerme en estado de resolver por medio de ella « todas nuestras cuestiones sociales de un modo « satisfactorio y con una sola tendencia: — par- « tiendo de la tradición revolucionaria de nuestro « país, difícilmente podía extraviarme. Así lo hice « en la cuestión de enseñanza primaria y otras

« varias que he tocado en éste y anteriores escri-
« tos. Tal vez me haya equivocado; pero me que-
« dará al menos la satisfacción de haber sido entre
« nosotros el primero en hacer *tentativa* seme-
« jante, y en provocar investigaciones serias sobre
« este punto capital de filosofía política. Sensible
« es haya escapado á la penetración de esos espí-
« ritus preocupados que mencioné anteriormente,
« esa tentativa de un compatriota; — quizá su ra-
« cionalismo hubiera disipado mis errores, y hé-
« chonos la revelación de una doctrina social más
« profunda, más científica, más nacional que la que
« podamos concebir. Yo quisiera, entre tanto, pre-
« guntarles: — ¿qué han enseñado al pueblo sobre
« el pasado, qué luz le dán sobre el presente, qué
« le guardan para lo futuro?. . .»

El porvenir! he ahí la preocupación dominante en el espíritu de Echeverría. Preparar el corazón y el cerebro de los hombres del futuro, para que ellos asistan á la realización de sus sueños de patriota y de político, tal es la labor que le parece más urgente llevar á cabo en medio de las calamidades de su tiempo.

El *Manual de Enseñanza Moral,* como el *Dogma Socialista,* como las *Cartas á Angelis*, responde á las exigencias de este programa elevado. Como su mismo autor lo advierte, «aunque en « pequeñas proporciones, aquel tratado forma un « cuerpo de doctrina, y no es otra cosa que la « exposición lógica de los deberes principales del « hombre y del ciudadano, considerados de un « punto de vista filosófico y cristiano». Como se ve, la persistencia de Echeverría es admirable en el afán de divulgar los sanos principios de lo que él llama «el nuevo credo social». En todos sus escritos, domina el tono del convencimiento, la

seguridad incontrastable del que se cree poseedor de la verdad absoluta y de la palabra de redención. Su obra entera es, así, un ejemplo de virtud cívica y de pureza moral, y el *Manual de Enseñanza*, á pesar de su carácter didáctico, demuestra con claridad cuanta generosidad y cuanta grandeza encerraba el alma de aquel poeta instintivo, que trataba todas las cuestiones de la política y todos los problemas de la filosofía, como se ha dicho recientemente del conde Tolstoï, «meditando ante todo con su sensibilidad», sacando del fondo inconsciente del alma, del Dios interior que crea la fe del martir y la inspiración del artista, una forma de pensamiento brillante y poderosa, aunque por desgracia sujeta á contradicciones y desfallecimientos frecuentes, á eclipses y á rápidas ofuscaciones emocionales!

VII

Fuera de estas publicaciones de Echeverría, la colección de sus *Obras Completas,* no registra sino pocos fragmentos en prosa, cuyas principales ideas están contenidas en el análisis anterior. Su mención, detallada y cronológica, más que á la crítica, pertenece al dominio de la bibliografía. Ninguna de ellas puede desdeñarse como vulgar é incurablemente mediocre; pero las que tienen carácter político, son rasgos ó bocetos de ideas, que el autor no tuvo tiempo de esplayar. Uno solo de estos ensayos inconclusos, por su caráter especial y por su significación propia, merece detener nuestra atención. Es el cuadro realista del *Matadero*, una tela pintada á la manera de Goya, con empuje irresistible y con cruda violencia de colorido. Su tema puede encerrarse en pocas palabras: un joven unitario cae en medio de la horda federal de los matarifes de nuestros *Corrales,* y sometido á sus ultrajes, sucumbe ahogado por el furor y la impotencia. Sobre este frágil canavás, ha bordado Echeverría un cuadro de costumbres nacionales inolvidable y que por su acento de verdad y su dibujo firme y exacto, merece figurar entre los trozos *clásicos* de nuestra literatura.

Todo es nuevo, en efecto, en esta narración: al trazarla, como al escribir *La Cautiva*, Echeverría ha sentado inconscientemente las bases de un arte

literario original, inspirado en el espectáculo de nuestras costumbres, de nuestra naturaleza, de nuestras modalidades sociales. Y esa página admirable de *El Matadero,* tiene otro interés para los que aún hemos alcanzado á divisar el espectáculo que describe, en un día lluvioso de faena; un interés histórico y pintoresco que será apreciado cada vez más, á medida que pase el tiempo y que las costumbres que refleja se alejen y se borren, día á día, en los brumosos mirajes del pasado. Por nuestra parte, no podemos apreciar aún, por nuestra proximidad con la escena descripta, todo el mérito histórico de la pintura. Pero podemos admirar la sinceridad de los toques y la vida palpitante del conjunto, cualidades que por sí solas revelan el talento de Echeverría, y lo que las letras argentinas hubieran podido esperar de él si hubiera empleado sus excelentes facultades en el cultivo de la novela histórica ó de costumbres sociales. Cerrad los ojos después de leer detenidamente los párrafos siguientes, y os parecerá presenciar la escena descripta por el poeta, con un franco naturalismo que transporta la imaginación á los procedimientos de los más altos representantes contemporáneos, de la escuela de Flaubert y de Zola:

« La perspectiva del *matadero,* á la distancia, era grotesca, llena
« de animación. Cuarenta y nueve reses estaban tendidas sobre
« sus cueros y cerca de doscientas personas hollaban aquel sue-
« lo de lodo, regado con la sangre de sus arterias. En torno de
« cada res, resaltaba un grupo de seres humanos de tez y raza
« distinta. La figura más prominente de cada grupo era el car-
« nicero, con el cuchillo en mano, brazo y pecho desnudos.
« cabello largo y revuelto, camisa, chiripá y rostro embadur-
« nados de sangre. A sus espaldas, rebullían caracoleando y
« siguiendo sus movimientos, una comparsa de muchachos, de
« negras y mulatas *achuradoras,* cuya fealdad trasuntaba las

« harpías de la fábula; y entremezclados con ellas, algunos
« enormes mastines, olfateaban, gruñían ó se daban de tarasco-
« nes por la presa. Cuarenta y tantas carretas toldadas con ne-
« gruzco y pelado cuero, se escalonaban irregularmente á lo largo
« de la playa, y algunos jinetes, con el poncho calado y el lazo
« prendido al tiento, cruzaban por entre ellas al tranco ó recli-
« nados sobre el pescuezo de los caballos, echaban una mirada
« indolente sobre aquellos animados grupos, al paso que más
« arriba, en el aire, un enjambre de gaviotas blanquiazules que
« habían vuelto de la emigración al olor de la carne, revolotea-
« ban cubriendo con su disonante graznido todos los ruídos y
« voces del *matadero* y proyectando una sombra clara sobre,
« aquel campo de horrible carnicería. Esto se notaba al princi-
« pio de la matanza. Pero, á medida que adelantaba, la pers-
« pectiva variaba; los grupos se deshacían, venían á formarse
« tomando diversas actitudes y se desparramaban corriendo como
« si en el medio de ellos cayese alguna bala perdida ó asomase
« la quijada de algún encolerizado mastín. Esto era, que mien-
« tras el carnicero en un grupo descuartizaba á golpe de ha-
« cha, colgaba en otro los cuartos en los ganchos de su carreta,
« despellejaba en este, sacaba el sebo en aquel, de entre la chus-
« ma que ojeaba y aguardaba la presa de *achura* salía de cuan-
« do en cuando una mugrienta mano, á dar un tarazón con el
« cuchillo al sebo ó á los cuartos de la res, lo que originaba
« gritos y explosión de cólera del carnicero y el continuo hervi-
« dero de los grupos, — dichos y gritería descompasada de los
« muchachos.

« — Ahí se mete el sebo en las tetas, la tía, gritaba uno.

« — Aquel lo escondió en el *alzapón*, replicaba la negra.

« — Ché! negra bruja, salí de aquí antes que te pegue un tajo, —
« exclamaba el carnicero.

— « Que le hago ño Juan? no sea malo! Yo no quiero sino la
« panza y las tripas.

« — Son para esa bruja: á la m.....

« — A la bruja! á la bruja! repitieron los muchachos: se lleva
« la *riñonada* y el *tongori!* Y cayeron sobre su cabeza sendos
« cuajos de sangre y tremendas pelotas de barro.

« Hacia otra parte, entretanto, dos africanas llevaban arras-
« trando las entrañas de un animal; allá una mulata se alejaba
« con un ovillo de tripas y resbalando sobre un charco de san-

« gre, caía á plomo, cubriendo con su cuerpo la codiciada presa.
« Acullá se veían acurrucadas en hilera 400 negras destejiendo
« sobre las faldas el ovillo, y arrancando uno á uno los sebitos
« que el avaro cuchillo del carnicero había dejado en la tripa
« como rezagados, al paso que otras vaciaban panzas y vejigas
« y las henchian de aire de sus pulmones para depositar en
« ellas después de secas, la achura.

« Varios muchachos, gambeteando á pie y á caballo, se daban
« de vejigazos ó se tiraban bolas de carne, desparramando con
« ellas y su algazara la nube de gaviotas que columpiándose en el
« aire celebraban chillando la matanza. Oíanse á menudo, á pesar
« del veto del Restaurador y de la santidad del día, palabras
« inmundas y obscenas vociferaciones preñadas de todo el ci-
« nismo bestial que caracteriza á la chusma de nuestros matade-
« ros. De repente caía un bofe sangriento sobre la cabeza de
« alguno, que de allí pasaba á la de otro, hasta que un deforme
« mastín lo hacía buena presa, y una cuadrilla de otros, por si
« estrujo ó no estrujo, armaba una tremenda de gruñidos y mor-
« discos. Alguna tía vieja salía furiosa en persecución de un mu-
« chacho que le habia embadurnado el rostro con sangre, y acu-
« diendo á sus gritos, los compañeros del rapaz, la rodeaban y
« azuzaban como los perros al toro, y llovían sobre ella zoque-
« tes de carne, bolas de estiércol, con groseras carcajadas y
« gritos frecuentes, hasta que el juez mandaba restablecer el or-
« den y despejar el campo.

« Por un lado, dos muchachos se adiestraban en el manejo
« del puñal tirándose horrendos tajos y reveses; por otro, cuatro
« ya adolescentes ventilaban á cuchilladas el derecho de una
« tripa gorda y un *mondongo* que habían robado á un carnicero;
« y no de ellos distantes, una cantidad de perros flacos ya de
« la forzosa abstinencia, empleaban el mismo medio para saber
« quien se llevaría un hígado envuelto en barro. Simulacro en
« pequeño, del modo bárbaro con que se ventilan en nuestro país
« las cuestiones y los derechos individuales y sociales. En fin,
« la escena que representaba el *matadero* era para vista no para
« descripta ».

....

Como se ve, no hemos exagerado al decir que las páginas de *El Matadero* son de las que, en un

país que se encuentra en las condiciones del nuestro, están destinadas á formar literatura, del mismo modo que *La Cautiva* y los poemas del mismo autor sobre *La Revolución del Sud* y *Avellaneda;* las poesías gauchescas de Hidalgo, de Ascasubi y del Campo; la *Amalia* de Mármol; los cantos de Gutiérrez, de Domínguez y de Cuenca; y, más cerca de nosotros *Lázaro* y *La Fibra Salvaje,* algunas fantasías líricas de Andrade, la dulce *Nenia* de Guido Spano, la espiritual *Excursión á los indios Ranqueles* de Mansilla, las hermosas é inspiradas tradiciones poéticas de Obligado, los dramas y poesías de Coronado, y una que otra narración novelesca ó legendaria de Quesada, de Zeballos, de Mitre, de Carranza, de Don Vicente Fidel López. (I) No entra en los límites de nuestro ensayo el estudio detenido de este interesante punto literario que señalamos, por el momento, á la curiosidad de los jóvenes escritores argentinos. Hagamos notar, solamente el carácter original de la tentativa de Echeverría, sin persistir en un examen detenido de ella, que sería inútil y contraproducente porque para apreciarla en todo su valor, es necesario recorrer detenidamente el texto del autor.

Por lo demás, el cuadro de *El Matadero,* nos hace penetrar de golpe en el conocimiento de las ideas artísticas del poeta de *La Cautiva.* Ellas se encuentran diseminadas en escritos fragmentarios y de género diverso; prólogos de sus primeras publicaciones poéticas *(Elvira, Los Consuelos, Las Rimas, La Cautiva),* esbozos de estudios sobre estética; manifiestos literarios sobre las excelencias

(I) Por ejemplo, *La Loca de la Guardia,* preciosa novelita que se publicó en «El Nacional» y que el autor no ha vuelto á reproducir en forma de libro, por una extraña ingratitud.

y virtudes de la escuela romántica que había alentado los primeros balbuceos rítmicos de Echeverría, en la época fulgorosa de la *batalla de Hernani,* del «cenáculo de la Rue Royale» y del «Prefacio» de *Cromwell.* En sustancia se reducen á un corto número de opiniones que trataremos de reseñar.

Echeverría, tiranizado por la lógica inflexible de su programa de regeneración social, en materia literaria y artística, tomó como base una de las palabras simbólicas del *Dogma:* «Emancipación del espíritu americano». La adopción de esta actitud, le fué tanto más facil, cuanto que su educación europea se hizo en pleno desenvolvimiento revolucionario del romanticismo francés. Así, la anhelada libertad intelectual de las regiones del Plata adopta para él dos aspectos que se completan y compenetran: *independencia de forma,* ó sea, sujeción á los principios de la escuela romántica; *independencia de fondo,* ó sea, adaptación de la obra artística argentina al carácter de nuestra naturaleza y de la civilización de nuestro pueblo. Esto, en lo que respecta á la parte *esencial* de la producción artística. En cuanto á su carácter *particular,* Echeverría cede á las sujestiones del propagandista y del escritor doctrinario, dotándola de una tendencia *social,* moralizadora y, hasta cierto punto, didáctica y pedagógica. Oigámoslo: «No tiene el arte por «blanco exclusivo como las ciencias y la industria, «lo útil; como la religión, interpretar la fe que nos «liga al creador; como el estado, hacer reinar la «justicia. Es del arte discernir, tanto en lo físico «como en lo moral; tanto en la criatura como en «sus actos; tanto en lo finito como en lo infinito, — «lo más bello, heróico y sublime, lo más noble y «generoso, y aplicarse á representarlo en forma «visible, con animados colores, haciendo uso de

« los instrumentos adecuados. *Es del arte glorifi-*
« *car la justicia, dar pábulo á los elevados y gene-*
« *rosos afectos, hacer el apoteosis de las virtudes*
« *heróicas, fecundar con el soplo de la inspiración*
« *los sentimientos morales; los principios, las ver-*
« *dades filosóficas, y poniendo en contraste* el dua-
« lismo del hombre, la perpétua lucha del espíritu
« y la carne, de los apetitos sensuales y los deseos
« infinitos, hacer resaltar su dignidad moral y su
« grandeza ».

Como se ve, la expresión de los juicios anteriores, aparta no poco á Echeverría, del credo romántico que preconiza con entusiasmo en sus *Estudios Literarios* y de la teoría del «arte por el arte». No obstante esta divergencia fundamental, la apología del romanticismo, trazada por Echeverría, no hace sino seguir paso á paso, la declaración de principios del pontífice de la nueva pléyade, contenida en el *Prefacio* de *Cromwell* en las líneas siguientes: « Martillemos las teorías, las poé-
« ticas y los sistemas. Arrojemos ese viejo rebo-
« que que enmascara la fachada del arte; no hay
« ni reglas ni modelos; ó más bien, no hay otras
« reglas que las leyes generales de la naturaleza
« que se ciernen sobre el arte entero, y las leyes
« especiales que, en cada composición, resultan de
« las condiciones de existencia relativas á cada
« tema ». En suma, para Hugo, como para Echeverría, el romanticismo no es sino el « liberalismo en literatura », y esta condición característica de su existencia, lo hace benéfico é ireemplazable, en un país nuevo, imbuído en los ideales del nuestro y apto para ensayar en él los principios de una regeneración social y moral.

En sus *Reflexiones sobre el Arte,* Echeverría, indica, á propósito de la Poesía, que se « aventurará

« á señalar el camino que, á su modo de ver, debe « seguir ese arte, á hacer algunas conjeturas sobre « su porvenir en nuestro país ». Por desgracia, este programa interesante, no fué realizado por el distinguido escritor. Las líneas que siguen á la exposición de ese tema nuevo y profundo, se pierden en vaguedades y en lucubraciones de una fácil filosofía y de un estilo figurado é imaginativo, sobre el arte pagano y el cristiano, el arte antiguo y el moderno, las grandes civilizaciones asiática, greco-romana y moderna. Esto es, sin duda, más fácil que dilucidar una cuestión abstracta, complicada y de facetas diversas. Por lo demás, en el caso de Echeverría, la omisión es disculpable. Ha hecho más que dejar consignadas teorías para cuya enunciación, después de todo, no se requiere cualidades extraordinarias. Su poema de *La Cautiva,* por sí solo, es un sistema y una muestra de lo que puede alcanzarse cuando se une el talento á la inspiración. Los programas pomposos, las declamaciones ditirámbicas, están al alcance de cualquier escritor mediocre. Lo que es privilegio exclusivo del artista de raza, es la creación original, hermosa é imperecedera, de una obra que lleva en sus entrañas el germen de la vida, y se sobrepone á las injurias del tiempo y á los vaivenes de la moda caprichosa.

CUARTA PARTE

Análisis de las obras poéticas de Echeverría.

I

Examinadas las dotes del prosador, detengámonos en la contemplación del poeta. Independicemos nuestro juicio de toda sugestión extraña, de toda influencia despótica, y contemplemos frente á frente, libres de preocupaciones é ideas adquiridas, su obra vasta, incompleta y desigual. Nuestra primera impresión es desagradable y penosa. El mismo espíritu generoso que ha servido de Mecenas á su memoria, no puede menos de confesar que, en su poesía, «está íntimamente mezclado el oro de bue-« na ley con materias humildes,» que «Echeverría « ha dormitado frecuentemente en sus poemas ex-« tensos, y entre los ocho mil versos que contiene « el *Angel Caído,* por ejemplo, es conveniente « pasar por alto una gran parte». A primera vista, estas reservas parecerán alarmantes para los que juzgan á la mayoría de nuestros escritores, con un criterio puramente patriótico, sin haber penetrado en la intimidad de sus producciones. Cómo! he ahí el padre de nuestra poesía nacional, el iniciador y el verdadero maestro de toda esa pléyade brillante que llega desde Mármol hasta Ricardo Gutiérrez, Andrade y Guido Spano! ¿Y es á un espíritu de esa talla que se atreve á medir y analizar la crítica en vez de considerarlo impecable é indiscutible? Por nuestra parte,—si la objeción nos fuera hecha — responderíamos que deploramos el celo

exajerado de los editores de Echeverría, al dar á luz muchos de sus escritos, que reclamaban una discreta penumbra, y que hoy no resisten al examen más desapasionado y respetuoso.

No es posible, en efecto, leer la obra poética del «dulce ruiseñor de Los Consuelos», sin un leve sentimiento de melancolía! ¡Cuántas tentativas infantiles, malogradas por una inconcebible pereza intelectual! ¡Qué abundancia de versos disonantes, flojos, cascados, sin timbre y sin elegancia, pululan en las páginas de *Elvira,* de *La Guitarra,* de *El Angel Caído!* Por una estrofa valiente, rotunda y armoniosa, nos vemos obligados á soportar largas tiradas de prosa rimada, sin brillo y sin calor. La facilidad aparente de la versificación traiciona constantemente al poeta. Falta concentración en sus ideas, relieve y cinceladura en sus imágenes, pureza y nitidez en su lenguaje. Su forma es, á cada paso, floja y descuidada; y en poesía como en todos los géneros literarios, solo son dignas de vivir las obras de estilo irreprochable. No busquemos una disculpa en la generalidad del mismo mal difundido en los contemporáneos de Echeverría. La mayoría de ellos, han muerto más ó menos como poetas. Echeverría subsiste, porque á despecho de estas deficiencias lamentables, su inspiración ingénua y nativa, lo salva, deteniéndolo y alzándolo cuando roza el borde del abismo. Sus versos en general son musicales, más por el ritmo que por el dominio de una armonía sabia, variada é inefable. La verdad es que ignora los secretos del arte, las sutilezas y las perfecciones del verso sencillo y al mismo tiempo infinitamente labrado, en que se unen la fortaleza y la gracia, en que la precisión de la imagen se completa con el tono grave de la reflexión filosófica, — maravillas de ejecución

indispensables para dar su verdadero carácter á la poesía, que, despojada de estos atractivos, se reduce á un vago sonsonete de palabras destituídas del hondo prestigio de la belleza de la forma, en su mayor grado de esplendor y de encanto.

Y ciertamente, sufrimos al tener que hacer este género de reproches. La crítica europea los ignora, porque casi nunca se ve obligada á expresarlos. Un escritor puede ser más ó menos elegante en su expresión, poseer más ó menos profundamente la ciencia del estilo; pero ninguno llega hasta el punto de tener que soportar el ataque por versos mal medidos, ó tachados de vulgar é imperdonable prosaismo. Nuestros mismos poetas, hasta los más descuidados, se salvan casi siempre de esa insinuación deprimente. En este sentido, Echeverría se manifiesta inferior á la mayor parte de ellos; desde Don Juan Cruz Varela, que era un brillante estilista, hasta el mismo Andrade, cuyas incorrecciones en nada disminuyen la grandeza de su poesía y la sonoridad rotunda de sus más discutibles estrofas. Un joven escritor explica esta mediocridad de Echeverría, atribuyéndola á las siguientes causas: «Echeverría no acertó á librarse de la « imitación romántico-francesa, — dice, — como se « libró de la pseudo-clásica española, y pensando « en francés, escribió en castellano de mediana ley. « De aquí, y no de sus malas condiciones de versi- « ficador, como erróneamente se ha supuesto, nace « lo encogido de su frase y de su verso, su falta de « fluidez, facilidad y soltura. Afrancesado su pen- « samiento por influjo del deslumbrador romanti- « cismo, ya no pudo hallar en moldes castellanos « su manifestación natural y espontánea. «Acepte- « mos de España su hermosa lengua» — dice — « Pero ¡qué! ¿Puede aceptarse una lengua recha-

« zando á la vez de todo en todo el pensamiento, « el modo de imaginar y de sentir y de expresar, « que de consuno la enjendraron, amamantaron y « desarrollaron hasta el altísimo grado de perfec- « ción en que hoy se encuentra? La lengua no es « un ropaje exterior, susceptible de sacarse, po- « nerse y cambiarse á voluntad, sino la expansión « inmediata que lleva embebida esencialmente el « alma del pueblo que la posee ». (I) Algo de cierto hay en la explicación anterior; pero la razón aducida en ella, no basta para explicar la debilidad frecuente del estilo de Echeverría. Su misma ignorancia del idioma es relativa. Andrade, á quien hemos mencionado antes, y cuyas metáforas son tomadas frecuentemente de Victor Hugo, escribía en un español menos puro, lo que no impide que sus cartas nos admiren por la grandiosidad y la elocuencia de su forma métrica. El verdadero artista, el artista genial, amolda y funde la lengua de que hace uso para las necesidades de su creación. Echeverría, por otra parte, no carece hasta ese punto del conocimiento del castellano, ni su residencia en Francia fué tan larga que le permitiera inocularse de un modo definitivo y completo el espíritu de aquel país. Lo que le ha faltado como á muchos de nuestros poetas, es la conciencia respetuosa y exigente de la obra artística, la labor implacable y tenaz que no se desalienta ni desanima, que sacrifica sin piedad y corta en la carne viva de la producción mediocre ó contrahecha, la energía de una crítica severa aplicada al fruto del espíritu, sin atenuaciones ni condescendencias paternales. Hoy mismo, cualquier poeta celoso de la forma, que penetrara armado del hacha de desmonte, en la

(I) C. OYUELA. -- *Carta á Rafael Obligado.*

selva frondosa de sus cantos y poemas, después de echar abajo las ramas marchitas, las lianas enfermizas, los frutos prematuramente heridos por el gusano, reduciendo en una tercera parte el desarrollo de su follaje, haría resaltar doblemente las bellezas de Echeverría, permitiría descubrir muchas flores delicadas que hoy están ocultas por malezas impenetrables, muchos paisajes hermosos que hoy están deslucidos por la invasión tumultuosa de las malas yerbas y los estériles matorrales.

II

Refiriéndose al último poeta laureado de Inglaterra, ha escrito Taine que «la gran cuestión para «un artista es encontrar temas que convengan á «su talento». Echeverría no siempre ha tenido esta buena fortuna. Todo lo que pertenece al dominio de la sicología, al análisis de la vida interna, á la expresión refinada é íntima del drama de la conciencia es, en él, mediano y poco inspirado. Así sucede con *Elvira, La Guitarra* y muchos fragmentos de *El Ángel Caído.* En el poema de *Avellaneda,* decae sensiblemente al penetrar en el análisis de los sentimientos de su héroe — ¡qué tema para un gran poeta!—en las horas que preceden á la de su martirio. Para llegar al alma de sus personajes, apela invariablemente al recurso gastado de los sueños, lo que le permite presentar como visiones del letargo, toda clase de cuadros é imágenes sonrientes ó terribles. Lo menos discutible de su obra, es la pintura del mundo exterior, es su apasionado culto de la naturaleza de su patria. Acierta algunas veces en la aglomeración de las masas, en la perspectiva de los horizontes lejanos, mostrando el lujo de la flora tropical con igual intensidad que la majestad solemne y silenciosa de la llanura. Es un apreciable poeta descriptivo, un pintor de telas extensas en que los detalles se pierden en el conjunto, sin quitar á éste su relativa gran-

diosidad y su belleza. Su obra poética más acabada y original, *La Cautiva,* en sí misma, no es sino el cuadro del desierto sorprendido en varios de sus aspectos y cruzado por dos sombras dolientes y enamoradas. En el poema de *Avellaneda,* nada es más bello que el dulce comienzo que recuerda la melodía de la «canción de Mignon». Y así, sucesivamente, en el examen de sus demás obras veremos como resaltan la variedad y la abundancia de sus pinturas, y como se acerca casi siempre á la verdadera poesía, cuando se absorbe en la contemplación del mundo exterior.

Sus primeros ensayos son difíciles y carecen de todo mérito. *Elvira ó la novia del Plata,* es la historia infantil de dos almas unidas por el amor y separadas por la muerte. Elvira ama á Lisardo con todo el ardor y la pureza de la virginidad; y Lisardo por su parte, jura llevar á su amada al tálamo nupcial en versos de tan mal estilo que solo como una deplorable muestra de las debilidades de Echeverría, merecen la pena de citarse:

Tú serás mía —
Tierno decía
Lizardo á Elvira;
Aunque el destino
Cierre el camino
De mi ventura,
La pura llama
Que al sol inflama,
Antes, Elvira,
Que mi ternura
Se extinguirá,
Serás mi esposa
Y el Himeneo
Nuestro deseo
Satisfará;
Que aunque el destino

Cierre el camino
De mi ventura
La llama pura
De mi ternura.
No extinguirá.

Sin embargo, un cruel presentimiento traspasa el corazón de la dulce amante, presentimiento que se exhala en tristes endechas evocando ante su mente la imagen de un arbusto nacido á orillas de un manso arroyo, que lo descuaja con furor y lo arrastra entre sus ondas. « Así dura todo bien, « piensa Elvira; así, en los vaivenes de la incons- « tante fortuna, nace y muere la esperanza y el « amor »; ó, como escribe Gautier, en una de sus más fáciles elegías:

Le monde est fait ainsi: ¡loi suprême et funeste!...
Comme l'ombre d'un songe, au bout de peu d'instants,
Ce qui fait plaisir fuit, ce qui fait peine reste:
La rose vit une heure et le cyprés cent ans!

Además, el corazón de Elvira se siente opreso al recordar un sueño amenazante que ha amargado las horas de su reposo: en él, ha visto dos corazones que al ir á unirse « ante el ara augusta del sacro Dios », son separados por el negro brazo de un esqueleto. En vano trata su enamorado de consolarla y apartar de su pensamiento la fúnebre pesadilla: ella escucha entristecida sus palabras de cariño:

Esas tristes imágenes olvida,
Visiones de la mente en desvarío;
Huya de tu *halagüeña fantasía*
La sombra del pesar, Elvira mía,
Pues tu destino al mío
Colmando nuestros votos y deseo,
Va á unir por siempre plácido Himeneo.

Nuestras almas, Elvira, abandonemos
Al júbilo, al placer, y á la alegría,
Á los trasportes del amor supremos:
Tuyo por siempre soy, y tu eres mía!

La fantasía de Elvira, lejos de estar *halagüeña,* acaba por envolver en sus sombras á Lisardo que retirado «en su campestre albergue», mientras el cielo se cubre de nubes anunciando una tempestad, cree escuchar un acento fúnebre que le repite:

Como la flor del campo, tierna y pura,
Así el amor y la esperanza dura!

Estremecido de pavor, Lisardo, escucha el tañido del fatídico bronce «que señala la hora fatal de los j« espíritus malignos». Sale á su balcón acongotado á contemplar los primeros estallidos de la aempestad, cuando una visión nocturna se presenta «nte su vista, «é hiriendo sus ojos, absorvió su v mente». Nos parece que todo este vago, falso y dulgar poema, no ha sido escrito sino con el objeto ge intercalar en él, la danza macabra, de origen oermánico, que hace desfilar Echeverría ante los jos espantados de Lisardo. Por lo menos, este trozo, que no es muy notable de suyo, se destaca con algún relieve, en medio de la monotonía y exageración teatral de los versos que lo preceden. Un soplo de Bürger, de Schiller, de Goëthe mismo, ha pasado sobre el espíritu del poeta, sugiriéndole la idea de pintar la terrible escena; pero, sobre todo, es el recuerdo de *La ronde du sabbat* de Víctor Hugo, el que más hondamente ha gravado su influencia en esa parte del poema de Echeverría. Recorred los siguientes versos y en ellos escuchareis un eco vago de la retórica soberbia y esplendorosa del maestro francés:

Del espeso bosque y prado,
De la tierra, el aire, el cielo,
Al fulgor de fátuas lumbres
Con gran murmullo salieron
Sierpes, Grifos y Demonios,
Partos del hórrido averno,
Vampiros, Gnomos y Larvas,
Trasgos, lívidos espectros,
Ánimas en pena errantes,
Vanas sombras y esqueletos
Que en la tenebrosa noche
Dejan sus sepulcros yertos,
Hadas, Brujas, Nigromantes,
Cabalgando en chivos negros,
Hienas, Sanguales y Lamias,
Que se alimentan de muertos,
Aves nocturnas y mónstruos
Del profundo turbios sueños,
Precita raza que forma
De Lucifer el cortejo;
Todos, todos blasfemando
Con gran tumulto salieron,
De infernales alaridos
Llenando el espacio inmenso!

La semejanza de inspiración y de tema no puede ser más grande. ¡Ojalá se acercara tanto la perfección del estilo!

. . . . . .

Voilá que de partout, des eaux, des monts, des bois,
Les Larves, les Dragons, les Vampires, les Gnomes,
Des monstres dont l'enfer rêve seul les fantômes,
La sorciere echapée aux sepulcres deserts,
Volant sur le bouleau qui siffle dans les airs,
Les Necromants, parés de tiares mistiques
Où brillent flamboyants les mots cabalistiques,
Et les graves démons, et les lutins rusés....
Entrent dans le vieux cloître où leurs flots tourbillonnent!...

Las estrofas de la *Balada* de Víctor Hugo, terminan todas con un sonoro y lúgubre ritornelo:

Et leurs pas ébranlant les arches colossales,
Troublent les morts couchés sous le pavé des salles.

Echeverría adopta una forma análoga, interrumpiendo los versos de su romance con esta estrofa mediocre que vuelve como un *Leitmotiv* en el curso de la descripción fantástica:

Y el eco de los vientos penetraba,
Resonando con hórrida armonía,
De Lisardo en la estancia, que miraba
Como pasmado, la visión sombría!...

Por fin, las claridades del alba y el canto del gallo, hace que se desvanezca la ronda tenebrosa. La fiebre consume al desdichado Lisardo que, rendido por el cansancio, cae al fin en un sopor interrumpido por nuevos desvaríos. Así, el poema de *Elvira* se reduce á una sucesión de pesadillas. Su musa parece la del *Smarra* de Charles Nodier. En el último asalto del delirio nocturno, Lisardo contempla una sucesión de fantasmas y de esqueletos que llevan sobre sus hombros « engalanado y « vestido, el espectro de una doncella». Naturalmente, esa imagen sombría anuncia al amante desventurado la pérdida definitiva de su ilusión; y á la mañana siguiente, al encontrarse con la fúnebre comitiva que conduce en un ataúd el cuerpo exánime de su novia, Lisardo comprende para su mal, cuan fragil es la dicha sobre la tierra, pensamiento de incurable miseria que expresa el poeta, en los siguientes versos, al terminar su obra juvenil:

Así se desvanece la esperanza
Que dió un instante á la existencia vida,
Y el encanto de amor y la hermosura
Como flor del desierto solo dura!

III

La Guitarra es también un ensayo ridículo y malogrado. La prosa abunda en sus mejores trozos. Su argumento es pobre, con detalles extravagantes. La heroina del poema, «Celia, tenía diez y ocho años y era bella», feliz al parecer, rodeada de todos los halagos de la vida. Sin embargo era desgraciada,

. . . . . porque el tesoro
Que apetecen las almas afectivas,
El soplo engendrador que las fecunda,
El aliento vital que las anima;

Lo que las hace delirar de pena,
Lo que las hace palpitar de dicha,
Lo que despierta en ellas sin saberlo
Deseos y esperanzas infinitas;

Lo que transforma en vasto paraíso
La mansión solitaria donde habitan,
O en palacio encantado donde se oye
Concierto de inefables armonías;

El amor, y sus ánsias y deleites,
Ella que tierno corazón abriga,
Que nació para amar y ser amada,
Sintiéndolo ideal, no conocía.

La estrofa anterior es deplorable, pero sirve para indicarnos la causa de la tristeza que oprime á Celia. Casada con un hombre á quien no ama, ella

sofoca las expansiones de su corazón juvenil, y busca en la armonía de su guitarra un consuelo y un lenitivo á la soledad y el vacío de su existencia. Romántica y desencantada, Celia cuenta sus confidencias á la luna y lanza al aire sus endechas, como el ave cautiva á quien falta espacio para desplegar las alas. Por su parte Ramiro, — aficionado también á la guitarra — no pierde oportunidad de arrullar sus cuitas con las dulces melodías de su instrumento. Naturalmente, el alma de dos melómanos tan apasionados, solo necesita una chispa para incendiarse. Una noche clara y tranquila, Ramiro pasea por las calles solitarias, entregado á las dulzuras de la divagación, cuando llegan á sus oidos los ecos del canto quejumbroso de la tórtola oculta y se detiene á escucharlos:

. . . . . .
Entre mis venas corre
Quitándome el sosiego,
De comprimido fuego
El devorante ardor;
Pero una voz secreta
Me dice: Infortunada,
Vivirás condenada
A eterno desamor!
Como muere la antorcha
Escasa de alimento
Así morir me siento
En mi temprano albor;
Ningún soplo benigno
Dá fuerzas á mi vida,
Pues vivo sumergida
En triste desamor!
. . . . . .

La confesión era bastante franca. Ante ella, el más rústico doncel, hubiera sentido el corazón atravesado como lo sintió Ramiro, sin conocer á

la incógnita que se expresaba de tan triste manera. Pocos días después el amante melancólico salió una tarde «en un bizarro alazán» que, según ingenuamente lo hace notar Echeverría «cuando joven en la pampa, pació la grama y el trébol» función modesta que realizan todos los caballos de nuestra tierra. Llegó á una «quinta» lejana, donde había una numerosa reunión de hermosas porteñas. Una de ellas toma la guitarra y hace gemir sus cuerdas quejumbrosas con notas que sobresaltan el corazón de Ramiro. A su vez, éste, «pulsó las fibras sonoras», y todos quedaron suspensos de su armonía. No ofenderemos la perspicacia del lector diciéndole que Ramiro reconoció inmediatamente en la hermosa artista á su desconocida sirena. Celia, por su parte, premió su habilidad «con un suspiro del alma» que colmó á Ramiro «de amor, de júbilo y de gloria».

Es necesario seguir pacientemente el desarrollo de este cuento... árabe... Celia, semejante á la *Parisina* de Lord Byron, duerme y una pesadilla la traiciona, mientras su esposo como buen viejo ladino y escamado, escucha su confidencia que tiene todas las preciosidades y detalles empalagosos de una émula de Corina. ¡Qué cuadro terrible el que pinta el poeta inglés, con la concisión metálica de su verso cortado, áspero, que alcanza una profunda intensidad en ese pasaje tenebroso! La situación está diseñada en líneas rígidas y como trazadas de un solo golpe. La dulce enamorada, en vez de caer en las tentaciones del «tema» retórico, balbucea apenas un nombre, y esto basta para que la tempestad contenida estalle con indómito furor en el alma del príncipe traicionado...

«El la oprimió durmiendo sobre su pecho, y «puso atención á cada una de sus palabras entre-

« cortadas. ¿Por qué se estremece el principe Azo,
« como si oyese la voz del Arcángel? Ah! bien
« pudo hacerlo; una más lúgubre sentencia podía
« escasamente fulminarse sobre su tumba, cuando
« despertara para no dormir de nuevo, parado
« ante el eterno trono. ¡Bien puedo hacerlo!: Su
« paz terrestre está condenada á concluir al escu-
« char ese acento... Aquel soñoliento susurro de
« un nombre, manifiesta su culpa y la vergüenza de
« Azo... ¡Y de quien es este nombre, que resuena
« sobre su almohada, terrible como el choque de
« la ola que arroja una tabla sobre la ribera, y es-
« trella en la roca puntiaguda al desventurado náu-
« frago que se hunde para siempre?... ¡Así chocó
« la ofensa contra su alma!... De quien es ese
« nombre? Es el de Hugo, el suyo propio;... por
« cierto no lo había imaginado. Es el de Hugo; el
« hijo de una doncella á quien amaba; su mismo
« malhadado hijo — el fruto de su caprichosa juven-
« tud... Arrancó el puñal de la vaina, pero tornó á
« guardarlo antes que la hoja estuviera de todo
« desnuda... Por indigna que fuera ya de respirar,
« no pudo destruir una obra tan hermosa. Aun
« más; no quiso despertarla. Pero arrojó sobre
« ella tal mirada que si hubiera salido de su arro-
« bamiento, sus sentidos helados habrían vuelto á
« caer en el sopor; y la luz ardiente de la lámpara
« alumbró sobre su frente gruesas y húmedas gotas
« de sudor que caían como un rocío. Ella no habló
« más — pero siguió durmiendo — mientras en el
« pensamiento de Azo sus días estaban contados».

. . . . . .

He hears — Why doth Prince Azo start,
As if the Archangel's voice he heard?
And wel he may — á deeper doom
Could scarcely thunder o'er his tomb,

When he shall wake to sleep no more,
And stand the eternal throne before.
And well he may — his earthly peace
Upon that sound is doom 'd to cease.
That sleeping whisper of á name
Bespeaks her guilt and Azo's shame.

. . . . . .

. . . . . .

And whose that name? 't is Hugo's — his —
In sooth he had not deem 'd of this!
'Tis Hugo's, — he the child of one
He loved — his own all — evil son —
The offspring of his wayward youth...

. . . . . .

He pluck 'd his poniard in ils sheath
But sheath 'd it ere the point was bare —
Howe' er unworthy now to breathe,
He could not slay a thing so fair —
At least, not smiling — sleeping — there:
Nay more, — he did not wake her then,
But gazed upon her with á glance
Which had she roused from her trance
Had frozen her sense to sleep again;
And o'er his brow the burning lamp
Gland 'd on the dew — drops big and damp.
She speak no more—but still she slumber 'd —
While in his thought, her days are number 'd!

. . . . . .

La comparación del anterior fragmento de *Parisina,* con el pasaje análogo de *La Guitarra,* es curioso no solamente por señalar una imitación que es frecuente en Echeverría, sino como ejemplo de la diferencia de gusto y de estilo que hace tan inferior el cuadro bosquejado por nuestro poeta nacional. La sobriedad de Byron, al hacer pasar á través de los labios de su bella heroina, el soplo tímido de un nombre acusador, es sustituida por Echeverría con un trozo de retórica afectada que

recuerda el alambicamiento de estilo de Belise y Philaminte, desvanecidas ante el soneto de Trissotín «Sobre la fiebre de la princesa Urania»:

Ah! tout doux, laissez-moi, de grâce, respirer...

Recorramos la confesión de Celia, con toda su grandiosidad y abundancia meridional de palabras y de expresiones más ó menos prosaicas:

Celia dormía y soñaba...
Su esposo al lado despierto
Observaba con asombro
La agitación de su sueño;
Su alma flotaba dudosa
Y ya la rabia y los celos
Hervir, palpitar hacían
Sus arterias y su pecho;
Ya creía alucinado
Que las caricias y besos
Que dormida le prodiga
Eran del cariño efecto.
Entre dientes murmuraba
Un nombre... ¿Quién será, cielos?
Decía él y un sudor frío,
Y como chispas de electro,
Por sus entrañas corrían;
Y ella con halagos nuevos
De su corazón calmaba
Los impetuosos recelos.

Celia decía: — «Huye, cese
« Por piedad, de tu instrumento
« Esa hechicera armonía
« Que en mí derrama un incendio...
« No puedo amarte... mi esposo...
« ¿Lo veis, lo veis, con que ceño
« Tan iracundo me mira
« Porque yo amarle no puedo?
« Mi corazón desdichado
« Por siempre al amor ha muerto...

« El himeneo me liga...
« A otro hombre yo pertenezco...
« ¡Oh si yo pudiera amarte!
« ¡Qué dicha! el amor que siento,
« Este amor que sofocado
« Es de mi vida el infierno,
« Tuyo sería; sería...
« Tuyo cuanto yo poseo...
« ¡Con qué gusto y que delicia
« Te estrecharía en mi seno!
« Mis halagos mis caricias,
« Mi vida... ven, que me muero...
« Escucha; mi esposo, el lazo
« Sacrosanto de himeneo,
« El deber, la virtud, mira!...
« Son obstáculos eternos
« Que entre yo y tú se interponen...
« ¡Dios mío! ven, que me muero!... »

Como se ve, la heroina de *La Guitarra* es francamente expresiva en la pintura de su pasión desbordada. En cambio, no pronuncia el nombre de Ramiro, aunque con lo trascripto basta para enardecer la sangre del más flemático de los maridos engañados:

Al oir estas palabras,
Delirios de amor intenso,
Interrumpidas á veces
De suspiros y silencio,
Que revelaban de su alma
Los más íntimos secretos, —
Dejó la cama su esposo
La sangre en furor hirviendo,
Y echando mano á un puñal,
De su venganza instrumento,
Sin decir una palabra,
Los ojos chispeando fuego,
Á herirla va... De la luna
Penetrando los reflejos
Por la ventana, bañaban

De Celia el rostro hechicero.
Entonce y cual si pudiera
Manifestar sentimiento,
De su querida guitarra
Se tronzaron y rompieron
Las cuerdas todas repente,
Con són horrible gimiendo: —
Trémulo, inmoble, al ruído
Soltó su mano el acero:
Desarmólo la hermosura
O quizá el remordimiento
. . . . . .
. . . . . .
Dudó tal vez; más miróla
Con tan espantoso ceño,
Con tan iracundos ojos
Que si á los suyos abiertos
Halláran, hubiera sido
Aquel su dormir eterno.
Y con un mar de pasiones
En el corazón soberbio
Salió de allí, como el que huye
De algún pavoroso espectro,
Que su espíritu conturba,
« Pérfida Celia, diciendo;
« Mujer pérfida, no esposa,
« Yo descubriré el misterio
« De tus amores! Entonces,
« Tiembla! Como tigre fiero
« Despedazaré tu vida...
« Me gozaré en tu tormento...
« Yo me hartaré con la sangre
« De *ese* rival que detesto,
« Después que *este* puñal mío,
« Vengativo y justiciero
« *Ese* tu adúltero amor
« Vivo te arranque del pecho ».

Formulando este juramento en tan deplorables versos, el esposo de Celia sale al campo, « en un

caballo tostado », buscando en la fatiga de la marcha y en el cansancio físico, un calmante á su terrible agitación moral. Sin embargo, duda todavía. El demonio de los celos lo tortura, una angustia terrible oprime su garganta, pero al eco de las canciones de Celia los pavorosos fantasmas se disipan ahuyentados por « el talismán oculto y la hechicera magia » de su guitarra. Un día, la infortunada, sorprendida en su soledad, ve caer á Ramiro ante sus pies; y, en vano trata de alejarlo y de vencer su pasión. En esta lucha sentimental y terrible los sorprende el esposo ofendido que se lanza sobre ellos con un puñal en la mano. Ramiro defiende á Celia y lo desarma, aunque tarde ya para evitar la eterna desgracia del inocente objeto de su culto. Alejada del mundo, sus días trascurren en el silencio y el abandono. Doblegada bajo el peso del deshonor, la vida no ofrece á su vista sino amargas perspectivas. Ramiro, por su lado, no es menos infeliz. Taciturno y desesperado solo inspira asombro ó compasión:

Si ayer noble ambición, sueños de gloria
Alimentó su pensamiento audaz
Hoy la ciencia y los libros menosprecia
Que refrigerio á su pasión no dan.
Si oyendo las aéreas armonías
Cuando la luna derramando va
Su luz benigna en la dormida tierra,
Idealizaba el bien y la verdad;
Hoy la vasta creación para él no tiene
Sino ecos de presagio funeral,
Que el mundo suyo es la mujer que adora
Y de ese Edén no gozará jamás.

. . . . . .

Y *frenético* va, viene, se agita,
Corre las calles de la gran ciudad,
Monta á caballo é impresiones nuevas

Frenético doquier buscando va!
Pero en vano procura el insensato
La fiebre de su espíritu calmar,
Envolverlo en el vértigo y fatiga
Del movimiento activo corporal,
Si doquier, á toda hora, cada día,
Hierve en sus venas la pasión voraz,
Y su querer gigante va á estrellarse
Como en la roca el tempestuoso mar!
. . . . . .

El marido de Celia, en tanto, siente invadida su alma por la pasión de la venganza. Busca á su rival, y al fin lo encuentra una noche, detenido frente á la ventana de Celia, oyendo la musica de.... la insoportable guitarra. Un duelo á puñal tiene lugar en el acto, con fatal resultado para el esposo de Celia que cae con el corazón atravesado por el acero. Al rumor de la lucha, descrita en los peores versos del poema, Celia sale á la puerta, contempla un instante al matador,

Va á abrazarle y al punto retrocede
Atónita, convulsa, horrorizada;—
Su inefable sonrisa se disipa,
Brota en sus bellos ojos una lágrima,
Palidez cadavérica en su rostro,
Agonizante brillo en su mirada;—
Y se desploma al suelo, así exclamando:
«Sangre, Ramiro, criminal te mancha!»
Y al mismo tiempo que cayó se oyeron
Las cuerdas reventar de una guitarra,
Y al eco disonante y moribundo
Respondió una estruendosa carcajada.

Se ha señalado frecuentemente, como una fastidiosa muletilla del poema de Echeverría, la periódica rotura de las cuerdas de la guitarra de Celia, en todas las circunstancias críticas de su vida, que establece una estrecha conexión entre el alma de

la desgraciada amante, y el instrumento confidente de sus dolores. La verdad es que aquel golpe dramático rebuscado, á la larga parece insoportable. Pero no es ese el defecto principal de *La Guitarra*. En general, todo el poema está escrito con un descuido y una falta de elegancia, que hacen dificil y fatigosa su lectura. Hemos señalado anteriormente la *Parisina* de Lord Byron, confrontando uno de sus fragmentos con versos análogos de Echeverría. Los jóvenes lectores que gusten de entrar más profundamente en el estudio de estas interesantes cuestiones literarias, harán bien en recorrer el célebre *Maud* de Tennyson, despues de leer *La Guitarra*. No porque encontremos en el poema de Echeverría la más remota imitación de la obra tan ardientemente discutida del grán poeta laureado. Pero hay en el argumento de ambas una lejana similitud de sentimientos exaltados y violentos, un empuje de pasión desenfrenada, que con matices bien diversos, por cierto, establece entre ellas una vaga relación y como un debil parentesco intelectual. Sin embargo, qué diferencia de desarrollo, de estilo, de alcance y grandeza poética entre una y otra obra! El héroe de *Maud* es también un joven de temperamento mórbido, prematuramente cansado de las cosas de la vida, y que se separa, poco á poco, de los pensamientos y los sentimientos de sus semejantes. (1) La edad en que ha nacido le parece la edad de la mentira y de la falsía, edad en que la paz sentada á la sombra de su olivo, contempla los días trascurridos, en que los pobres, son amontonados por sexos, como los marranos, en que solo vive el libro de Caja y no todos los

(1) ALFRED, LORD TENNYSON — *A study of his life and work by* ARTHUR WAUGH.—B. O. Oxon. London, 1893.

hombres solamente mienten, edad en que reina la paz en el viñedo, en tanto que una compañía falsifica el vino:

Peace sitting under her olive, and slurring the days gone by,
When thy poor are hovelled and hustled together, each sex, like swine;
When only the ledger lives, and when only not all men lie;
Peace in her vineyard — yes — but a company forges the wine.

La presencia de Maud, despierta en su alma las primeras emociones del amor, de ese sentimiento engañoso que aparece á sus ojos «defectuosamente «perfecto, friamente regular, espléndidamente «nulo».

Faultily faultless, icily regular, splendidly null.

Maud es rica y él es pobre. Las alternativas, los entusiasmos y desfallecimientos de su pasión, llenan muchas páginas hermosas del poema, con el análisis enfermizo y afeminado de sus sensaciones. Al fin declara su amor á Maud, y junto con la resurrección de sus esperanzas, brilla en los cielos el resplandor de Mayo. El himno juvenil, brota de sus labios, queriendo detener al tiempo, como en el *Lago* de Lamartine: «No partas, feliz día,— de los «campos resplandecientes;—no partas, feliz día «—hasta que la doncella ceda;—róseo está el «Este,—róseo está el Sud;—rosados son sus «labios,—y es una rosa su boca»:

Go not, happy day
From the shining fields;
Go not, happy day,
Till the maiden yields.
Rosy is the West
Rosy is the South;
Roses are her lips,
And a rose her mouth!...

Por desgracia, el hermano de Maud sorprende á los amantes en el jardín, y como en el caso de Ramiro y el esposo de Celia, un duelo tiene lugar, y en él toca la mejor parte al amante, mientras su adversario cae con un generoso grito en los labios: «Es mía la culpa». El infeliz enamorado, parte con el corazón herido para siempre. En su impotente frenesí, busca en la soledad de la naturaleza primero, y en el bullicio de las ciudades después, un consuelo á su eterno y amargo lamento. La suerte de Ramiro, despues del día fatal de su choque sangriento, permanece para nosotros en el misterio. Como el ciervo acorralado, se hunde en la oscuridad del boscaje en busca de un asilo donde morir. El héroe de Maud es más viril en su desesperación inmensa. Los goces tranquilos de la tierra, no alcanzan á colmar el aterrador vacío de su alma. Todos los caminos de la dicha están cerrados para él. Entonces, mira á su alrededor, y con la inquebrantable decisión de los personajes byronianos, la imagen de la gloria, la vida de la acción, la defensa de su patria, las seducciones ásperas del heroismo, — irritan sus sentidos aletargados, y se alista bajo los pliegues de su bandera, buscando en los campos de batalla, «la ensangrentada flor de la guerra, con un corazón de fuego»,

The blood-red blossom of war, with á heart of fire!

IV

Los Consuelos y *Las Rimas*, en que están reunidas las poesías líricas de Echeverría, pertenecen al mismo ciclo poético y, aunque reimpresas en 1842, puede decirse que son de la época de *Elvira* y *La Guitarra*. Al fin de la primera obra, escribió el poeta la siguiente nota que conviene recordar: « La poesía entre nosotros aún no ha llegado á « adquirir el influjo y prepotencia moral que tuvo « en la antigüedad, y que hoy goza entre las cultas « naciones europeas; preciso es, si se quiere conquis- « tarla, que aparezca revestida de un carácter « propio y original, y que, reflejando los colores « de la naturaleza física que nos rodea, sea á la vez « el cuadro vivo de nuestras costumbres, y la ex- « presión más elevada de nuestras ideas dominan- « tes, de los sentimientos y pasiones que nacen del « choque inmediato de nuestros sociales intereses, « y en cuya esfera se mueve nuestra cultura inte- « lectual. Solo así, campeando libre de los lazos de « toda extraña influencia, nuestra poesía llegará á « ostentarse sublime como los Andes; peregrina, « hermosa y varia en sus ornamentos como la fe- « cunda tierra que la produzca». En estas palabras, se ve asomar al autor de *La Cautiva*, que se publicó primitivamente en el mismo volumen que *Las Rimas*, pero de la cual nos ocuparemos separadamente después. En las páginas de *Los Con-*

suelos brilla en sus más diversas facetas el espíritu de Echeverría. Sin duda, no todas las composiciones que contiene esa colección están á la misma altura ni merecen iguales elogios; pero, en general, ellas revelan mayor cuidado de la forma métrica y un sentimiento poético más fino y como depurado en el sacrificio y en la amargura. Las imitaciones de poetas extranjeros, franceses, ingleses y alemanes, resaltan de vez en cuando. Los fragmentos de producciones, apenas bosquejadas, llenan una gran parte del volumen. No obstante, hay en *Los Consuelos* y en *Las Rimas*, trozos distinguidos y cantos de simpática belleza, que bastan por sí solos para esplicar y justificar hasta cierto punto, la reputación de Echeverría.

Y luego, todas estas recopilaciones, forman, por decirlo así, la historia autobiográfica de una alma que sufre y se lamenta. En los poemas extensos, obligado á seguir el implacable desarrollo de la acción que pone en movimiento, la personalidad del poeta se eclipsa frecuentemente, y acaba por refundirse en el alma de sus personajes. No encontraréis el hombre íntimo, de corazón herido y trémulo en la *Leyenda de los Siglos*, ó en el soberbio poema de *La Justice*. Para conocer íntimamente á Víctor Hugo es necesario recorrer *Los Cantos del crepúsculo* ó *Las Contemplaciones*, como para comprender el alma de Sully Prudhomme es necesario escuchar las dulces melodias de *La Vida Interior* ó de *Las Pruebas*. En este sentido, en la obra extensa de Echeverría, *Los Consuelos* y *Las Rimas* tienen el mismo interés, para quién desea penetrar en el alma del poeta, que las *Cartas á un amigo*, el *Peregrinaje de Gualpo*, y los numerosos fragmentos de sus obras de que nos hemos ocupado anteriormente. Las esperanzas y los desfallecimientos

de su corazón, sus retos soberbios al dolor y sus soñadoras divagaciones sentimentales, — todas las notas de su lira juvenil, van creando el poema de una vida sombreada por la melancolía y agostada por la desilusión.

¡Quién me diera los días venturosos
Que á mi anhelo ofrecían deliciosos
Placeres sin mudanza;
Cuando todo á mi vista era risueño
Y mi existencia grata un largo sueño
De gloriosa esperanza!

¡Quién diera á mi ajitado pensamiento
La dulce calma y el feliz contento
Que disfrutara un día!
¡Quién por lo bello el entusiasmo ciego,
La pasión noble y el divino fuego
En que mi pecho ardía! . . .

La suave melopea de *El Poeta Enfermo*, está inspirada en los mismos sentimientos de laxitud y abatimiento incurable. La sencillez de buen gusto de la expresión, inunda de tristeza estas estrofas, en que se siente el eco de un sollozo comprimido:

El sol fulgente de mis bellos días
Se ha oscurecido en su primer aurora,
Y el cáliz de oro de mi frágil vida
Se ha roto lleno.
Como la planta en infecundo yermo
Mi vida yace moribunda y triste
Y el sacro fuego, inspiración divina
Devora mi alma!

¡Don ominoso! en juventud temprana
Yo me consumo, sin que el canto excelso,
Eco sublime de mi dulce Lira,
Admire el mundo
. . . . . .

Adiós por siempre aspiraciones vagas,
Vagas, mas nobles, que abrigó mi mente;
Adiós del mundo lisongeras glorias,
Deleites vanos.

La triste y quejumbrosa despedida, muestra la amargura del alma del poeta y los tesoros de su exquisita sensibilidad. Esa aspiración al no ser, ese hastío de la lucha diaria que irrita su pensamiento y tortura las horas de su reposo, lo hace desdeñar la gloria y los laureles póstumos y aspirar al silencio, « cuando descienda helado á la mansión de olvido »:

Morir, sin ser al mundo tributario,
Quiero, en la noche tenebrosa y fría,
Sin que nadie interrumpa su alegría,
Morir, como he vivido, solitario!....

El verdadero acento de la poesía resuena en las estrofas de las composiciones que hemos señalado. En ellas, el verso adquiere vibraciones de una dulzura inesperada é inconsciente y la enfermiza musa del poeta, envuelta en los velos de una suave penumbra, exhala suspiros melodiosos, truncas palabras de una elegía que se interrumpe y vuelve á renacer, como el gemido de la brisa, que sacude los árboles de la selva. He aquí el verdadero terreno en que brilla el talento de Echeverría. Los paisajes velados por la bruma en que se esfuman los contornos ásperos del monte y en la lejana perspectiva de la llanura, las nubes que arrastran sus vientres sobre la tierra, semejan vagos monstruos esbozados sobre una tela sombría; la evocación de los recuerdos que, como las golondrinas en torno del vetusto campanario, revolotean y rozan con sus alas la frente abatida del soñador, — he ahí los temas y los cuadros preferidos por nuestro poeta

en las horas en que habla consigo mismo, desligado del mundo y sin fe en el porvenir. Entonces encuentra sus más puras notas y escribe versos como los de *El Crepúsculo* que revelan su intimidad con la naturaleza:

Allá en el horizonte el rey del día
Su frente hunde radiosa,
Y por el vasto espacio va flotando
Su cabellera de oro luminosa.

De arreboles vistosos y cambiantes
Se adorna el firmamento,
Que entre negros celajes se confunden
En su brillante airoso movimiento.

Es la hora en que los tristes corazones
Ven la imagen sombría
De la esperanza que los sustentaba
Desvanecerse con la luz del día
. . . . . .

En que á la vez mis bellas ilusiones
Toman cuerpo, se abultan,
Tocan la realidad, y, desmayadas,
En crepúsculo negro se sepultan.... (I)

En el libro de *Los Consuelos* abundan las canciones, escritas en metros melodiosos y popularizadas varias de ellas, por la música de artistas

(I) El verso subrayado es deplorable, como la mayor parte de las estrofas de la misma composición. No queremos detenernos en la tarea estéril de señalar todos los defectos de forma de Echeverría. Preferimos, de una vez por todas, advertir al lector que ellos son desgraciadamente muy comunes en sus obras poéticas. — Don Juan María Gutiérrez, á este respecto, lo ha tratado con excesiva benevolencia. En el tomo 3º de sus obras completas, reproduce unos versos *A mi guitarra*, con la siguiente advertencia: « Este « fragmento formaba parte del canto I del poema *La Guitarra*. « El autor cambió de plan y *echó al olvido estos preciosos versos* « apenas bosquejados. » Pues bien, los preciosos versos son de los más insulsos y cándidos que ha escrito Echeverría, lo que hace honor al corazón del amigo, si bien da pobre idea de la imparcialidad del biógrafo.

amigos. Don Juan María Gutiérrez, en su interesante estudio sobre la persona y la vida de nuestro poeta, atribuye la predilección de Echeverría por este género literario á su maestría en la guitarra y á su amor acendrado por la música. *La Ausencia, La Diamela*, *La Lágrima*, son conocidas y repetidas por muchas personas que ignoran el nombre de Echeverría. Estas inocentes tonadillas, tuvieron indudablemente su época, su cuarto de hora de auge, y fueron destronados por la *Flor de un Día* y algunos de los dramas lacrimosos y retóricos de Eguiláz. Hoy buscamos en vano el secreto talismán que conmovía el alma de nuestros padres, al recorrer esas grises y anticuadas paparruchas, contemporáneas del *minué* y de la *crinolina*. No obstante, algunas conservan una gracia sonriente y juvenil, un no sé qué indefinible, que las hace recordar con agrado, al acudir involuntariamente á los labios, en esas horas de soñolencia vaga en que cruzan por la memoria fragmentos de frases sin hilación, versos sueltos que aletean de pronto y se pierden como una luciérnaga en la oscuridad de las noches del estío. Tales son las siguientes estrofas de *Él y Ella:*

Ven, dulce amiga, al monte,
Y á la fresca enramada,
De sauces coronada,
De mirto y de laurel;
Ven, que el astro del día
Glorioso reverbera
En la inflamada esfera,
Ven, dulce amiga, ven!

Ya los pájaros cantan
Con suave melodía,
Y todo es alegría,
Amor, delicia y bien.

Ya la tórtola tierna
Con lánguido gemido
Halaga á su querido;
Ven, dulce amiga, ven!

Ven, dulce amiga, al monte,
Y á la fresca enramada,
De sauces coronada,
De mirtos y laurel;
Ven, y allí respirando
El ámbar de las flores,
Hablaremos de amores ...
Ven, dulce amiga, ven!....

En la misma composición, resalta una imitación flotante y débil de la soberbia melodía, tantas veces citada, de *El Lago* de Lamartine. A propósito de esta obra genial, Sainte-Beuve ha dicho lo siguiente: «Desde las *Meditaciones* hasta las *Armonías,* « Lamartine ha ido desenvolviéndose con progre- « so, derivando cada vez más de la elegía al himno, « al poema puro, á la meditación verdadera. Hay « mucha grandeza en su volumen de 1820: está « maravillosamente compuesto sin parecerlo: la « novela se desliza en los intervalos de la religión; « la Elegía desconsolada suspira allí cerca del Cán- « tico ya deslumbrador. El punto central de ese do- « ble mundo, en la mitad del camino de los *Hauts* « *lieux* y del *Vallon,* el espejo completo que refleja « el lado metafísico y el lado amoroso, es *El Lago;* « *El Lago,* perfección inesperada, conjunto pro- « fundo y límpido, imagen encontrada una vez y « reconocida por todos los corazones». ¿Quién no recuerda ese insuperable lamento en que las horas trascurren dando un eterno adiós á los que aman, y según dice un distinguido escritor, pasan sin dejar rastros, como una fosforescencia en las sombras? Muchos son los poetas españoles y sud-

americanos que han querido trasladar á nuestro idioma esta sublime inspiración. Las dificultades invencibles de la empresa, explican y disculpan su fracaso. ¿Cómo traducir, en efecto, estrofas como las siguientes, en que el arte y el genio humano ha llegado á aproximarse como raras veces al ideal de la belleza poética?

O temps! suspends ton vol; et vous, heures porpices!
Suspendez votre cours:
Laissez-nous savourer les rapides délices
Des plus beaux de nos jours!

Assez de malheureux ici-bas vous implorent,
Coulez, coulez pour eux;
Prenez, avec leurs jours, les soins qui les devorent;
Oubliez les heureux!

. . . . . .

Aimons donc, aimons donc! de l'heure fugitive
Hâtons-nous, jouissons!
L'homme n'a point de port, le temps n'a point de rive!
Il coule, et nous passons!...

Ah! ¿por qué cayó Echeverría en la deplorable tentación de diluir estas soberbias expresiones, en las siguientes estrofas que parecen cantos de escuela de primeras letras?

Las delicias que ofrece la vida
Apuremos, burlando al dolor,
Que la muerte devora homicida
Los deleites y glorias de amor.

Ten ¡oh tiempo! tu rápido vuelo,
Déjanos un instante gozar;
Sé propicio una vez al anhelo
De dos seres que saben amar.

Infelices bastante te imploran
En la tierra con largo gemir;
Vuela, vuela para ellos que lloran,
Déjanos nuestra dicha sentir.

Déjanos un momento siquiera
Los pesares amando olvidar,
Y sin sombra fatal á la esfera
Del amor y la dicha volar...
. . . . . .

Los temas que prefiere la musa de Echeverría son los que pintan la separación de las almas ó la ausencia de la tierra natal. *La Ida, Lara ó la Partida, Adiós en el mar, Amalia abandonada, Adioses á la Patria,* el *Ultimo canto de Lara,* responden á esta tendencia inconsciente é irresistible. Su pensamiento se encuentra poderosamente atraído por el torcedor de esas crueles situaciones en que el hombre siente que se desprende de un fragmento de su propia vida. ¿No hay en esta predisposición morbosa y doliente, algo como una secreta confesión de sus amarguras íntimas y de sus desengaños personales? ¿ No es el corazón del proscrito, del soñador generoso y desencantado, el que palpita en esas lamentaciones desoladas, en que vuelve la mirada á su pasado y se despide del río que arrulló su cuna como si abrigara el presentimiento de su muerte temprana en tierras extrañas? Ah! ninguno de su cantos vibra al unísono de esa música interior que conmovía su alma sensible y generosa! Sin estímulo, sin entusiasmo, desconocido y desdeñado, combatiendo con la ignorancia y con la desnudez, perdido en un mundo que no era el suyo —¿qué mucho que sus poesías truncas, descuidadas é incompletas no sean sino el eco vago del grandioso poema que acariciaba en el fondo del alma y que llevó á la tumba antes de animarlo con el soplo de la vida? ¡Sí, seamos dulces y benévolos con su memoria! Los días de su vida fueron la milicia y los días de jornalero de que habla Job; y, como Chénier, se apartó de la lucha sin haber tenido

tiempo de vaciar su aljaba. He aquí lo que comprendía el infortunado poeta, buscando en la ingenua adopción del sombrío Lara, un molde en que vaciar el exceso de su amargura contenida y de los sentimientos que desbordaban de su alma al pensar en su patria y en su sombrío porvenir.

Al fin he vuelto á ti! ¡cuán diferente
De lo que fuí! Mi desolada mente
Nada encuentra en la tierra que la halague:
Voló en pos de falaces ilusiones
Y encontró desengaños:
Corrió en pos de ideales perfecciones
Y solo halló la realidad terrible,
El esqueleto lívido y horrible
De lo que es, y envuelto en el torrente
Del destino común de los mortales,
Mi triste corazón lleva consigo
Del pesar enemigo,
Del tedio y la aflicción los crudos males.

Adiós, Plata grandioso; los acentos
De mi lira sonora
Al murmullo incesante de tus ondas
Ya no se mezclarán: la voz canora
Del cisne de tus plácidas riberas
Va á extinguirse por siempre. ¿Quién tu nombre
Celebrará y grandeza? Ya el sepulcro
Frío, me espera en mi temprana aurora...
Cual meteoro fugaz voy á ocultarme...
¡Oh si me fuera dado sepultarme
En tus ondas amigas y que el hombre
Repitiese mi nombre cual tu nombre!
Adiós, por siempre adiós, Plata grandioso;
De un hijo de éstas playas generoso
Ay! el último adiós recibe en tanto
Y de mi lira el postrimero canto.
. . . . . .
¡Desdichado de aquel que perdió un día
La paz del corazón, y que consigo

Del desengaño cruel lleva la imagen!
¡Del que en su ardiente y loca fantasía
Á ilusiones falaces diera abrigo,
Y fantásticas formas persiguiendo
Perdió su juventud. Se mira al cabo
Del largo viaje solitario y triste,
Sin encontrar el venturoso puerto,
Cual peregrino en medio del desierto,
Y, burlado en su afán, en ningún sitio
Halla reposo á su inflexible suerte,
Y rodeado de angustias y pesares
Vive con su dolor como en los mares
El alción solitario, y, sin amigos,
Hasta que viene á su clamor la muerte!

. . . . . .

Muere la pompa que ostentó el verano,
Mueren de Flora las vistosas galas,
Que amortiguado el resplandor Febeo,
Á sus débiles restos no da vida,
Y de tanto ornamento y hermosura
No quedaron bien pronto ni vestigios.
Así mueren también las esperanzas
Que el hombre alimentó; les falta el fuego
De la ilusión feliz y, desmayadas,
Caen como flores que marchita el hielo
Y cual humo fugaz son disipadas!...

. . . . . .

Hemos encontrado, al fin, después de tantos ensayos juveniles, imitaciones exóticas, y reflejos de estilos diversos que, como en el fragmento de *Carlos,* nos trasportan de *Fausto* á *Manfredo* y de *Hamlet* á *Los Bandidos,*—el verdadero poeta, el artista de forma deficiente todavía, pero rebosante de sentimiento y de inspiración. No lo busquemos inútilmente en las poesías de certamen á *La Independencia Argentina,* en los discursos patrioteros *A la Legión Francesa,* en todos esos argumentos retóricos que ha buscado, pagando

una contribución indispensable al mal gusto de su tiempo y á las necesidades de su situación política. Provoquemos sus confidencias, irritemos sus llagas inflamadas, excitemos sus ocultas tristezas, y responderá siempre de una manera noble, pura y generosa. Nos dejará fríos cuando hable de la grandeza de Mayo, con el mismo espíritu de propaganda que campea en el *Dogma Socialista*. ¡Qué importa! Algunas páginas después, nos ofrece el desquite, despojándose de la suficiencia prosaica del sectario, para mostrarnos las lágrimas del desterrado que piensa en los que cayeron defendiendo la causa que lo aleja del hogar, en ese fragmento último del poema sobre la *Revolución del Sud,* que por una extraña aberración, se ha mantenido inédito hasta después de su muerte:

¡Oh Patria! digna de mejor fortuna,
Donde dichosa se meció mi cuna,
Oye mi última voz. Si de mi vida
No te hice joven la devota ofrenda;
Si mi débil aliento
De acción ó pensamiento
No consagré á tu gloria y tu dicha,
Es que por mi desdicha
Hallé cerrada del honor la senda;
Es que al volar á verte, los traidores,
Afrentada y exánime y sin honra
En triunfo te llevaban,
Rodeada de sayones, al suplicio,
Y á la risa y la mofa provocaban
Toda noble ambición ó sacrificio.
. . . . . .
. . . . . .
Es que la fe perdiendo y la esperanza
Los mejores patriotas, no quedaron
Para tu mal remedios: es que había
Luto en mi corazón, desesperanza;

Que el labio y la razón era impotente
Y á costa de silencio solamente
Otorgaba el vivir la tiranía....
. . . . . .
Mi juventud robusta he consumido
En lucha con dolor encarnizado,
Con ambición de bien nunca obtenido....
Planta fuí de tu suelo que en tributo
Darte no pudo ¡oh Patria! más que el fruto
De un estéril amor! Tal vez un nombre,
Un nombre en recompensa de una vida
Toda de hiel nutrida....
. . . . . .
Un nombre al menos nunca envilecido
En adular al poderoso necio,
Mendigar un favor apetecido
Ni tolerar su audacia y menosprecio.
Un nombre, sí, pero jamás vendido
Al oro corruptor de los tiranos;
Que no supo acatar ídolos vanos
Ni doblar la rodilla ante ninguno:
Un nombre para tí quizá glorioso;
Para mí vano, estéril, importuno,
Vacío de esperanza y de reposo!
No como madre cariñosa y tierna
Como madrastra dura,
Me recibiste ¡oh Patria! cuando ufano
Del ardor de los años juveniles
Vine á ofrecerte la cosecha pura.
. . . . . .
. . . . . .
Llegué cuando ya apenas
Reliquias miserables te quedaban
Del pasado esplendor, y, envilecida,
Sin rubor arrastrabas tus cadenas;
Cuando con voz y mano fratricida
Á tu inicuo opresor incienso daban;
Cuando su fallo el tribunal vendía,
Su pluma el escritor, su lengua el sabio;
Todos su honor para inferirte agravio,
Y contagio mortífero cundía....
. . . . . .

Si nada hice por tí, te ofrecí al menos
Un corazón veraz y sin mancilla,
Una corona de laurel sencilla,
Los ecos de mi lira independiente
Nacida en infortunio,
Que desdeñando encomios de villanos,
Ni en la desgracia te insultó insolente,
Ni vendió una lisonja á tus tiranos!

He aquí una faz del poeta, la faz patriótica, la virilidad con que juzga á su época, la elocuencia valerosa que emplea en demostrar su amor inmenso é indomable por la tierra de su nacimiento. En el *Himno al Dolor,* que es tal vez, la más hermosa composición lírica de su autor, resuena otra nota, íntima, profunda, desolada, el quejido humano, el eco de la protesta del espíritu que sufre, el estallido del alma cautiva que se fatiga de la resignación, y sabiéndose de antemano condenada, provoca las iras de su verdugo. Una corriente de verbosidad copiosa circula en las estrofas de ese canto que ha brotado de una sola pieza en la mente del poeta. El corazón se siente arrebatado por ese raudal irresistible, en que las imágenes se atropellan, las palabras fluyen como un manantial entre las rocas, y el estilo del poeta, resbala, hierve, rumuroso y vibrante en borbollones espumosos, en meandros armónicos, con extraordinaria fluidez. No es posible trascribir íntegra esa extensa composición. Las siguientes estrofas dan una idea pálida de sus proporciones y su frondosidad:

Devora, fiera insaciable,
Monstruo ó demonio execrable
Que avasallas la creación;
Devora como lo has hecho,
Si no te hallas satisfecho,
Con furor aún más deshecho
Mi robusto corazón!
. . . . . .

Roe, roe, y en mi seno
Tu mortífero veneno
Derrama; —no he de gemir;
Y cual Jacob, sin testigo
Contra el ángel enemigo,
Lucharé firme contigo
Hasta vencer ó morir.

No temas, no, que me espante
Tu fuerza y poder gigante
Aunque frágil caña soy.
Mi alma es símil á la roca
Cuya frente al cielo toca
Y la tempestad provoca
Siendo mañana lo que hoy.

. . . . . .

Devora; tu fiero brío
Yo provoco y desafío
Armado de mi razón;
Yo, masa de vil arcilla,
Yo, flor que un soplo amancilla,
Trama débil y sencilla,
Despojo de la creación.

Yo, miserable gusano,
Luz que alienta efluvio vano,
Insecto, chispa mortal;
Yo, menos que un ente aerio
Yo, esclavo vil de tu imperio,
Yo, polvo, nada, misterio....
Nacido en hora fatal!

. . . . . .

Yo te provoco: —tu mano
De mis fatigas temprano
La copiosa mies segó,
Dejándome los abrojos,
Para doblar mis enojos
Y el recuerdo y los despojos
De un tiempo feliz que huyó.

Yo te provoco: —¿qué males
Qué ánsias ó penas fatales
Me podrán sobrevenir
Que no haya firme sufrido?
¿Qué pasión no habré sentido?
¿Qué idea no habré podido
Grande ó noble concebir?

Cuando los otros, insanos,
Á pensamientos livianos
El juvenil brío dan;
Y en el labio la sonrisa,
Con inquietud indecisa,
Flores de la vida á prisa
Deshojando torpes van,—

Mi corazón de tormentos
Desatados y violentos
Sufrido había el rigor;
Y laso en un solo día,
Muerto al placer y alegría,
Dado, en su congoja había,
Adiós eterno al amor!

. . . . . .

Ven, ven —¡oh dolor terrible!
De tu poder invisible
Haz un nuevo ensayo en mí;
Verás que un alma arrogante
Es como el duro diamante
Que siempre brilla flamante
Sin admitir mancha en sí.

. . . . . .

Ven, que tal vez atesora
Alguna fibra sonora
Mi pecho aún lleno de ardor:
Que á tu inhumana porfía
Exhalará una armonía
Capaz de darme alegría
Y de vencerte, oh Dolor!

Ven luego, que un alma noble
Firme, incontrastable, inmoble,
Lucha con la adversidad,
Como el océano, sublime,
Que de ley común se exime
Y en cuya frente no imprime
Mancilla el tiempo ni edad! ...

. . . . . .

Pocas veces el estoicismo de un alma pura ha encontrado acentos más viriles para mostrar que el sufrimiento fecundiza los nobles corazones, que el único fin del bien, se encuentra en sí mismo, que la perfección moral nos lleva á la felicidad ideal, y que, como cree Zenón, el alma universal se mueve por moverse, y todo su acto consiste en su tensión eternamente perfecta; del mismo modo que el hombre obra por necesidad de obrar, lucha por necesidad de luchar, y «la virtud, esta tensión del alma « razonable y activa, encuentra en sí misma su « propia satisfacción. *Gratuita est virtus, virtutis « præmium ipsa virtus*». (I)

(I) A. Fouillée.—*La Philosophie de Platon.* 1889.

V

En la mente de Echeverría, el *El Angel Caído*, formaba parte de «un vasto cuadro épico-dramático» empezado en *La Guitarra* y que debía terminar en un poema bautizado con el título de *Pandemonio*. Sobre esta tela cuya magnitud puede calcularse por las proporciones de los fragmentos publicados, pensaba el poeta «bosquejar los ras-« gos característicos de la vida individual y social « en el Plata.» Los que recorran detenidamente *El Angel Caído*, se sorprenderán de la ingenuidad de este plan inmenso y ambicioso. Cuadros sin hilación, escenas caprichosas, disertaciones en que el humorismo no basta para evitar la vulgaridad, desfiles fatigantes de prosa disfrazada en endecasílabos pareados, personajes vagos y sin vida propia, — todo revela que el autor de *El Angel Caído,* se dejó impulsar por la musa de la fantasía, en vez de obedecer á las inspiraciones de un pensamiento madurado con reposo y pacientemente desenvuelto en una producción metódica y reflexiva. La originalidad perseguida por el poeta, y anunciada en las cartas que preceden á *El Angel Caído*, fracasa desde las primeras páginas del libro, en que hace su aparición el legendario tipo de Don Juan argentinizado por Echeverría, hasta convertirlo por un ser incoloro, destituído de personalidad, un Don Juan caudillo político, un Don

Juan literato y estudiante en París, con ribetes de filósofo, hermano gemelo de Gualpo, y que nada conserva del amante inmortal invocado por Musset:

Oui, Don Juan. Le voilá, ce nom que tout répète,
Ce nom mysterieux que tout l'univers prend,
Dont chacun veut parler, et que nul ne comprend;
Si vaste et si puissant qu'il n'est pas de poëte
Qui ne l'ait soulevé dans son cœur et sa tête,
Et pour l'avoir tenté ne soit resté plus grand!....

Y luego la mayor parte de los episodios de esta extensa creación, llevan impreso el sello de un cosmopolitismo visible. A despecho de una que otra frase ó término de *argot* criollo,—

(Y Ema en perpétuos saludos
Siempre rodeada de *gringos*. ..
— Gustará de sordos mudos,
Para la danza tan rudos
Que retozan como *pingos.)*

el verdadero *color local,* falta por completo en *El Angel Caído.* El tipo culminante del poema, la figura de Angela, alma marchita en un cuerpo divino, niña embebida en pensamientos mundanos, amante del lujo y del placer, que acaba por venderse al oro de un hombre á quien no ama, provocando el suicidio del que la adora, es un tipo humano, universal y esencialmente europeo. Lejos de constituir un carácter peculiar argentino, ese ser extraño, forma una excepción en nuestras costumbres. Por lo demás, nada más oscuro y poco explicado que el verdadero modo de ser de esa mujer fragil y coqueta, manchada por una falta misteriosa á que se refieren las interminables estrofas de la primera parte del poema, sin que resulte de ellas nada definido. Aparece y desaparece, para volver

á aparecer, en medio de una baraja de nombres femeninos, igualmente nebulosos, sin que presida á sus acciones la lógica de un carácter marcado. Especie de Celimena, caprichosa y casquivana, tiene la inconsciencia de los neuróticos y de los niños, y hiere sin saberlo el corazón de sus amadores, hasta caer en los brazos de Don Juan, que, al fin, acaba por abandonarla, saliendo del oscuro laberinto del pecado, al llamamiento de la acción patriótica que reclama su ayuda. Este toque final y algunas de las numerosas estancias con que comienza el poema, autorizarían para sospechar que Echeverría ha querido retratar en un tipo simbólico, las desgracias y las miserias de su patria, caída también en el lodazal del despotismo. Insinuamos la duda sin que encontremos materia para analizar debidamente este punto, en la obra larga y tortuosa de nuestro poeta. De todos modos, la imagen del suelo de que está proscripto, no se aparta un instante del pensamiento de Echeverría. Al ocuparse de Angela, atribuye sus vicios á los defectos de la sociedad en que ha nacido:

Y frágil niña de enseñanza aviesa
¿Qué pudo ser en sociedad como esa
De alma egoista, irreligiosa y muda?
Que á lo bello y lo grande si saluda
Siempre en el labio la ironía muestra,
Y acude á combatir en la palestra
Sin pasión ni virtud? que á los que gimen
Víctima inerme del triunfante crimen
Da sonrisa y mirada indiferente?
Que indignada á los ayes no se siente
Del que tortura su bestial fiereza;
Y soltar suele al contemplar con pasmo
Los cráneos ó los troncos sin cabeza,
Horrible carcajada ó un sarcasmo?

La misma preocupación, acude al retratar á Don Juan, «idealista en amor,» corazón ávido de emociones y de sentimientos, en el relato de cuya vida ha puesto Echeverría una considerable parte de su propia historia, de su educación en Europa adonde fué á «buscar el tesoro de la ciencia», ansioso de «sondar los arcanos de la vida» y del íntimo desencanto de su regreso á una tierra tiranizada y envilecida:

Volvió á su patria, joven todavía,
Llena el alma de bellas ilusiones;
La patria de su amor ya no existia,
Y encontró en lugar suyo horrenda orgía
De feroces y estúpidas pasiones.
Sus sueños de idealista ¿qué se hicieron?
¿Dónde tan pronto, si, donde se fueron
Las esperanzas suyas tan vivaces,
Su aspiración al bien y á la grandeza,
Las ambiciones de su mente audaces,
Tanto afán y labor de su cabeza?...
Lloró el tiempo perdido, vió desnudas
Mil verdades entonces harto amargas,
Brotaron de su mente horribles dudas,
Pasó en tribulación vigilias largas!...
Lo que pensó y sufrió en esa agonía
Terrible del espíritu confusa,
Las visiones que vió su fantasía
También, lector, te contará mi musa,
Si Dios me dá como ilusiones, vida:
Será una voz del corazón perdida,
O una página más de desengaños...

La obsesión persiste hasta en las más dramáticas escenas del poema. Escuchad á Luis traicionado por Angela, escribiéndole una carta en que el reproche alterna con el sollozo, antes de buscar en el suicidio un refugio contra su implacable destino. ¡Qué lejos estamos de las torturas del joven Wer-

ther, absorbido en una idea fija, concentrando el universo entero en un ser inaccesible que lo empuja sin querer al sacrificio! Su émulo sud-americano, en esos momentos terribles en que lanza su corazón los últimos latidos, tiene calma y tiempo para pensar en todo, y para hacerse el porta voz de los sentimientos del poeta, á propósito de la nación que fué su más grande amor, y el objeto más puro de su culto:

Y la Patria ¿do está? *Bella quimera*
De la dichosa juventud primera,
Farsa horrible hoy no más; vacío nombre
Para engaño y traición! *Ni patria, ni hombre!*
Tiranías doquier de nulidades.
La sociedad que endiosa á la riqueza,
Desdeñando las nobles facultades,
Ahogando el corazón y la cabeza!...
¡Bella vida, por cierto! Yo creía
Que el rango de hombre ambicionar podría,
Porque á mí como á todos esa herencia
Concederme debió la providencia!
¡Mísero! me engañé; no lo quisieron
Los que estaban en alto como reyes
Porque antes se arrastraron y subieron
Pisoteando los fueros y las leyes!
Era para ellos el espacio chico
Y dijeron: «Aquí no suben otros,
(El caudillo, el mandón, el prócer rico)
Nadie puede igualarse con nosotros;
Abajo el que no quiera ser lacayo
O el feudo tributarnos de vasallo;
Solo á ese precio se conquista el nombre
El fuero activo y la nobleza de hombre»
Si á esto llamáis vivir, como reptiles
Arrastraos á los pies de esa caterva
De advenedizos de la suerte, viles;
De la vida del bruto que os reserva
Vivid, comed. Su látigo ó desprecio

Sufrid riendo con orgullo necio:
No pensais! ¿Qué es la idea? ahogad los males,
Con la embriaguez de goces materiales;
De nuestra vida no miréis el fondo:
Brutos, gozad! que en vuestro fango hediondo
No quiero revolcarme, y á esta vida
Doy por mejor eterna despedida!...

Esta preocupación continua, conduce á Echeverría á su punto de partida doctrinal, hasta hacerlo rozar el abismo de la poesía didáctica, con toques cívicos, y todos los inconvenientes del género, y de las deficiencias del estilo del autor. Felizmente, pronto sale del atolladero, pero antes nos hace estremecer, presintiendo una refundición en verso del *Dogma Socialista* y del *Manual de Enseñanza Moral:*

. . . . . .
Porque Mayo al crear la Democracia
Marcó para elevarse otros caminos
Y su sol de la intrusa Aristocracia
Pulverizó al nacer los pergaminos;
Porque el labor del brazo y de la mente
Solo ennoblece y dignifica al hombre,
Y grande tan solo es quien noblemente
Sabe gloria adquirir para su nombre!

Por su tono divagador y la abundancia de su estilo, *El Angel Caído* escapa á cualquier tentativa de comentario analítico. Es necesario leerlo y aún me atreveré á decir, estudiarlo para descubrir los escasos pasajes en que el talento del poeta aparece libre de trabas y de nubes, en una fulguración radiosa. Todas las cuerdas de la lira debieron vibrar en esta amplia composición. Por desgracia su tono flaquea y hiere por sus discordancias y desfallecimientos. Con sus defectos, y, á pesar de ellos, *El Angel Caído* es una de las más

valientes «tentativas» líricas que registran nuestros anales literarios. Obra esencialmente subjetiva, en ella la personalidad del poeta nunca se eclipsa por completo. Sus confidencias dolorosas, sus raptos de indignación y sus apóstrofes vengativos, son síntomas preciosos para el estudio del alma de Echeverría. De todos ellos nace un sentimiento de simpatía en favor de este noble corazón á quien tocó en lote combatir en una batalla sin gloria. Se piensa instintivamente en lo que él hubiera realizado en épocas más favorables para el progreso de sus facultades nativas, y la crítica no encuentra el valor necesario para reprochar sus caídas y sus errores al que demostró tantas veces la grandeza de su corazón y el esplendor juvenil de su inteligencia fecunda y creadora!

En pocas partes lucen más los prestigios de esta noble facultad de Echeverría que en la invocación de Don Juan *Al Plata,* cuyo lirismo brillante y elocuencia arrebatadora, son una muestra evidente de lo que era capaz de hacer nuestro poeta en sus pasajeras horas de inspiración. Hacen bien al espíritu y al corazón, estancias como las siguientes, rotundas y esplendorosas, que aletean con valerosa audacia y fluyen sin esfuerzo, como un manantial en cuyo fondo chispean arenas auríferas:

Salve ¡oh Plata! En tu presencia
Multiplicarse yo siento,
Sublimarse mi existencia,
Lo que hay de humanal en mí;
Y ora quieta, ora iracunda
Se muestra, hirviendo la vida,
Y rebosa en mí fecunda,
Como rebosa ahora en tí.

. . . . . .

Tú á mis ojos representas
De la pasión y del hombre
El afán y las tormentas
Y la convulsión febril;
Y el incesante murmullo
Y el tesón infatigable,
Y de su indómito orgullo
La pujanza varonil!

Cuando agitado te miro
El corazón se me ensancha,
Alegre y libre respiro
De cuidado mundanal;
Y todo olvido, y mi mente
En su inspiración sublime,
Abarca, concibe, siente,
Lo infinito y eternal.

Acá en la tierra que piso
No hallan aire mis pulmones,
Solo entre fango diviso
Las reliquias *del no ser;*
Misteriosa y escondida
Tú me revelas la fuente
Del deleite y de la vida
Que no tiene ni hoy ni ayer!

Esa inagotable fuente
Que insaciables, delirando
Mi corazón y mi mente
Van buscando en el vivir;
Cuya agua sola el abismo
Insondable de pasiones
Calmar podrá, que en mí mismo
Palpitante siento hervir.

Oh! la tierra me fastidia
Con sus mezquinos afanes,
Con su miserable envidia,
Con su odiosa ingratitud;
Con el humo de su gloria,
Con sus frívolos amores

Con su ambición irrisoria
Con su mentida virtud.

. . . . . .
. . . . . .

Tu voz ¡oh Plata estupendo!
Gigantesca habla un idioma
Que me deléita y comprendo,
Que nunca en el mundo oí;
Hay en ella una armonía
Que mi espíritu apetece
Un arrullo que adormece
Lo que hay de carnal en mí!

Me place con el Pampero
Esa tu lidia gigante
Y el incansable hervidero
De tus olas á mis pies;
Y la espuma y los bramidos
De tu cólera soberbia,
Que atolondran mis sentidos,
Llevan á mi alma embriaguéz.

. . . . . .

Me places como el océano,
Tu rival en poderío
Cuando lo surcaba ufano
En mi albor de juventud;
Con el corazón de luto,
Pero con alma nutrida
De savia fértil de vida,
De fe y sueños de virtud!

Me places, cual la llanura
Con su horizonte infinito,
Con su gala de verdura,
Y su vaga ondulación;
Cuando en los lomos del bruto
La cruzaba velozmente
Para aturdir de mi mente
La febril cavilación.

. . . . . .

¡Oh Plata! al verte gigante
Me agiganto, iluso siento
La emoción y arrobamiento
De un inefable placer;
Y mi vida incorporarse
Con la tuya turbulenta
Y en inmortal transformarse
Mi perecedero ser!

Si algo pedirte pudiera,
Si me oyeses, en tus ondas
Sepulcro encontrar quisiera,
Mi cuerpo entregarte, sí;
Para que no viese el hombre
Sobre lápida ninguna
Jamás escrito mi nombre
Ni preguntase quién fuí.—

Ay! el voto puesto en boca de su héroe predilecto por el desgraciado poeta, se ha cumplido con exceso! Sus cenizas descansan en tierra extranjera, en una tumba ignorada, y su nombre glorioso, digno del homenaje de sus descendientes, ha sido buscado inútilmente por ellos entre los restos sagrados de los mártires de la tiranía y de la proscripción!

VI

El Angel Caído, termina con un himno patriótico, que deja presentir la regeneración del alma de su principal personaje. Es el preludio de una «Vida nueva», el primer rayo de una aurora primaveral, que disipa las sombras espesas del firmamento:

Alma mía, despierta! y que al aliento
De indignación violento
Que bulle comprimido como la onda
Allá en la patria de tu amor, responda
Tu aliento varonil! Pronto de Mayo,
Libertadora, como siempre fuera,
La bicolor bandera
Flameará con su sol, y ante su rayo
Caerá para escarmiento
Pulverizado ese ídolo sangriento.

. . . . . .

¡Alma insaciable mía!
Despierta y entonando
Un canto de alegría
Lánzate de una vez, erguida y fuerte,
En la arena común, do batallando
Se conquista un laurel ó noble muerte,
Y Patria! Patria! Libertad clamando
De una vida azarosa, *pero nueva,*
Los desengaños y emociones prueba!....

El destino del poeta, le impidió asistir al triunfo de la causa que enaltecía con tan entusiastas acen-

tos y cuyas vicisitudes sangrientas y dolorosas cantó con alma trémula en sus poemas sobre la *Revolución del Sud* y *Avellaneda.* Al escribirlos Echeverría penetra en un género que le pertenece y en el que se siente original. — No hay aquí ninguna imitación extranjera, ningún héroe postizo, acaparado por las necesidades de la composición y cubierto con más ó menos éxito, entre los pliegues del *poncho,* airosamente llevado por el jinete de la llanura. El amor á la patria y el odio de la tiranía, son los dos sentimientos que inspiran estas obras inolvidables. Ellos circulan en todas sus páginas, alientan sus versos enérgicos y apasionados, y recorren la escala de la expresión, fundiendo en el molde de su estilo, las más variadas formas de la retórica. *La Revolución del Sud,* comienza con una elegía, adopta más tarde el tono épico y acaba con una imprecación al tirano y un *requiem* solemne entonado en honor de las víctimas inmoladas. Aquel glorioso episodio histórico, que hace tanto honor al temple de nuestros gauchos y á la dignidad y el heroismo de los eminentes ciudadanos que encabezaron el movimiento de 1839, tan injusta y cruelmente traicionados por la adversidad,—vivirá en la memoria de las generaciones argentinas, no solo por su significación moral y su alcance político, sino también por el canto de Echeverría. Todas las esperanzas del levantamiento, palpitan en las estrofas del poeta. Todas las amarguras del desastre, caen sobre su frente abatida, cuando el esfuerzo popular se estrella contra las legiones del dictador. Los estremecimientos de la indignación, enronquecen su voz cuando se dirige á Rosas. Detrás de estos versos insultantes, hirientes, que abofetean el nombre odiado y lo pisotean gozándose en su baldón, se revela todo el ardor del alma

del proscripto que anhela vengar la muerte y la humillación de los suyos. En este sentido, ellos no desmerecen de la soberbia imprecación de Mármol, que parece un eco distante de los *Castigos* de Víctor Hugo:

¿Qué haces, tirano, qué haces?
De la oscura terrífica guarida
Donde siempre alimentas
Con el crimen y encono
Tu abominable vida,—
¿Por qué no sales una vez, y al frente
De tu tropa de esclavos te presentas
A conjurar la tempestad aciaga
Que tu cabeza amaga
Y vencer ó morir como valiente?
Pero ah! que eres cobarde, eres pequeño,
Pequeño aún para el crimen; como el lobo
Astuto espías de la presa el sueño
O clavas de tus seides en el robo
Tu garra fiera ó tu iracundo ceño!
¿Cuándo aquellos ilusos campesinos
Que á la suprema silla te encumbraron,
Y hoy piden tu cabeza arrepentidos
En la primera fila te encontraron?
Siempre detrás te vieron,
Atizando la guerra que debía
Darte poder y aciaga nombradía!
¿Dónde vencistes á aquellos veteranos,
Campeones de la patria esclarecidos,
Cuya gloria mirabas con envidia,
Ni que lauro ganaron tus villanos
En el campo de honor siempre corridos?
¿Cuándo un triunfo debiste á tu coraje?
¡Nunca infame, jamás; liga monstruosa
Hiciste con las hordas del salvaje
Para oprimir tu patria antes gloriosa;
Tus armas favoritas siempre fueron
El crimen, la perfidia, el vandalaje!...

El talento descriptivo de Echeverría, tiene frecuentes oportunidades de mostrarse en el poema de *La Revolución del Sud.* — Merece leerse el romance en que pinta á Chascomús y el campo de los patriotas, así como el cuadro de la batalla en que sucumben traicionados los defensores de la libertad. El corazón se oprime ante el espectáculo feróz de las represalias. Hay algo dantesco en la barbarie de las luchas que recuerda Echeverría. La cabeza de Castelli, clavada en una picota en la plaza de Dolores, lívida y ensangrentada, provoca el mismo escalofrío de horror y de piedad que la de Bertran de Born, «llevada á guisa de linterna»:

. . . . . .

Sobre el palo de afrenta
Destinado otro tiempo al asesino
La cabeza sangrienta
De Castelli inmortal! ¡Quién tu destino
Patriota infortunado no lamenta!

. . . . . .

Cuentan que al ver postrada
La bandera sagrada
Que el pueblo te confió, las turbaciones
Sintiendo de los nobles corazones,
Te hundiste en el desierto á la ventura;
Y que allí, en la espesura
Te descubrió de un monte,
La cuadrilla voraz que te rastreaba;
Y que al verla, terrible en sus enojos,
Se levantó jigante tu bravura
Y el corazón cobarde les temblaba
Al brillar de tu acero y de tus ojos;
Pero, cayendo al fin, te degollaron
Con bárbara fiereza,
Y á regalar á su señor volaron
Como exquisito plato tu cabeza.

. . . . . .

VII

El poema de *Avellaneda*, conmemora las hazañas y la muerte de otro martir. De proporciones más amplias que la *Revolución del Sud,* tiene más importancia literaria y muestra bajo luces más favorables el talento de Echeverría. La descripción de la naturaleza se mezcla en él con la reflexión filosófica, con el arranque patriótico, con el cuadro realista en que resaltan pinceladas audaces; y de toda la obra se desprende el sentimiento de la protesta contra la barbarie de los sayones que paseaban por las provincias argentinas el sangriento trapo federal ¡Qué noble figura la del héroe cantado por Echeverría, aquel noble corazón de quien dice uno de sus más ilustres descendientes « que sus « condicípulos de Buenos Aires lo llamaban desde « niño *Márco Tulio,* porque Dios le había dado el « doble don del corazón conmovido y de la pala- « bra que trasmite sus palpitaciones! » Los cortos años de su vida pura y generosa, nos han dejado un ejemplo inolvidable de grandeza y de heroismo. Todas las seducciones y los atractivos de la juventud y de la felicidad íntima, lo impulsaban al abandono de la acción cívica, á la indiferencia de los que no sienten en su corazón los estremecimientos y las voluptuosidades del martirio. Amó como pocos á su patria y á la libertad, y sacrificó en sus altares todo lo que le era dado

sacrificar. Como la de Castelli, su cabeza luminosa y prematuramente reflexiva, fué levantada en una picota, para perpétua afrenta de sus implacables enemigos. «Durante muchos días — dice un brillan-« te escritor — permaneció allí con centinela, la « noble cabeza de frente enérgica y pensadora, lu-« dibrio hoy de la soldadesca ebria... Pero una « noche desapareció. A pesar de los peligros y de « las amenazas, una mujer piadosa imitó á las san-« tas diaconisas de los primeros siglos, que en « medio de las tinieblas, subian la escalera de las « Gemonías, y arrancaban de los ganchos ensan-« grentados, una cabeza de mártir cristiano, lle-« vándola furtivamente á las catacumbas». (I)

El poema de Avellaneda se abre con un soberbio cuadro de la naturaleza tropical de Tucumán, una página descriptiva llena de poesía y de encanto, en que se siente algo del dulce lamento de Mignon y de los pintorescos paisajes de *Evangelina:*

. . . . . .
. . . . . Cuando el Invierno
Con el soplo glacial de sus montañas
Viene el raudal eterno
De vida á amortiguar en sus entrañas,
Una virgen parece adormecida
Sobre cama de céspedes florida,
Con las galas de ayer en torno suyo,
Medio marchitas ya, pero olorosas,
Flamantes y vistosas...
Duerme y no duerme, sueña...
Oye soñando el plácido murmullo
Del festín y la danza, el alborozo
Del expansivo y hechicero gozo
Y el recuerdo de todo en la sonrisa
De su plácido rostro se diseña,

(I) P. Groussac.—*Ensayo histórico sobre el Tucumán.*

Como si el fresco animador volviera
A respirar de perfumada brisa!
Después la primavera
Con su templado sol y sus rumores
Su concierto de pájaros cantores, —
A electrizar sus miembros adormidos
Llega y bañar en lumbre sus sentidos;
Y la virgen despierta
De su sueño fugaz y se levanta,
Radiante de alegría y de frescura,
De gracia y de hermosura;
Y á engalanar empieza
Con corona de mirtos y arrayanes
Su espléndida cabeza,
Y su seno con ramos de mil flores
De distintos matices y colores;
Y á perfumarse con esencias puras,
Derramando por montes y llanuras
De su eterna beldad los resplandores: —
Hasta que el sol de la estación ardiente
Subir hace á su frente
Todo el intenso ardor, toda la vida
Que entre su seno inmaculado anida,
Revistiendo de pompa y de grandeza
Su joven y magnífica belleza.

Echeverría, después de esta portada grandiosa, presenta á su joven héroe, solitario y pensativo, moviendo su planta por los campos heróicos de la *ciudadela* y entregado á filosóficas cavilaciones sobre la vida, sobre el destino y la grandeza del hombre. Detenido frente á la pirámide que conmemora el triunfo de las armas patriotas, el ardoroso tribuno, se siente arrebatado por una ráfaga entusiasta:

¡Pirámide inmortal; yo te saludo!...
Hoy á pedirte solitario y triste
Vengo en hora sombría
La inspiración vivaz y la energía

De las grandes acciones,
O á lo menos un rayo
Del genio de los ínclitos varones
Que ejendraron á Mayo
Y estamparon con hierro independiente
Su dogma salvador sobre tu frente,
Para que hablando siempre á la memoria
De sus generaciones les marcase
La senda del deber y de la gloria.
¡Pirámide inmortal, yo te saludo
A nombre de Belgrano y Monteagudo!...

La alta invocación retempla sus convicciones y o prepara para la lucha sin cuartel. La imagen del pasado, las sombras de los héroes de la revolución se levantan á su vista y acuden en las brumas del crepúsculo como visiones sagradas que lo encargan de la obra redentora. Su cuerpo fatigado reposa sobre la grama, y en la soñolencia rápida que lo embarga, resuenan en sus oídos acentos de patriotismo y órdenes emanadas de lo alto:

Alma noble, despierta
Del juvenil letargo;
La tierra esta cubierta
De sombras para ti;
Del bien y de la vida
La lumbre no está lejos
Que buscas poseída
De ansioso frenesí!

Despierta, y toma el vuelo
Erguida y temeraria,
Por la región del mundo
Como águila real;
La realidad te llama,
Te brinda sus tesoros;
El aire que respiras
Es para tí mortal.

. . . . . .

Alma noble, despierta!
La gloria te convida
La patria desdichada
Te impone ese deber:
De sangre ya están tintos
El Paraná y el Plata,
De sangre que el tirano
Feroz hizo correr!

Corage, pues y marcha
Si quieres ser dichosa,
Si anhelas de tus sueños
La realidad palpar;
Si el bien amas deveras
Y á realizarlo aspiras,
Si quieres la potencia
De tu ambición probar!...

El tono de los versos va adaptandose, así, de una manera perfecta, á las diferentes situaciones del poema. Grave en la meditación, armonioso y rítmico en el pasage anterior, llega á ser estridente, rudo y silbante en la parte en que Echeverría, después de la derrota de la coalición del Norte, pinta al fatídico Oribe, el sanguinario y terrible instrumento del tirano, que pasa á cuchillo á sus enemigos y que olfatea el olor de la matanza con la ferocidad de los chacales:

Y ahí lo tenéis, escuálido, amarillo,
Por el gusano roedor chupado
Que nace en la conciencia del malvado,
Semejante al fantasma de la muerte
Pasando su guadaña ó su cuchillo
Por la tierra argentina
Y haciendo de ella un páramo de ruina!
Su deleite exquisito
Es oir de las víctimas el grito
Y sonriendo mirar sus convulsiones
Y sarcasmos decir cuando en la garra

Forcejean brutal de sus sayones.
Pero ah! de cada víctima inocente
Cae en su impío seno
Una gota de sangre
Convertida en veneno
Y se lo quema como pez hirviente,
Y en esqueleto horrible
De carnívora hiena lo transforma
Borrando de su faz la humana forma;
Y al ver aquel fantasma del infierno,
Heridas de terror las poblaciones,
Lanzan un grito de dolor eterno
Preñado de estupendas maldiciones!

La despedida de Avellaneda y su familia, llena algunas páginas hermosas y conmovedoras. En la melancolía de sus expresiones, flota el augurio de la desgracia próxima. La mano de la fatalidad se adivina en acecho, esperando el momento propicio para separar aquellas dulces y cariñosas almas. Al fin, los brazos se desligan, los corazones se desprenden después del último é interminable adiós, y los seres amados parten con las primeras claridades del alba, que bañan poco después, las selvas y los valles tucumanos:

El sol apareciendo
Por cima de la sierra,
Bañaba ya la tierra
De los naranjos verdes y los montes,
Y en sus limpios y azules horizontes
Se dibujaba la estatura erguida
Del Aconquija audaz, como vestido
De una túnica leve
De lucia, blanca y vaporosa nieve;
Y á los pies del gigante
Como un niño de marmol que de hinojos
Tiene en su viejo padre
Siempre fijos los ojos,
El bulto del Tafí, con otras crestas

Del monte, en cuyas cuestas
Resaltaban desnudas de follaje,
Como esqueletos que de pie quedaran
Contemplando los tiempos que pasaran,
Con su tortuoso y sin igual ramaje,
Y tronco carcomido
El pacará, el quebracho,
El cedro y el lapacho
El tarco, el lanza y el obeso Tipa,
Gnomo del bosque que al viajero espanta
Con su forma estrambótica de pipa;
Y otros más que se burlan de los vientos,
Monarcas de las selvas corpulentos.
Más abajo en los cerros, en los valles,
En las tortuosas y tupidas calles
Que los árboles forman y torrentes,
Los ríos, las quebradas y vertientes:—
Los naranjos se ven, los arrayanes,
Los laureles y mirtos,
Y los pajizos ranchos ó cabañas
Del gaucho morador de las campañas.
Donde no entran del mundo los afanes! ...

El poema de Echeverría, sigue paso á paso esta trágica odisea, pasando á través de la derrota de los liberales, hasta la traición infame de Sandoval que entrega á Avellaneda y á sus compañeros, ligando su nombre á la más vil acción que consigna nuestra historia. Prisionero de Oribe, Echeverría pinta á Avellaneda en el campamento del mónstruo soportando las injurias de la canalla criminal que se recluta en las filas del tirano:

¿Cuál será el Gobernador?
¿El más viejo ó más muchacho?
El de la barba sin flor
Lástima es: parece un *guacho*
Con los aires de señor!

Y oyen cantar en redor:
¡Salud al Gobernador
Del rebelde Tucumán;
No quiere ya ser traidor
Y se aparece en Metán
Sin bonete de Doctor!

Le jugaron una treta
Los de la federación;
Y perdiendo la chaveta
Como perdiera el bastón,
Viene en desnudez completa.

Y oyen cantar en redor:
¡Salud al Gobernador!

Buena acogida le harán
Los federales aquí;
Otro bastón le darán;
Camiseta le pondrán
Con bonete carmesí!

Y á zapatear con primor
Aprenderá fácilmente
La *resbalosa* de amor,
Que hace federal ardiente
Al salvaje más traidor.

Y oyen cantar en redor:
¡Salud al Gobernador!...

Estas lúgubres é irónicas tonadas, anuncian el festín de los caníbales. La suerte de Avellaneda está decretada. Lo espera la tortura y el degüello. Su corazón intrépido no desmaya ante la horrible perspectiva de la muerte. El simulacro de juicio con que se pretende dar un vago aspecto legal al crimen infamante, no consigue doblar la energía y altivez de su carácter. La descripción del suplicio del mártir glorioso, provoca un sublevamiento de horror. Al leerla, hierven desde el fondo del alma

los sentimientos más puros de la indignación patriótica. El libro cae de las manos trémulas, y, los labios murmuran en el silencio de la piedad respetuosa las altas palabras con que el poeta conforta el espíritu de la noble víctima, ungiendo su frente pálida con el susurro de una palabra divina:

Alma noble, tu lucha
Finalizó en la tierra;
La aurora ha amanecido
De tu inmortalidad.
Para que pueblos haya
Preciso es que haya mártires
Que mueran como Cristo
Por la fraternidad!...

VIII

Avellaneda y *La Cautiva*, son las dos obras más originales y hermosas de Echeverría. Creaciones verdaderamente nacionales, están inspiradas en el espectáculo de nuestra naturaleza, de nuestras luchas, de nuestra historia. No conocemos en la literatura sud americana ningún trabajo que los iguale en este sentido, pues *Lázaro* y *La Fibra Salvaje* de Gutiérrez, *Tabaré* de Zorrilla de San Martín, *Paramaconí* de Pardo, y otras obras semejantes publicadas en Venezuela, en Colombia, en el Brasil, salen las unas del molde propiamente nacional, y cantan los otros fábulas y mitos indígenas, lo que, sin disminuir su mérito, les da un carácter distinto del que campea en aquellas producciones. *The Song of Hiawatha* de Longfellow, considerado como una obra esencialmente americana, tampoco puede compararse con *La Cautiva* á pesar de que sus tradiciones y leyendas están impregnadas «con los olores de la selva, con el « rocío y la humedad de las vegas, con las espirales « del humo de las chozas indígenas, con el es- « truendo de los grandes ríos», y que su autor las ha recogido « en los asilos de los pájaros de los « bosques, en las moradas de los castores, en las « huellas del bisonte, en el nido del águila»:

. . . . . .
. . . . These legends and traditions
With the odours of the forest,
With the dew and damp of meadows,
With the curling smoke of wigwams,
With the rushing of great rivers....
. . . . . .
In the birds'nest of the forests,
In the lodges of the beaver,
In the hoof-prints of the bison,
In the eyrie of the eagle!...
. . . . . .

Un crítico inglés encuentra que *Hiawatha* es una obra *sui géneris*, única, viril, interesante, una pieza de difícil ejecución, realizada sin esfuerzos ni aparato. «Las leyendas americanas nativas y las « formas de pensamiento de los aborígenes — dice, « — debían ser conservadas en una ú otra forma « como una necesidad natural y nacional; y lo « han sido en ese excelente poema, escrito por un « artista distinguido. Él es el primero y bien pu- « diera ser el último de verdadero mérito que tra- « tara ese tema. Será difícilmente sobrepasado « y en todo caso nunca merecerá el desdén ó el « menosprecio ».—Bajo su aspecto descriptivo é imaginativo *La Cautiva* es una producción de primer orden. «Echeverría — ha dicho su inolvidable « biógrafo — describiendo la sequía de los campos, « el incendio voráz alimentado por las plantas sil- « vestres cobijadoras de fieras; el festín de los sal- « vajes, ha producido en *La Cautiva* una prueba « evidente del poder de sus facultades imaginativas « y de la eficacia con que se concentraban en el « foco de su espíritu las cosas que ideaba ó había « palpado. Cualquiera persona que preste atención « á la lectura de aquel poema, experimentará en la « duración de algunos minutos todas las impresio-

« nes que durante días enteros le embargarían « atravesando la pampa; con la ventaja de que el « poeta es un *cicerone* que descubre fuentes de « sentimientos y de admiración en que todos no « habrían bebido sin su auxilio ». La célebre pintura del Desierto, trazada por Echeverría en pinceladas geniales, es una página maestra, que vivirá en nuestra literatura mientras viva nuestra lengua y nuestra raza. Todos los accidentes y detalles de la inmensidad solitaria, están señalados allí con un colorido y una perfección que cautivan el espíritu. Involuntariamente, nuestro pensamiento evoca las obras de los más grandes poetas de ambas Américas, sin encontrar en ellas nada semejante, como realidad, y como sentimiento, á la soberbia creación de nuestro poeta. Solamente en W. Whitman y en Bryant pueden hallarse producciones que, á pesar de la perfección y superioridad de su estilo, carecen del color local que abunda en *La Cautiva*. Comparad, á título de curiosidad, la introducción del poema de Echeverría y la descripción de *Las Praderas* de Bryant:

«Estos son los jardines del Desierto, estos—los campos no se-
« gados, hermosos é ilimitados—cuyo nombre no posee la lengua
« inglesa—las Praderas. Los contemplo por la primera vez—y
« mi corazón se ensancha, mientras la vista dilatada—abrasa la
« inmensidad circular. Mirad! se extienden—en aéreas ondula-
« laciones, á lo lejos—como si el océano en su más suave agita-
« ción—se mantuviera suspenso, con sus olas redondeadas y fijas
« —é inmóviles para siempre. ¿Inmóviles?—No, todas están de
« nuevo desencadenadas. Las nubes—barren la tierra con sus
« sombras, y, debajo,—la superficie fluctúa y rueda á la mirada;
« —oscuras cavidades parecen deslizarse á lo largo y dar caza
« —á las crestas asoladas. Brisas del Sud!—que agitáis las rojas
« y doradas flores—y ganáis al halcón de la llanura que, balan-
« ceándose en lo alto,—mueve sus anchas alas pero permanece
« inmóvil;—vosotros que jugasteis—entre las palmeras de Méjico

« y los viñedos—de Téxas, encrespando los límpidos arroyos—
« que desde las fuentes de Sonora se deslizan—hasta el Pacífico
« sereno;—¿habéis ventilado una escena más noble ó seductora
« que ésta?...—El hombre no tiene parte en toda esta gloriosa
« obra:—la mano que edificó el firmamento, ha levantado—y
« alisado esas verdes ondulaciones, y sembrado sus declives—
« con yerbas, plantando en ellas, islas de boscaje,—y cercando
« sus contornos con bosques.—Suelo conveniente para ese mag-
« nífico templo del firmamento—la gloria y la multitud de sus
« flores—rivaliza con las constelaciones. Los altos cielos—pare-
« cen inclinar hasta la escena amante—una bóveda más cercana
« y de un más tierno azul—que el que cubre las colinas orien-
« tales.—Mientras sobre el verde páramo dirijo mi corcel—en
« medio del alto pasto silvestre que barre sus flancos,—el batido
« cóncavo de sus pisadas,—parece un sonido sacrílego. Pienso
« en aquellos—cuyos restos pisotea. Están ellos aquí,—los muer-
« tos de otros días?—¿y se movió con la vida y ardió con la
« pasión—alguna vez, el polvo de estas brillantes soledades?
« Dejad que contesten los poderosos terraplenes;—que dominan
« los ríos, ó que se levantan—en la opaca selva repleta de viejos
« robles.—Una raza que largo tiempo pasó allí los edificó; una
« disciplinada y populosa raza—colmó con larga faena, la tierra
« —mientras todavía el griego estaba cortando el Pentélico en
« formas simétricas, y levantando sobre su roca—el deslumbrante
« Parthénon. Estos amplios campos—nutrieron sus cosechas;
« aquí se alimentaban sus rebaños—cuando á veces mugía el
« bisonte junto á sus establos—y encorvaba su cuello crinado al
« yugo.—Todo el día este desierto murmuraba con sus trabajos,
« —hasta que el crepúsculo se ruborizaba,—y los amantes pa-
« seaban y cortejaban en un olvidado idioma—y viejos tonos de
« instrumentos de forma inmemorial,—daban á los suaves vientos
« una voz.—El hombre rojo vino—las vagabundas tribus de ca-
« zadores, belicosos y altivos,—y los baluartes edificados, des-
« aparecieron de la tierra.—La soledad no historiada de los
« siglos—se ha establecido donde ellos residieron. El lobo de las
« praderas—caza en sus vegas, y su guarida recién cavada—
« bosteza ante mis pasos. La vizcacha mina el piso—donde se
« alzaron sus populosas ciudades. Todo partió;—todo; salvo los
« montones de tierra que contienen sus restos,—las plataformas
« donde ellos adoraban á dioses desconocidos,—las barreras que

« alzaron sobre el suelo — para defenderse contra el enemigo
« hasta que sobre los muros—los salvajes sitiadores se lanzaron,
« y una por una—las plazas fuertes de la llanura fueron forzadas
« —y amontonados los cadáveres. Los castaños buitres de la
« selva - se acumularon sobre estos vastos sepulcros descubiertos
« —y se posaron sin temor, silenciosos, en su festín. — Algunos
« fugitivos solitarios—marchaban escondiéndose en pantano y
« selva, hasta que—el conocimiento de la desolación y el terror,
« —se hacía más amargo que la muerte misma y se resignaban
« á morir.—Triunfó la naturaleza del mejor hombre.—Blandas
« palabras—le dieron la bienvenida y le consolaron; los rudos
« conquistadores—sentaban al cautivo entre sus jefes; él escogía
« una novia entre sus doncellas, y, al fin, parecía olvidar—(aun-
« que jamás la olvidará) la esposa—de su primer amor, y sus
« dulces pequeñuelos—sacrificados en medio de gritos de espanto,
« con toda su raza ».

Es necesario recorrer algunos fragmentos del original inglés para tener una idea de la melancólica inspiración que se desprende de esta solemne elegía:

These are the Gardens of the Desert, these
The unshorn fields, boundless and beautiful
For which the speech of England has no name
The *Prairies*. I behold them for the first,
And my heart swells, while the dilated sight
Takes in the encircling vastness. Lo! they stretch
In airy undulations, far away,
As if the ocean, in his gentlest swell;
Stood still, with all his rounded billows fixed,
And motionless for ever.—Motionless?
No they are all unchained agaim. The clouds
Sweep ever with their shadows, and beneath,
The surface rolls and fluctuates to the eye;
Dark hollows seem to glide, along and chase
The sunny ridges. Breezes of the south!
Who toss the golden and the flame-like flowers,
And pass the prairie-hawk that, poised on high,
Flaps his broad wings, yet moves not; ye have played

Among the palms of México and vines
Of Téxas, and have crisped the limpid brooks
That from the fountains of Sonora glide
In to the calme Pacific-have ye fanned
A nobler or á lovelier scene than this?...
. . . . . .

As o'er the verdant waste I guide my steed,
Among the high rank grass that sweeps his sides,
The hollow beating of his footstep seems
A sacrilegious sound. I think of those
Upon whose rest he tramples. Are they here,
The dead of other days? — and did the dust
Of these fair solitudes once stir with life
And burn with passion? Let the mighty mounds
That overlook the rivers, or that rise
In the dim forest crowded with old oaks,
Answer! A race, that long has passed away,
Built them; — á disciplined and populous race
Heaped, with long toil, the earth, while yet the Greek,
Was hewing the Pentelicus to forms
Of Symmetry, and rearing on its rock
The glittering Parthénon. . . . . .
. . . . . .

Haply some solitary fujitive
Lurking in marsh and forest, till the sense
Of desolation and of fear became
Bitterer than death, yielded himself to die.
Man's better nature triunphed. Kindly words
Welcomed and soothed him; the rude conquerers
Seated the captive with their chiefs; he chose
A bride among their maidens, and at length
Seemed to forget-yet ne'er forgot — the wife
Of his first love, and her sweet little ones
Butchered amid their shricks, with all his race!...
. . . . . .

La Cautiva, ha observado Goyena, está escrita en humildes octosílabos «como para hacer con-« traste con los ampulosos alejandrinos á cuya so-

« noridad deben algunos versificadores su fama « poco envidiable, probando que la poesía reside « en las ideas y en el sentimiento, que las modestas « formas de un metro sencillo pueden albergar dig- « namente la sublime inspiración del poeta ». Un soplo lírico, grandioso y palpitante, circula en las estrofas del poema y mantiene constantemente elevado el tono de su estilo fluído y armonioso. Pocos comienzos más majestuosos y amplios que el de esa hermosa composición:

Era la tarde, y la hora
En que el sol la cresta dora
De los Andes... El Desierto
Incomensurable, abierto
Y misterioso, á sus pies
Se extiende, triste el semblante,
Solitario y taciturno,
Como el mar, cuando un instante
Al crepúsculo norturno,
Pone rienda á su altivez.

Jira en vano, reconcentra
Su inmensidad, y no encuentra
La vista en su vivo anhelo,
Dó fijar su fugaz vuelo
Como el pájaro en el mar...
Doquier campos y heredades
Del ave y bruto guaridas,
Doquier cielo y soledades
De Dios solo conocidas
Que él solo puede sondar.

. . . . . .

¡Cuántas, cuántas maravillas
Sublimes y á par sencillas
Sembró la fecunda mano
De Dios allí! — ¡Cuánto arcano
Que no es dado al mundo ver!
La humilde yerba, el insecto,
La áura aromática y pura,

El silencio, el triste aspecto
De la grandiosa llanura,
El pálido anochecer!...

Las armonías del viento
Dicen más al pensamiento,
Que todo cuanto á porfía
La vana filosofía
Pretende altiva enseñar...
¡Qué pincel podrá pintarlas
Sin deslucir su belleza!
¡Qué lengua humana alabarlas!
Solo el genio su grandeza
Puede sentir y admirar!

Citaríamos in extenso la obra de Echeverría, si ella no estuviera en todas las memorias. Señalemos, empero, como muestra de su maestría en la descripción, la siguiente pintura del crepúsculo en la pampa, trozo de belleza difícilmente superada, que es imposible fatigarse de repetir y admirar:

. . . . . .
. . . . . .
El áura moviendo apenas
Sus olas de aroma llenas,
Entre la yerba bullía
Del campo que parecía
Como un piélago ondear.
Y la tierra contemplando
Del astro rey la partida
Callaba manifestando,
Como en una despedida,
En su semblante pesar!

Solo á ratos, altanero
Relinchaba un bruto fiero
Aquí ó allá, en la campaña;
Bramaba un toro de saña,
Rugía un tigre feroz;
Ó las nubes contemplando,

Como estático y gozoso,
El *yajá* de cuando en cuando
Turbaba el mudo reposo,
Con su fatídica voz.

Se puso el sol... Parecía
Que el vasto horizonte ardía...
La silenciosa llanura
Fué quedando más oscura
Más pardo el cielo, y en él,
Con luz trémula brillaba
Una que otra estrella, y, luego,
Á los ojos se ocultaba,
Como vacilante fuego
En soberbio chapitel.

El crepúsculo entretanto,
Con su claro oscuro manto,
Veló la tierra; una faja,
Negra como una mortaja,
El occidente cubrió;
Mientras la noche bajando
Lenta venía, y la calma
Que contempla suspirando,
Inquieta á veces el alma,
Con el silencio reinó.

En ese escenario tan hábilmente presentado por el poeta, se desarrolla uno de esos dramas vulgares de la vida de fronteras, idealizado y perpetuado por la magia del talento de Echeverría. El malón salvaje llena con sus alaridos la soledad de la pampa. La tribu regresa á sus tolderías, cargada con los trofeos de la victoria, con los despojos del saqueo y con un grupo desolado de cautivos, entre los cuales va el valeroso Brian, jefe de los soldados cristianos, y su compañera María. El festín de los indios termina en una profunda embriaguez que aprovecha María para cortar las ligaduras de su amante y huir con él en las soledades de la lla-

nura, donde, al fin, perece después de una larga y penosa peregrinación. He aquí los elementos sencillos con que el poeta ha dado vida á una creación imperecedera, ligada á nuestra patria, como la pampa que la ha inspirado y que es el inagotable manantial de nuestra riqueza. *La Cautiva,* por otra parte, tiene un mérito histórico y social extraordinario como obra representativa de un período evolutivo que empieza á perderse para los hombres de nuestra generación en las lejanías del pasado. Los que cruzan hoy en ferrocarril, ese llano dilatado que se puebla poco á poco, transformándose merced al trabajo y á la industria del hombre, y perdiendo su fisonomía tétrica y aterradora, —evocarán con íntimo encanto las sombras dolorosas de Brian y de María, huyendo del incendio que los persigue con sus sierpes inflamadas, hasta que el desdichado amante cae exánime en la tierra de su cuna, soñando con las glorias de la patria y con el pabellón que sombreó su frente en las batallas:

¡Si al menos la azul bandera
Sombra á mi cabeza diese!
Ó, antes, por la patria fuese
Aclamado vencedor!
¡Oh destino! ¡quién pudiera
Morir en la lid, oyendo
El alarido y estruendo,
La trompeta y atambor
. . . . . .
¡Oh estrépito de las armas!
¡Oh embriaguez de la victoria!
¡Oh campos, soñada gloria!
¡Oh lances del combatir!
Inesperadas alarmas,
Patria, honor, objetos caros,
Ya no volveré á gozaros!
¡Joven yo debo morir!...

La Cautiva, es el poema nacional por excelencia. De él, como anteriormente de *Hiawatha,* podemos repetir que «no ha sido sobrepasado y que nunca será olvidado». Al escribirlo, Echeverría ha mostrado á nuestros literatos el modelo y la forma de las producciones que aspiren á reflejar el alma y la naturaleza argentinas. Empero, debemos advertir que todo favoreció su desarrollo rápido y brillante. Por eso ha quedado aislado y único, en la obra voluminosa de Echeverría. *Avellaneda* mismo, que también tiene un marcado tinte nacional, no realiza de una manera tan perfecta el ideal de la obra genuina de nuestro suelo y de nuestra raza. Tal es el juicio de los críticos más distinguidos de nuestra patria, que se han detenido en su examen y su comentario.

En Enero de 1846, pasaba Sarmiento por Montevideo con rumbo hacia Europa y conoció á Echeverría, asilado en la heróica ciudad. El elogio que el poeta de *La Cautiva,* mereció del autor de *Facundo,* contenido en su libro de *Viajes,* merece recordarse y trascribirse en su parte sustancial: «Echeverría—dice dirigiéndose á Don Vicente Fi-
« del López – que ha engalanado la pampa con las
« escenas de *La Cautiva,* se ocupa de cuestiones
« sociales y políticas, sin desdeñar descender á la
« educación primaria como digna solicitud del esta-
« dista americano. Alma elevadísima por la con-
« templación de la naturaleza y la refracción de lo
« bello, libre además de todas aquellas terrenas
« ataduras que ligan los hombres á los hechos ac-
« tuales, y que suelen ser de ordinario el camino
« del engrandecimiento, Echeverría no es ni sol-
« dado ni periodista; sufre moral y físicamente y
« aguarda sin esperanza que encuentren las cosas
« un desenlace para regresar á su patria, á dar

« aplicación á sus bellas teorías de libertad y justi-
« cia. No entraré á examinarlas por lo que puede
« ser que trasluzca usted algo en un trabajo que
« prepara para ver la luz pública bajo el nombre
« de *Dogma Socialista.* El poeta vive, empero, aún
« á través de estas serias lucubraciones. Echeve-
« rría es el poeta de la desesperación, el grito de
« la inteligencia pisoteada por los caballos de la
« pampa, el gemido del que á pie y solo, se encuen-
« tra rodeado de ganados alzados que rugen y ca-
« ban la tierra en torno suyo, enseñándole sus agu-
« zados cuernos! ¡Pobre Echeverría! Enfermo de
« espíritu y de cuerpo, trabajado por una imagi-
« nación de fuego, prófugo, sin asilo, y pensando
« donde nadie piensa, donde se obedece, ó se su-
« blevan, únicas manifestaciones posibles de la
« voluntad! Buscando en los libros, en las cons-
« tituciones, en las teorías, en los principios, la ex-
« plicación del cataclismo que lo envuelve, y entre
« cuyos aluviones de fango, quisiera alzar aún la
« cabeza, y decirse habitante de otro mundo, y
« muestra de otra creación! — Echeverría tiene es-
« crito un poema que resume todos aquellos des-
« encantos, aquella inquietud de ánimo, y aquel
« desesperar sin tregua que forma el fondo de sus
« cavilaciones. *El Angel Caído,* es una beldad que
« ha pecado y que se arrepiente; pero, en el título
« mismo, ¡quién no vé á la patria de sus sueños,
« solo que no se atreve á hacerla prostituta impú-
« dica, como Jeremías, el cantor hebreo!... Á falta
« de sentimientos morales para engalanar su patria,
« tan humillada y tan cubierta de lodo, Echeverría
« canta las grandezas naturales de su río: « Salve
« ¡oh Plata!...» Aquí se muestra el verdadero poe-
« ta, traduciendo, sílaba por sílaba, su país, su épo-
« ca, sus ideas. El Hudson ó el Támesis no pueden

« ser cantados así; los vapores que hienden sus « aguas, las barcas cargadas de mercaderías, aquel « hormiguear del hombre, aforradas sus plantas en « cascos, no deja ver esta soledad del Río de la « Plata, reflejo de la soledad de la pampa, que no « alegran alquerías ni matizan villas blanquecinas « que ligan al cielo las agujas del lejano campana- « rio. No hay astilleros, ni vida, ni hombre; hay « solo, la naturaleza bruta, tal como salió de las « manos del Creador, y tal como la perpetúa la « impotencia del pueblo que habita sus orillas!... »

Las producciones de D. Esteban Echeverría merecen, sin duda, un estudio más profundo y detenido del que hemos esbozado rápidamente en las páginas anteriores, destinadas principalmente á mostrar en una forma sintética y deteniéndonos en sus rasgos generales, la obra elevada, noble y generosa del más popular de nuestros poetas y el que puede ser considerado como el verdadero fundador de la literatura nacional. Todo lo que fortalezca en nuestros corazones el amor sagrado de la patria, todo lo que propenda á la gloria y al brillo de los que la han servido ó la han cantado con fe robusta y aliento varonil,— debe ser conservado y recogido con amor celoso, por las generaciones actuales, herederas de una tradición de gloria, y cuyo camino se encuentra despejado por el esfuerzo de los que nos han precedido en la vida. El culto por la memoria de Echeverría se impone, así, á la gratitud y al afecto de los que miden hoy, en épocas mejores, toda la pureza de su corazón y sus aspiraciones indómitas en favor de la libertad y de la grandeza del suelo de su nacimiento. Inclinémonos con cariño ante su nombre, disculpemos sus deficiencias, teniendo presente que como se ha escrito con verdad « actuó en años de

caos, conservando en su desarrollo algo de enfermizo é incompleto, al par que violento ». Para hacer la síntesis de nuestro juicio sobre su talento, nada creemos mejor que cerrar estas páginas ligeras con los siguientes párrafos en que un maestro eminente, ha presentado de bulto la interesante personalidad del héroe de nuestro estudio: «Echeverría — dice el Dr. Avellaneda — es el poeta Sud « Americano que haya dejado tras sí una obra « poética más extensa, á pesar de la brevedad de « su vida, de las dificultades de su producción, de « las angustias de su patriotismo y de los tiempos « de bronce que le tocaron en suerte. Su poesía « es muchas veces descriptiva y con frecuencia de« fectuosa en sus formas, pero se la siente siempre « internamente bella, como la actitud de una alma « que se recoge á meditar. Echeverría es más que « poeta, un *pensador poético*. Es cierto que ha « sido el primero en traer á sus cantos el espec« táculo de la naturaleza argentina, pero la descri« be menos en sus aspectos esteriores, que lo que « la siente en sus relaciones con el espíritu. De ahí « el asombro causado por *La Cautiva,* y el secre« to de su originalidad permanente, que solo puede « provenir de un sello personal. Es la naturaleza « argentina, no tanto vista como sentida por vez « primera, y traducida en cuadros que van del « interior al exterior..... Desde que la voz de « *Los Consuelos* hizo vibrar nuevas fibras en el « alma argentina, entramos ya en la atmósfera lite« raria del siglo, asistiendo desde tan lejos á la vida « de los más grandes espíritus. Lamartine y Hugo, « Byron y Goëthe son nuestros al través de Eche« verría. ¡ Recordada sea por siempre su influencia « sobre la mente de los argentinos! Por eso, su « aparición fué como un deslumbramiento, y su

« canto resonó con acentos tan peregrinos. Por
« eso, si sus méritos de poeta son grandes, fué ma-
« yor aún su acción como precusor... La estátua
« de D. Esteban Echeverría debe ser levantada
« con mayor justicia, que la muralla de la leyenda
« griega, al son de las liras patrias. Poetas argen-
« tinos! he ahí vuestra obra. Hay derecho para
« concitaros á su cumplimiento, valiéndose de una
« voz que debe seros tiernamente conocida: —
« *Manibus date libia plenis* — Derramad con este
« objeto, los lirios á manos llenas! »

FIN